

ALLEN

1029

59

BPI

Atenea

AGENCIA ESPAÑOLA
COOPERACION INTELIGENTE
27 SEP 1929
BIBLIOTECA HISPANICA

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y
BELLAS ARTES. PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

Año VI — Santiago, Noviembre de 1929 — Núm. 59

008 (73) (05)

Manuel Rojas

LAS MAQUINAS EN EREWHON

(EN TORNO A SAMUEL BUTLER)

POCO después de que Chowbok, cuyo verdadero nombre creo que era Kahabuka, abandonó en las altas montañas a Mr. Higgs, cayó éste en manos de los habitantes de Erewhon, los cuales, sorprendidos por el color blanco de la tez, el azul de los ojos y el tono rubio de los cabellos del extranjero, y siendo además hombres de índole pacífica, no le hicieron daño alguno, limitándose a llevarlo prisionero a la ciudad de Puerto-Frío.

Todo marchó bien en un principio. El juez a cuya presencia fué llevado, lo examinó detenidamente durante cinco minutos, de arriba abajo, desde la coronilla hasta la punta de los pies, y como este examen no

lo dejara satisfecho, le hizo, en el idioma del país, una sola y breve pregunta, que, según el hombre blanco infirió, significaba:

—¿Quién sois?

Contestó él en inglés, con toda naturalidad y calma, procurando hacerse entender; pero el hecho de no entenderlo intrigó más aún al juez, quien abandonó la habitación, volviendo instantes después acompañado de dos hombres que, sin anunciarlo previamente, procedieron a desnudar al desconocido. Estando desnudo, le tomaron el pulso, le examinaron la lengua, le auscultaron el pecho, le palparon todos los músculos. No hallaron en Mr. Higgs nada de extraordinario. Evidentemente, a pesar de su piel blanca, era también un hombre y un hombre bien constituido. Esto pareció alegrar al juez, que le dirigió al prisionero un largo discurso, del cual Mr. Higgs no entendió una sola palabra.

Luego los hombres empezaron a registrar el equipaje del forastero. Al principio no apareció nada que les llamase la atención; todas eran cosas comunes. Pero de pronto apareció la pipa de Mr. Higgs y su vista causó un profundo asombro. ¿Qué era aquéllo? Por medio de señas insistieron para que usara en presencia de ellos aquel objeto misterioso; hízolo él y el espectáculo sorprendió a los habitantes de Erewhon, sin disgustarles, pareciendo que les agradaba el olor del tabaco. Siguieron en su registro y pronto hallaron el reloj de Mr. Higgs, prenda que éste había escondido cuidadosamente entre sus ropas. Tan luego como lo tuvieron en las manos mostráronse inquietos y molestos, como ante una cosa que no fuera natural, dando con esto lugar a que Mr. Higgs recordara la frase del filósofo Paley: «Si un salvaje viese un reloj, comprendería inmediatamente que era cosa inventada.»

Le hicieron abrir el reloj y enseñarles el movimiento, lo cual produjo gran disgusto en los tres habitantes de

Erewhon y el consiguiente desconcierto de Mr. Higgs, quien no acertaba a comprender en qué forma podía haberlos ofendido. La cara del juez expresaba horror y espanto, aborrecimiento sobre todo, e intentó manifestar sus impresiones al prisionero, dirigiéndole otro discurso. Pero comprendiendo que sus palabras eran inútiles, ya que el extranjero no le entendía, optó por hacer algo de más provecho e hizo llevar a una espaciosa sala, donde Mr. Higgs contempló un espectáculo que lo llenó de asombro.

La sala era una especie de Museo y estaba cubierta por gran cantidad de vitrinas que encerraban toda clase de curiosidades: esqueletos, pájaros y animales disecados, esculturas en piedra; pero esto no tenía nada de asombroso. Lo asombroso era que la mayor parte de la sala estaba ocupada por maquinarias viejas y rotas y que las piezas principales de ellas estaban colocadas en vitrinas especiales y llevaban rótulos escritos en el idioma del país. Había toda clase de máquinas, desde algunas que semejaban locomotoras hasta relojes de pared y de bolsillo. Con uno de éstos fué comparado el de Mr. Higgs y aunque el modelo era diferente, la cosa era idéntica. Esta similitud ofendió nuevamente al juez, quien le dirigió otro discurso. Para apaciguarlo, el extranjero tomó su reloj y lo colocó junto a los que allí había, indicando por señas que no tenía interés en conservarlo consigo y rogando, también por señas, que se quedaran con él. Creía que de este modo le perdonarían el involuntario contrabando que suponía haber cometido.

Pero no se trataba de contrabando, no; la verdad era otra muy distinta y Mr. Higgs sólo vino a conocerla cuando llevaba ya algún tiempo viviendo en Erewhon. La verdad era que en Erewhon no existían máquinas. De ahí la sorpresa de los tres hombres. Todas habían sido destruidas a raíz de una revolución, y las piezas y esqueletos de ellas se conservaban solamente como

muestras de una época desaparecida, a la cual no se deseaba volver. ¿Pero cuáles habían sido los motivos de aquella revolución y qué razones habían impulsado a los habitantes del país a destruir las máquinas?

El señor Thims llevó una tarde a Mr. Higgs a casa de un caballero que gozaba de gran reputación en la ciudad, pero al cual, sin embargo, se consideraba sospechoso y peligroso, por haber tratado de introducir un adverbio en el lenguaje hipotético; se le tenía como el arqueólogo de la ciudad y era muy versado en mecánica antigua. Fué este señor el que obsequió a Mr. Higgs un ejemplar del libro que había provocado la revolución. Esta había tenido lugar quinientos años antes de la llegada de Mr. Higgs a Erewhon y fué tan violenta que disminuyó en la mitad el número de los habitantes del país. Triunfaron al fin los anti-maquinistas sobre los maquinistas, y a causa de ese triunfo fueron destruidas todas las máquinas y quemados todos los tratados de mecánica, junto con los talleres de los ingenieros y mecánicos.

El libro se llamaba *El libro de las máquinas* y estaba escrito en el idioma del país. Felizmente, Mr. Higgs hizo un resumen de él en inglés y gracias a ello podemos nosotros conocer algunas de sus partes principales.

* * *

Hubo una época en que la Tierra estaba totalmente desprovista de vida; era sólo una bola redonda y caliente. Nada germinaba en ella y nada podía hacer presumir que, un día, de esas cenizas surgirían seres animados, dotados de conciencia. Sin embargo, surgieron, se desarrollaron, se multiplicaron, alcanzando a través de los siglos la perfección que hoy poseen. ¿Cómo, de aquella desolación, pudieron surgir la vida y la conciencia? No se sabe o se sabe a medias; pero surgieron. El hecho, aunque sorprendente, es innegable. Y si

aquello, tan inaudito, sucedió, ¿no es posible que aún hoy día existan cauces desconocidos, por los cuales la vida pueda hacer manar la conciencia en seres y cosas que nos parecen, ahora, incapacitados para ello? No conocemos aún toda la potencialidad fecundante de la vida y no podemos tampoco prever las sorpresas que nos guarda. Su heterogeneidad es infinita. No podemos afirmar que la vida animal es el fin de todas las cosas. ¿Por qué razón no podría haber otro nuevo fin? Hubo un tiempo en que parecía que el fuego era el único fin de la vida, su objetivo último; pero el fuego desapareció y vinieron las rocas y las aguas, que a su vez parecieron constituir la única finalidad de la vida; pero sobrevino luego la vida animal, y ésta, a su vez, parece ser el último objeto de la existencia del mundo. Sin embargo, si el fuego no permaneció, ni permanecieron las aguas y las rocas, a pesar de cubrir cada uno de estos elementos una etapa de siglos que pudo considerarse definitiva, ¿por qué habría de permanecer la vida animal? Job dice que el hombre es como la sombra, que huye y no permanece.... Así como el hombre, no sería raro que toda la vida animal estuviera condenada a desaparecer, cediendo el puesto a otra forma de vida, dotada de otra clase de conciencia. ¿Por qué no?

Sería pretencioso, por parte nuestra, asegurar que la sola conciencia que existe en el Universo es la humana. Las plantas poseen también conciencia:

existe una clase de planta que come alimentos orgánicos por medio de sus flores: cuando una mosca se posa sobre la flor, los pétalos se cierran sobre ella y la aprisionan hasta que la planta haya absorbido el insecto dentro de su sistema. Pero no se cierran sino sobre lo que es bueno de comer; de una gota de agua o de una ramita no hacen caso. ¡Qué curioso es ver una cosa tan inconsciente cuidar con tanta habilidad de sus intereses! Si esto es inconscienza, ¿de qué sirve la conciencia?

Los animales poseen también conciencia y esto no necesita demostración alguna. ¿Y por qué no pueden existir sino estas tres clases de conciencia? ¿No tendrá

la vida reservada una nueva, que sustituya a las demás? Nadie podría negar esto de tal modo que no quedara duda alguna; nadie, puesto que nadie conoce lo que la vida guarda dentro de su mano cerrada. Quizá si en estos mismos momentos se está desarrollando una nueva conciencia ante nuestros ojos, sin que nosotros lo advirtamos; nuestros ojos son imperfectos y no distinguen sino lo acostumbrado; nuestra inteligencia no percibe sino aquéllo que está en relación directa con ella y con nuestra vida y costumbres. ¿Cuántos fenómenos físicos y biológicos pasan inadvertidos para nosotros? Muchos.

Ahí tenemos, por ejemplo, las máquinas.

No existe garantía contra el desarrollo final de la conciencia mecánica en el hecho de que posean las máquinas poca conciencia en la actualidad. Recapacítense los adelantos extraordinarios hechos por las máquinas en los últimos siglos, y obsérvese con qué lentitud progresan los reinos animal y vegetal. Las máquinas de organización más complicada son creaciones, no ya de ayer, sino de los últimos cinco minutos, por decirlo así, en comparación con el pasado. Admítase, para hacer más clara nuestra argumentación, que los seres conscientes hayan existido unos veinte millones de años, ¡y véase qué camino han recorrido las máquinas durante los últimos diez siglos! ¿No puede durar el mundo veinte millones de años todavía? Si así fuere ¡qué no llegarán a ser las máquinas! ¿No sería más prudente cortar el mal en flor prohibiéndolas nuevos adelantos?

Se argüirá que la máquina es sólo una cosa inventada o creada por el hombre y que, como cosa mecánica, no puede tener conciencia. ¿De dónde podría venirle la conciencia a la máquina? Pero, contestando a esta pregunta, podría preguntarse: ¿de dónde le vino la conciencia al hombre? La raza humana, aceptando la teoría de la evolución, desciende originariamente de algo desprovisto de toda conciencia. Y si el hombre, que desciende de organismos desprovistos de toda conciencia, llegó a poseerla, igualmente o con mayor razón llegará a poseerla la máquina, que ha sido creada por un organismo consciente. Por lo demás,

¿quién puede decir dónde empieza la conciencia y dónde acaba? ¿Quién puede trazar la línea divisoria? Es decir: ¿quién puede trazar línea alguna? ¿Quién puede decir que la máquina de vapor no posee una especie de conciencia?

La maquinaria va enlazada con la vida animal por una variedad infinita de eslabones. El hombre mismo es una máquina, que anda mientras tiene combustible y que se detiene cuando deja de tenerlo. Claro es que la máquina humana es más perfecta que la máquina mecánica, pero no siempre ha sido perfecta y hubo una época en que no presentaba garantía alguna de progresar hasta el extremo que lo ha hecho, y si fuera posible retrotraerse al tiempo y comparar una máquina humana de esa época con una máquina mecánica de hoy, que está también en un estado rudimentario de su evolución, la inferioridad de la primera sería evidente. Y adviértase que el autor habla quinientos años atrás, cuando aún en Erewhon y en el resto del mundo no se conocía la electricidad, fuerza misteriosa cuyo origen no se conoce y que obra sobre las máquinas como un sistema nervioso; ni se conocía la aplicación del petróleo a la maquinaria, elemento que es también una especie de oxígeno para el sistema circulatorio de ellas; ni se conocían los motores, verdaderos corazones mecánicos, que están, como los humanos, expuestos a enfermedades, a arritmias, a palpitaciones, a muertes repentinas. Poco a poco van apareciendo nuevos elementos que impulsan de manera vertiginosa el progreso de la maquinaria, y el hombre mismo, al contemplarlas, asómbrase de su adelanto. La linotipia, por ejemplo, que fué inventada ayer, es más inteligente que muchos hombres; rara vez se equivoca y cuando esto sucede, es el hombre que la maneja el que tiene la culpa de su error. Hay máquinas que hacen toda clase de operaciones más pronto y mejor que cualquier hombre; no hay matemático que pueda compararse con ellas en precisión y en rapidez; ellas no olvidan nunca una cifra, así como las máquinas tejedoras no olvidan nunca un punto. No se cansan ni decaen; andan por debajo del agua y por encima de ella; vuelan por el aire con más lige-

reza y constancia que los pájaros; cavan bajo tierra y hablan con un lenguaje casi propio, de un país a otro, sin más que el hombre las toque con su mano. Y hay algunas que ya no necesitan la intervención directa de la mano del hombre; una onda eléctrica las mueve a voluntad.

Así es el tallo verde aún; ¿qué hará, pues, cuando llegue a pleno desarrollo?

Tómese en cuenta que las máquinas de hoy son para las futuras lo que los ictiosaurios fueron para los primeros hombres; ninguna representa ni remotamente el tipo de lo que serán en el futuro, así como el primer antropoide que se enderezó sobre sus patas no representaba ni vagamente el tipo del hombre actual. Cuando se piensa en la lentitud del progreso del hombre, pasma la rapidez del de las máquinas. Nada en el mundo ha progresado tan rápidamente como ellas. Es este rápido progreso el que alarma.

Hasta la fecha, las máquinas reciben (y transmiten) sus impresiones por intermedio de los sentidos del hombre. Una locomotora en marcha llama a otra con agudo acento de alarma y la otra se aparta al instante; pero es a través de los oídos del maquinista como la voz de una ha actuado sobre la otra. De no haber maquinista, la llamada hubiera permanecido sorda al requerimiento de la llamante. Hubo una época en la que hubiese parecido sumamente improbable que las máquinas aprendiesen a expresar sus requerimientos por medio del sonido, ni aún a través de los oídos del hombre. ¿No podemos imaginar, por tanto, que llegará un día en que dichos oídos ya no serán necesarios, efectuándose la percepción del sonido merced a la delicada construcción de la propia máquina? ¿Una época en la cual sus medios de expresión habrán evolucionado desde el grito de los animales hasta un lenguaje tan complicado como el nuestro?

Por lo demás, el que las máquinas no tengan hasta ahora voz, no constituye garantía suficiente contra un probable desarrollo de la conciencia mecánica. Puede ocurrir que la falta de palabra fuese más bien una cualidad de las máquinas, cualidad que los mismos hombres han elogiado de diferente modo. El silencio, ha dicho un escritor, es una virtud que nos hace agrada-

bles ante nuestros semejantes. El silencio es oro, añade la sabiduría popular.

Existe ya una evidente tiranía de la máquina sobre el hombre. Este cree que ha creado la máquina en interés suyo y que será siempre su director, su espíritu, y que ella será siempre su esclava, estando, en relación con él, en la misma situación de los animales domésticos; que debiendo su vida al hombre no podrá alcanzar superioridad sobre él y que tan pronto como una máquina deje de obedecer al hombre estará condenada a desaparecer. Pero esto no es así. El hombre es ya esclavo de la máquina y hay algunos que desde su cuna hasta su tumba pasan su vida entera cuidando de ellas. Esto es ya esclavitud. Además, el hombre no puede vivir ya sin las máquinas, y esto es también esclavitud. Si todas las máquinas fuesen destruidas o desapareciesen en un instante dado, el hombre no podría sobrevivirlas. Le faltarían las comunicaciones, los alimentos, el vestido, la luz, la vista, las diversiones; le faltarían igualmente motivos intelectuales para subsistir y no pudiendo acostumbrarse a este enorme salto atrás en la evolución del mundo, caería en la barbarie y desaparecería. Si, hasta este momento, las máquinas dependen del hombre, el hombre, con mayor razón, depende de las máquinas y la existencia de ellas es un *sine qua non* para la existencia suya. La máquina impone al hombre su voluntad y su subsistencia, y el hombre llega hasta pelear con otros por ellas. Toda esa enorme lucha de la política internacional por la posesión del petróleo, lucha que llegará pronto hasta provocar una guerra mundial, no es sino provocada por la imposición de las máquinas.

—Si falta petróleo, me pararé—dicen las máquinas.

Y el hombre, asustado ante esta posibilidad, comprendiendo que la inmovilidad de las máquinas representa su propia inmovilidad, su inercia, su inanición, su muerte, lucha, disputa, miente, se apodera de los pueblos más débiles que el suyo, los subyuga, olvida

sus compromisos de honor, como en los casos de Colombia y Mossul, llegando a veces hasta la traición.

¿Es esto o no una esclavitud?

Algunas personas dicen que las máquinas nunca podrán evolucionar hasta convertirse en seres animados o cuasi-animados, puesto que no tienen sistema reproductivo ni parece probable que lleguen jamás a poseerlo. Si con esto quieren decir que no pueden unirse en matrimonio y que no hay probabilidades de que presenciemos jamás una unión fértil entre dos máquinas de vapor, con sus vástagos jugando a la puerta (por mucho que quisiéramos verlo), entonces admítolo de buena gana. Pero esta objeción no es muy profunda. Nadie espera que todos los rasgos distintivos de los organismos existentes hoy día se reproduzcan exactamente en un orden de vida totalmente distinto. El sistema reproductivo de los animales se diferencia mucho del de las plantas, aunque ambos sean sistemas reproductivos. ¿Es que la naturaleza ha agotado sus fases de esa facultad? En buena lógica, si una máquina es capaz de reproducir otra máquina sistemáticamente, podemos decir que posee un sistema reproductivo. ¿Qué es un sistema reproductivo, sino un sistema para la reproducción? ¿Y cuántas máquinas existen sin haber sido engendradas sistemáticamente por otras máquinas?—Pero es el hombre quien las obliga a hacerlo.—Concedido; mas ¿no son insectos los que hacen reproducirse a muchas plantas y no desaparecerían familias enteras de ellas si su fertilización no se efectuase por una clase de agentes que les son totalmente ajenos? ¿Se le ocurre a nadie decir que el trébol encarnado no tiene sistema reproductivo porque el abejorro (y sólo el abejorro) debe auxiliarlo y excitarlo para que pueda reproducirse? A nadie. El abejorro forma parte del sistema reproductivo del trébol. Cada uno de nosotros proviene de diminutos animalculos, cuya entidad era completamente distinta de la nuestra, que actuaban a su modo y manera, sin preocuparse en lo más mínimo de nuestra opinión sobre la materia. Estos minúsculos animalitos forman parte de nuestro propio sistema reproductivo; entonces ¿por qué no hemos de formar parte nosotros del de las máquinas?

* * *

Tales son, en síntesis, las partes más esenciales del resumen que Mr. Higgs hizo del *Libro de las máquinas*. Ya hemos dicho que fué este libro el que provocó la guerra civil que trajo como consecuencia la completa destrucción de todas las máquinas existentes en Erewhon. No puede negarse que su autor tiene razón en muchos puntos y que si bien en lo tocante a la probable conciencia mecánica, habría mucho que discutir, en lo que respecta a la tiranía de la máquina sobre el hombre, es irrefutable.

Y esto se dijo hace quinientos años en Erewhon. . . .

Entre nosotros, que no somos habitantes del país fantástico situado allende las montañas de Nueva Zelanda, el problema es agudo y complicado. Las máquinas absorben cada día más la fuerza y la inteligencia del hombre. Ocupan ejércitos enteros de hombres, que sólo trabajan para ellas, de día y de noche, cuidando su alimentación, atendiendo sus menores deseos, sus caprichos, sus ardides. Ante ellas, el valor intrínseco y extrínseco del hombre ha desaparecido y lo que más espanta es la superioridad que el hombre concede a la máquina sobre sí mismo. Ved, por ejemplo, un señor que maneja un automóvil; si otro señor, por medio de un choque o de otro modo, hiere su máquina, pondrá el grito en el cielo, se lamentará, acusará al otro ante la justicia y se hará pagar por el deterioro lo que considera justo y un poco más. En cambio, si con su máquina hiere o mata a un hombre, mentirá, dirá que él no tiene la culpa, que el hombre quiso pasar antes que su máquina habiéndole él advertido que quería pasar primero, que el otro no le oyó o no le obedeció e incluso presentará testigos falsos para probar su inocencia. Es fácil sustituir a un hombre, pero no es fácil adquirir otra máquina. He ahí el razonamiento que ha hecho posible considerar al hombre como inferior a la máquina. Ved, por otra parte, un taller industrial en actividad; hay muchas máquinas y muchos hombres; si una de ellas se descompone vendrá inmediatamente un mecánico a arreglarla, y si no basta uno vendrán cuatro, y si la máquina no es arreglada se paralizará toda la fábrica; en cambio, si una máquina coge a un hombre y le tritura un brazo, una pierna o la cabeza, pasará un largo rato antes de que llegue una ambulancia, la cual se demorará otro rato en llegar a la Asistencia Pública; en todo ese tiempo el hombre se habrá desangrado o habrá muerto. Pero la fábrica no se paralizará por eso; hay muchos hombres que pueden reemplazar al desaparecido.

Y lo más triste es que la cosa ya no tiene solución. El acrecentamiento y desenvolvimiento de la maquinaria ha hecho posible una mayor producción y al amparo de esta mayor producción, que asegura la subsistencia a un mayor número de individuos, el hombre se ha reproducido con exageración, con tanta exageración, que si hoy desaparecieran las máquinas, como en Erewhon, el hombre con su trabajo manual, sin máquinas, no podría abastecerse a sí mismo ni a los demás. Es su vida y las de los demás, entonces, lo que el hombre defiende en la existencia de las máquinas.

Pero, asegurando su vida, el hombre ha asegurado su esclavitud.

Ricardo Donoso

DON FERNANDO COLON, BIBLIOFILO

I

DE los sucesores del Almirante ninguno ilustró su nombre con más brillo que su hijo don Fernando, bibliófilo eminente y apasionado, el más diligente coleccionista de libros de su época, y tal vez de todas las conocidas. Pero la gloria inmortal de su padre mantiene en una discreta penumbra su nombre, aún cuando su recuerdo se mantiene redivivo en la notable biblioteca que formara durante el curso de su vida y que se conserva en Sevilla.

Hijo del amor, de aquellas dulces relaciones del Almirante con doña Beatriz Enríquez, vió la luz en Córdoba el 15 de Agosto de 1488. Su padre manifestó siempre por él la afección más viva, y en sus postreros días lo instituyó heredero de su mayorazgo, para el caso de que su hijo Diego falleciera sin dejar sucesión.

Desde la más tierna edad asistió a la escuela de su ciudad natal, y a los diez años fué designado paje de la

Reina Isabel. Acompañó a su padre en su cuarto y último viaje al Nuevo Mundo, y en 1509 realizó una nueva travesía del Atlántico, «el mar tenebroso» de los antiguos, junto con su hermano Diego, investido de la dignidad de Almirante de las Indias. Llevó en esa ocasión una misión especial, que fué la de entender en la fundación de iglesias y monasterios. Pero no fué de larga duración su estada en el Nuevo Mundo.

Despachó el Almirante a su hermano don Hernando—escribe Las Casas—, que sería de edad de dieciocho años, para que fuera a estudiar a Castilla, porque era inclinado a las ciencias.

A los veintidós años inició sus viajes por España, Italia, Francia, los Países Bajos e Inglaterra, que hicieron de él un viajero incorregible y contumaz. En los primeros decenios de la imprenta no eran muchas las ciudades europeas en las que existía el mercado de libros: Amsterdam, Lion, Venecia, Roma eran las principales. De 1510 a 1511 don Fernando Colón recorre España, y visita Sevilla, Toledo, Alcalá de Henares, Valladolid y Calatayud. En 1512 emprende su primer viaje a Roma, donde permanece más de un año, ocupado particularmente de literatura. En sus frecuentes visitas a la Ciudad Eterna se empapó del espíritu del Renacimiento y cobró a las letras y a las artes una pasión tan ardiente, que ellas habrían de ser en adelante el norte de su existencia. La razón íntima de su espíritu trashumante está en esa inclinación que desde temprana edad se despertó en él por los libros; el motivo de sus viajes permanentes radica en su vocación de bibliófilo, que lo hacía peregrinar de pueblo en pueblo, de país en país, tras las bellas ediciones, las primorosas impresiones, los raros manuscritos de que tan fecundas fueron las imprentas de la Europa Central y Occidental durante el primer siglo de la imprenta. Bibliófilo metódico y prolijo, don Fernando consignaba en la última hoja de cada libro la fecha y el precio de

su adquisición, con indicación del lugar donde la había realizado, precioso detalle que ha servido para reconstituir el itinerario de sus viajes.

En 1513 vuelve a España. En Agosto del mismo año visita Barcelona, Tarragona y Valencia. Pocos meses después lo hallamos en Madrid, cuya población no excedía entonces de 3.000 almas y en la cual la imprenta sólo fué introducida 46 años después; en Medina del Campo y en Valladolid. En Enero de 1515 está en Génova, y de Junio a Septiembre en Roma. Dos años después realiza una nueva visita a la ciudad de los Papas, que atraviesa por esos días una de las épocas más brillantes de su historia, llena de vida y animación, en medio de la fecunda actividad artística, literaria e intelectual que había prendido en los espíritus más selectos.

Por sus distinguidos talentos don Fernando gozó del favor de Carlos V. Parece que formó parte de la comitiva que lo acompañó a la ceremonia de su coronación como Emperador de Alemania, realizada en Aix la Chapelle el 23 de Octubre de 1520. El mismo año recorre Italia, Génova, Liguria, Ferrara, Venecia y regresa a Alemania por Suiza, pasando por Nuremberg, Francfort, Aix la Chapelle, para no detenerse hasta los Países Bajos. En 1522 está en Londres.

Por decreto de 19 de Febrero de 1524 fué designado uno de los árbitros para definir los derechos de España y Portugal en las Molucas; comisión que se reunió en Badajoz y a la cual don Fernando presentó cuatro memoriales que se han salvado del olvido: tres de ellos publicó don Martín Fernández de Navarrete en su famosa *Colección de viajes*, y el cuarto ha sido recogido en la *Colección de documentos inéditos para la historia de España*.

Parece que durante esta época los viajes de don Fernando Colón se concretaron a España, pero ya en 1525 lo encontramos en Roma por tercera vez. Los cuatro

años siguientes trascurren para él en Sevilla, ocupado en la organización de su biblioteca, cuya fundación él hacía remontar a 1526, que había instalado en medio de un magnífico y ameno jardín, plantado de árboles procedentes del Nuevo Mundo.

Ese año el Emperador le discernió una nueva distinción, designándolo para integrar una comisión de cosmógrafos y pilotos encargada de corregir las cartas marinas y construir una esfera o mapamundi que señalara los países descubiertos. Durante la ausencia de Sebastián Caboto, que había partido en su expedición al Río de Solís, presidió en su propia casa los exámenes de los pilotos que los célebres cosmógrafos Diego Ribero y Alonso de Chávez estaban encargados de interrogar.

En 1530 realizó un nuevo viaje a Italia. Es difícil señalar la fecha de sus andanzas en los años siguientes, aún cuando se puede presumir que sus ocupaciones lo retuvieron en la península. Sin embargo, hay huellas de sus peregrinaciones en una parte de Francia durante el año 1536. Por estos días se ocupaba de la organización de una escuela de matemáticas y navegación, para lo cual había obtenido el consentimiento del Emperador, y a la que iba a dar el nombre de Colegio Imperial.

Murió en Sevilla el 12 de Julio de 1539, a los 50 años de edad.

U. S. sabrá—se le escribía a su sobrino el incorregible polígamo don Luis Colón—que el Sábado a 9 días de Julio a las 8 del día, falleció el bienaventurado don Hernando Colón, vuestro tío: vuestra señoría no reciba pena de su muerte sino haya placer, porque fué tal su acabamiento, como de un apóstol. Cincuenta días antes que muriese supo que había de morir con su gran saber, y llamó a sus criados, y les dijo que poco había de estar con ellos en este mundo.

A la fecha de su muerte sus rentas eran considerables. De su padre heredó una renta anual de dos millones de maravedís, el Rey Fernando le concedió 400 esclavos y el Emperador le hizo gracia de dos pensio-

nes que, juntas, sumaban 425.000 maravedís. HARRISSE calcula que su renta no podía ser inferior a 45.000 francos de la época, o sea, unos 180.000 francos anuales cuando él escribía, en 1896, aumentados, sin duda por frecuentes operaciones comerciales.

Era corpulento y de talla elevada. Su cadáver fué enterrado en la catedral de Sevilla.

II

Fué don Fernando Colón el más afanoso, metódico y esmerado bibliófilo; su biblioteca era su sola preocupación, y puede decirse que pasó una parte de su vida enumerando y describiendo las bellezas de sus libros. Compraba los libros casi siempre por junto, especialmente en sus viajes, aún cuando mantenía relaciones directas y constantes con los libreros del extranjero. Después de cada compra colocaba los tomos nuevamente adquiridos en los anaqueles, sin ordenarlos por materias ni por alfabetos, sino simplemente por la fecha de la entrada a la biblioteca. Una vez ingresado, lo anotaba primeramente en un abecedario, y luego, bibliográfica y comercialmente, en el Registro que llevaba. Hacia 1530, y probablemente a consecuencia de su instalación en su casa de la Puerta de Goles, pudo comenzar a poner en ejecución el proyecto que acariacian todos los bibliófilos, de hacer un catálogo completo de sus libros.

Tuvo especial placer en hacerse rodear de hombres de letras y hasta los hacía venir de remotos países. Muchos de los hombres cuya compañía buscaba escribieron libros y cartas en los que elogiaron su personalidad, su hospitalidad, sus trabajos literarios y su notable colección de libros, que se había hecho célebre en la república literaria. Entre los que fueron sus huéspedes en su casa de la Puerta de Goles debe mencionarse a Nicolás Cleynaerts; Juan Vasaeus, autor de

una Crónica impresa en Salamanca en 1552, que fué su bibliotecario, y algunos otros hombres distinguidos de su tiempo. No fué don Fernando un erudito avaro de sus tesoros bibliográficos: por el contrario, franqueó las puertas de su magnífica biblioteca a todos los escritores de su tiempo, y eran sus deseos que todos los españoles tuvieran acceso a ella. En el memorial que en sus últimos días dirigió a Carlos V propuso al Emperador los medios para hacer a España toda partícipe de sus libros, disponiendo que de todos ellos hubiese un copioso índice en cada ciudad y se mantuviese una nutrida correspondencia para hallar con prontitud cualquier libro aunque se pidiese de muy lejos. Pedro Mexía, Gonzalo Fernández de Oviedo, que lo recuerda como «virtuoso caballero»; Francisco López de Gómara, Pedro Cieza de León, historiador de la conquista del Perú; Jerónimo de Zurita, cronista de Aragón, Juan Ginés de Sepúlveda y Esteban de Garibay consultaron sus libros y manuscritos.

Lector apasionado e infatigable, anotador sistemático, don Fernando llenaba de glosas y apostillas las márgenes de sus ediciones de Ovidio, de Virgilio, de Horacio, de Lucano y Saxo Gramático. La considerable cantidad de manuscritos que de él se conservan permite determinar la orientación de sus aficiones y las preferencias de sus estudios. Sus lecturas predilectas eran Aristóteles y sus comentadores, los poetas latinos y los Padres de la Iglesia, y aún cuando cita a Martín de Enciso, Mateo Ringman y Waltzmüller, sus principales autoridades en materia geográfica eran Ptolomeo, Pomponio Mela y el cardenal Pedro d'Ailly.

El número de catálogos y de índices que compuso de sus libros es el más extenso de todos cuanto han poseído las bibliotecas más célebres de Europa. Muchos de sus registros y abecedarios se han perdido, mas consérvanse todavía en nuestros días los suficientes para tener una idea aproximada del número de libros y manuscritos que poseía.

Abrigió variados proyectos. Quería tener primeramente un catalágo de autores,

reduciendo a orden alfabético todos los autores que ha habido, que dijera tal autor compuso tal y tal libro, poniendo todas las obras que oviere hecho, asimismo por orden alfabético, para que con mayor facilidad sean halladas las obras y sus autores.

Compuso una especie de diccionario de teología y derecho civil y canónico, puso igualmente mano a un catálogo bibliográfico y finalmente uno que llamó *Libro de proposiciones*, en que las materias estaban ordenadas por alfabeto y en el que consignaba sobre tal cosa escribe Fulano en tal parte, y Zutano esto en tal otra. En el *Libro de proposiciones* consignó todo lo que había llamado su atención en sus lecturas. Es un resumen laborioso, en el que páginas enteras no son más que referencias a la cosmografía, a la historia, a la geografía, a los antípodas, y aún al famoso libro de Martín Hylacomylus, sabio friburgués a quien corresponde el honor de haber dado el nombre de América a las tierras descubiertas por Colón.

Compuso un *Diccionario de definiciones*, en latín, que comprende sólo la letra A y parte de la B, y dejó inconcluso una especie de *Diccionario geográfico de España*.

Uno de los numerosos catálogos de su biblioteca, el que Harrisse denominó *Registrum B*, es el que publicó en 1905, en admirable edición facsimilar, Mr. Archer M. Huntington, del único ejemplar existente en la Biblioteca Colombina, y que dedicó «con afecto y admiración a la ciudad de Sevilla, como sencillo homenaje a la memoria de uno de sus más grandes hijos».

III

El memorial que don Fernando dirigió al Emperador, relativo a la conservación y mantenimiento de su

librería, nos revela cuánto le preocupaba la suerte de sus volúmenes y cuán intensa era su pasión de bibliófilo. Ante todo deseaba que se atendiera a su fomento, adquiriendo todos los libros que fueran lanzando las prensas, y que no se interrumpiera la labor de catalogación e inventario, que de quince años a esa parte se realizaba en su biblioteca. Eran sus deseos que se diera remate al índice de autores y de títulos que había comenzado, que se prosiguiera el *Libro de proposiciones* o catálogo de materias que había iniciado, y que se destinara a todo ello los fondos necesarios.

Don Fernando legó sus libros a su sobrino don Luis Colón, con la obligación de gastar anualmente 100.000 maravedís en su conservación e incremento. Si el legatario no cumplía, la biblioteca debía pasar al Cabildo eclesiástico de la catedral de Sevilla. El legatario no manifestó el menor interés por el asunto y la valiosa colección pasó finalmente al Cabildo eclesiástico de la catedral. Corrieron los años y bien poco caso se hizo de los libros, que no fuera para hacer las más escandalosas sustracciones, de manera que hacia fines del siglo XVII el bibliotecario Juan de Loaisa calculaba que de los 15.000 y tantos volúmenes que dejara don Fernando, apenas si se conservaban de cuatro a cinco mil. Esto ya lo había previsto el gran bibliófilo, pues en su testamento consignó que sabía muy bien

que a pesar de todas las precauciones posibles no puede impedir nadie que se roben libros aunque estén atados con cien cadenas.

La biblioteca fué guardada durante cerca de 100 años con los mayores cuidados. Sólo después del fallecimiento de Loaisa fué cuando la Colombina, vergonzosamente descuidada y abandonada, comenzó a ser destruida y víctima de sustracciones y devastaciones, contra las cuales se alzaron voces de airada indignación. Desde mediados del siglo XVIII comenzó a ponerse algún

cuidado y orden en la Colombina, y en 1783 se hizo un inventario prolijo de ella. El Cabildo destinó fondos para su mantenimiento, los particulares la favorecieron con su protección y contribuyeron a su mejoramiento y el propio gobierno manifestó el más vivo interés en su fomento.

Era tal el descuido que existía en ella que don Rafael Tabares me aseguró—recordaba el reputado bibliógrafo don Bartolomé José Gallardo—que cuando muchacho iba él con otros a jugar allí, y se entretenían en hojear los libros de iluminaciones y estampas, especialmente los litúrgicos antiguos, que algunos las tenían primorosas en dibujo y colorido.

En 1859 hubo necesidad de ampliar su local y en 1871 no poseía menos de 34.000 volúmenes y de 1.600 manuscritos.

Poseía una notabilísima colección de manuscritos iluminados sobre vitela, obra de los siglos XIV y XV, ejecutados en Italia por copistas y miniaturistas inspirados en la escuela borgoñona. Eran no sólo libros de iglesia, misales, salterios y pontificales, sino también tratados de derecho canónico y comentarios de las obras de Aristóteles por Alberto el Grande y otros filósofos escolásticos.

No es posible imaginar una caligrafía más bella, ni letras iniciales y miniaturas más delicadas y finas que las que embellecen estos soberbios manuscritos,

recordaba hace medio siglo el eruditísimo HARRISSE. La Biblioteca Colombina, que más bien debía llamarse Fernandina en honor de su fundador, como ya lo propuso su biógrafo norteamericano, es hoy una de las más atrayentes seducciones que la ciudad del Betis ofrece a la curiosidad del desocupado turista.

IV

¿Cómo es posible que don Fernando Colón, bibliófilo, cosmógrafo, jurista, amante hijo de la gloria de su

padre, no pretendiera escribir una historia del Almirante? Poseedor de muchos de sus documentos; dueño de la biblioteca más rica de su tiempo, amigo y contemporáneo de los que lo fueron de su progenitor, testigo él mismo de buena parte de su vida, ¿es concebible que la memoria de su familia le fuera tan indiferente que no pretendiera dejar de sus inmortales hechos huella perdurable en las páginas de un libro? He aquí la cuestión que ha dado origen a la más apasionada y ardiente polémica entre críticos y eruditos, y en la que aún hasta hoy parece no haberse arribado a una conclusión decisiva.

En 1571 apareció en Venecia un libro con el siguiente título: *Historie del S. D. Fernando Colombo; nelle quali s'ha particolare, e vera relazione della vita e de fatti dell' Ammiraglio D. Cristoforo Colombo, suo padre*, que se decía traducido del manuscrito español al italiano por Alfonso Ulloa, literato de vida aventurera cuyas andanzas no han sido aún del todo esclarecidas. En 1546 aparece ya instalado en Venecia ocupado en reimprimir libros españoles y en hacer traducciones del portugués al italiano, de las que imprimió un número considerable. En sus ediciones figuran novelas y tratados de filosofía, relaciones de viajes y ediciones de poetas, junto a manuales para los comerciantes. Ticknor y Harrisse juzgan con dureza su probidad literaria, y el último lo supone capaz de cualquier superchería.

Humboldt y don Juan Bautista Muñoz habían formulado ya algunos reparos a la autenticidad de ciertos pasajes de las *Historie*, pero durante muchos años prevaleció la apreciación general que expresó sobre ellas Washington Irving, reputándolas como un

documento de alto precio, que merece mucha fe y puede llamarse la piedra angular de la historia del continente americano.

Fué el primero en sostener su carácter apócrifo el notable crítico, erudito e historiador norteamericano Hen-

ry Harrisse, que consagró todo un volumen a analizar punto por punto las partes más sospechosas de aquella obra. Lo primero que llama su atención es el tono violento que alienta en sus páginas, que parece no conciliarse con el carácter dulce, amable y benévolo de don Fernando Colón, de quien el mismo Oviedo había dicho que era un caballero «de mucha nobleza y afabilidad y dulce conversación», y el hecho de que el examen de sus libros lleve a la conclusión de que la historia americana era lo que menos le preocupaba.

La circunstancia de haberse perdido el manuscrito original castellano, y el resultado infructuoso de todos los esfuerzos hechos para descubrirlo en las bibliotecas y archivos públicos y privados de España, Italia y otros países, ha impedido en este asunto pronunciar una sentencia definitiva.

Pero si hay serias objeciones contra la autenticidad de la biografía del Almirante escrita por don Fernando, no hay razones menos poderosas a su favor, y entre éstas no es la de menor importancia la coincidencia de algunos de sus pasajes con la *Historia de las Indias* de fray Bartolomé de las Casas. Un estudio prolijo y desapasionado de los argumentos aducidos por los impugnadores y los sostenedores de la autenticidad de la obra de don Fernando, lleva a la conclusión de que considerables fragmentos de las *Historie* son efectivamente la traducción de una biografía del Almirante escrita por su ilustre hijo, principalmente aquellos en que habla como testigo ocular, y ha reproducido Las Casas en citas parciales, pero al mismo tiempo abundan en ella las interpolaciones, en las que se advierte la intervención de una pluma extraña, que bien pudo ser la del traductor Alfonso Ulloa. Los más autorizados geógrafos y críticos convienen en que, después de las fundadas objeciones de Harrisse, no es posible tomar la obra que se atribuye a don Fernando Colón sino con extremada

reserva, sometiendo sus afirmaciones, y hasta los nombres y las fechas, a la crítica más severa.

Cosmógrafo, jurista, bibliófilo eminente, don Fernando Colón merece sobradamente el epitafio que redactó para su tumba y que dice así:

Aquí yace don Fernando Colón, hijo de don Cristóbal Colón, primero Almirante que descubrió las Indias, que siendo de edad de cincuenta años y diez meses y veintisiete días, y habiendo trabajado lo que pudo por el aumento de las letras, falleció en 12 días del mes de Julio de 1539 años, 33 años después del fallecimiento de su padre. Rogad a Dios por ellos

Carlos Keller R.

LA DOCTRINA SOBRE LA AGRICULTURA DE HEINRICH VON THUENEN

Hemos solicitado al señor don Carlos Keller una colaboración sobre las teorías de Thuenen, tan importantes para apreciar debidamente la política agraria que debe seguir nuestro país. El ensayo que publicamos a continuación viene a ser un interesante complemento al estudio del mismo autor que *Atenea* publicó en el N.º 10 del último año, sobre *El problema de la colonización en Chile*.

I

EN EL siglo XVIII, los economistas trataron de analizar el origen de las diferentes *rentas* que hacen posible la existencia a los individuos. Distinguieron entre el salario, el interés que produce el capital y la ganancia del empresario económico. Además, se dieron cuenta de la existencia de una renta especial que produce el suelo, diferente de aquellas tres y sometida a leyes especiales. La escuela de los *fisiócratas* atribuye la mayor importancia a esta última renta y establece que la verdadera fuente de la riqueza hay que buscarla en la fertilidad del suelo, el cual produce mucho más de lo que es preciso invertir en su cultivo. Las demás clases sociales viven, a juicio de esta escuela, de rentas que se derivan de la que

produce el suelo. Adam Smith (1723-90) que combate resueltamente las doctrinas fisiocráticas en su célebre *Inquiry into the nature and causes of the wealth of nation* (1776); acepta, sin embargo, hasta cierto grado, la teoría de aquella escuela, en lo que se refiere a la renta solar. Cree él que existe esta renta y que proviene de la fertilidad especial que caracteriza al suelo. Pero la doctrina de Smith no es uniforme a este respecto. En algunos párrafos de su obra atribuye su origen a un descuento que el propietario hace a los obreros en sus jornales y en otros es de opinión de que no se trata de un fenómeno que se produzca en todos los predios, sino sólo en algunos privilegiados. Esta última doctrina fué adoptada por David Ricardo (1772-1823) y desarrollada en uno de los mejores capítulos de sus *Principles of political economy and taxation* (1817).

Ricardo es de opinión de que la renta solar no es algo inherente a todos los predios, sino que sólo se produce en algunos de ellos. Primitivamente no existía. Había tierras en abundancia, y los hombres empleaban sólo los mejores suelos para producir sus cereales y demás productos necesarios para la alimentación. El precio que se obtenía por estos productos correspondía a los costos de producción más una utilidad razonable. Pero a medida que aumentaba la población, fué necesario emplear para la producción de los alimentos tierras de calidad inferior, que demandaban mayores costos de producción. Así se explica que los precios de los productos agrícolas hayan tenido que subir, pues con los precios antiguos no se compensaría el trabajo que demanda el cultivo de tierras de calidad inferior. Subiendo los precios, los propietarios de los suelos privilegiados por la naturaleza obtenían una renta diferencial, igual a la diferencia entre los precios que regían antes y los que se obtienen ahora. Esta renta no proviene ni del trabajo, ni del capital invertido, ni tampoco representa una ganancia industrial. Cuando, con el trascurso del tiempo, los suelos de segunda calidad no eran bastante abundantes para satisfacer la demanda de productos agrícolas, los precios de estos últimos tenían que subir nuevamente, y entonces también los propietarios de suelos de segunda calidad obtenían una renta diferencial.

En cuanto a los suelos de habitación, se encuentran en una situación semejante, pero la renta que producen no proviene de una cualidad natural de ellos, sino que de su situación. En un almacén situado en el centro de una gran ciudad se pueden efectuar digamos cien veces más transacciones que en uno de igual construcción, pero situado en los arrabales. Es lógico,

entonces, que se obtenga por el primero una renta más alta que por el segundo.

Ricardo se dió cuenta igualmente de la importancia que tiene la situación de los predios agrícolas con respecto al mercado en que colocan sus productos, pero no trató este problema con la riqueza de detalles con que expone su célebre teoría de la renta solar, en cuanto proviene de la cualidad natural del suelo.

A aquel problema le dedicó especial interés un contemporáneo de Ricardo: Heinrich von Thuenen, el cual, sin conocer la doctrina del gran economista inglés, desarrolló una teoría propia al respecto, que merece ser divulgada, no sólo por su importancia teórica, sino especialmente por la multitud de consecuencias prácticas de política económica que se pueden deducir de ella.

II

Thuenen nació en 1783. Su padre fué un agricultor domiciliado en Oldenburg (Alemania). Frecuentó durante algún tiempo la Universidad de Goettingen, pero se le puede considerar como autodidacto en el mejor sentido de la palabra. Para él, la ciencia no era mera teoría sino realidad palpitante. Su afán no consistía en establecer una nueva doctrina, sino en comprobar la validez de las ideas que se había formado en la realidad misma. En 1810 adquirió la hacienda de Teltow, cerca de Rostock, en Mecklemburgo, que organizó en forma ejemplar, tanto técnica como socialmente. En íntimo contacto con la realidad y efectuando cálculos especiales para comprobar la exactitud de sus teorías, desarrolló lentamente sus doctrinas sobre la agricultura, verificando constantemente sus resultados y modificando lo que no resistía a la más severa crítica.

En Teltow, los obreros y empleados obtuvieron una participación en las utilidades, y eso, hace más de cien años, pues Thuenen creía haber encontrado la fórmula ideal para el pago del salario, la cual fué reducida por él a la fórmula sencilla: $\sqrt{a \times p}$. a significa el mínimo de existencia, o sean los costos de la reproducción del trabajo y p , el producto del trabajo. Thuenen reconoce que el producto del trabajo es, en general, de mayor valor que el gasto de la reproducción del trabajo y pretende conceder una participación al obrero y al empleado en ese mayor valor que produce su trabajo. Aunque la fórmula como tal es defectuosa, manifiesta, por primera vez en la historia de la economía social, una idea reconocida hoy en día por todas las legislaciones del mundo. En el fondo, toda la legisla-

ción social moderna que concede una participación al obrero o empleado, está basada en la teoría de Thuenen.

En 1826 publicó Thuenen su obra más importante, que le ha dado fama mundial y que lleva el siguiente título: *Der isolierte Staat in Beziehung auf Landwirtschaft und Nationalökonomie* (El estado aislado en sus relaciones con la agricultura y la economía política).

Thuenen murió en 1850 en Teltow.

III

La base de que parte Thuenen en su teoría la expresa él mismo así:

Imagínese una ciudad de bastante importancia en el centro de una fértil llanura. . . . La llanura consiste en un suelo de igual calidad. . . . A gran distancia de la ciudad termina la llanura en una despoblado no cultivado, el cual separa a este estado del resto del mundo.

Thuenen emplea, pues, el método abstracto: supone la existencia de una llanura de igual fertilidad, separada del resto del mundo y en cuyo centro se encuentra una sola ciudad. Este método, empleado especialmente por la escuela clásica de la economía política, tiene su justificación en la necesidad de asentar un ejemplo sencillo para poder estudiar la realidad, pues su complejidad dificultaría excesivamente el análisis científico. Como veremos más adelante, la teoría de Thuenen puede aplicarse con igual exactitud también en este último caso. La cuestión esencial es determinar la forma de organización que tomará la agricultura alrededor de aquella ciudad aislada del resto del mundo. Para Thuenen, el factor decisivo es la influencia de la distancia y del gasto por el transporte que envuelve aquella, sobre los precios que se obtienen. Como ya habíamos visto, se supone que los costos de producción sean iguales en todas partes. Para poder vender los productos en el mercado, es preciso transportarlos hasta allá, y el gasto que demanda el transporte aumenta a medida que crece la distancia.

La influencia de los gastos de transporte sobre los diferentes productos no es igual, ahora, sino que se hace sentir de una manera muy variada.

En los alrededores de la ciudad—dice Thuenen—, será preciso producir aquellos productos que tienen un peso grande respecto de su valor. . . y cuyos gastos de transporte a la ciudad son tan grandes, que no se puedan traer de regiones apartadas, como también aquellos productos que se pueden descomponer fácilmente.

Según estudios efectuados por Settegast (*Anuario de la economía alemana*, 1902), la influencia del costo del transporte sobre el precio de diferentes productos se desprende del siguiente cuadro:

PRODUCTOS	Costo de transporte por 100 kgs. y por milla (7,5 kms.) en por cientos del precio del producto	
	Camino de Primera clase	Seg. clase
Paja.....	10	15
Papas.....	6,6	10
Leche y frutas.....	2,5	3,75
Trigo.....	1	1,5
Animales vivos.....	0,25	0,25
Queso.....	0,16	0,25
Mantequilla.....	0,1	0,15
Lana.....	0,05	0,07
Extracto de carne.....	0,02	0,03

Tomando en consideración este hecho fundamental y observando la realidad, Thuenen llega a establecer que la producción agrícola se desarrollará alrededor de la ciudad aislada en forma de círculos concéntricos, los cuales presentan características diferentes entre sí.

Esquemáticamente, estos círculos serían los siguientes:



En las *inmediaciones de la ciudad* se cultivarán aquellos productos que no permiten ser transportados a mayor distancia o cuyo transporte es demasiado caro, en relación con el precio. Entre ellos se encontrarían especialmente los siguientes: *legumbres y hortalizas* (en quintas, huertas y chacras), *leche* (en establos, mediante el cultivo intensivo de plantas forrajeras), *pasto seco y paja* (el cultivo de cereales desempeña un papel secundario), *papas, betarragas, trébol*. El método empleado en estos cultivos es la explotación racional mediante un máximo de inversión de capital y de trabajo. Los fertilizantes se obtienen de la ciudad. Existe el sistema de la «economía libre», es

decir, se cultivan todos los suelos disponibles, ateniéndose exclusivamente a las necesidades de la ciudad.

El *segundo círculo* será ocupado, según Thuenen, por la explotación racional de *bosques*, pues ni la leña ni la madera toleran un gasto excesivo de transporte. La parte más cercana a la ciudad será destinada a la producción de leña y la más alejada a la de madera de construcción, pues ésta permite un transporte más largo.

El *tercer círculo* corresponde a la producción de *cereales* y se subdivide, a su vez, en tres grupos, los cuales son los siguientes:

a) *Rotación de frutos*.—Se establece un turno entre los diferentes productos cultivados, tomando en consideración las condiciones fisiológicas de las plantas. Sucesivamente, se cultivan sobre las mismas tierras y sin dejarlas descansar, cereales, plantas forrajeras, leguminosas y plantas industriales. Para poder explotar en esta forma las tierras se requiere mucho capital y trabajo y un conocimiento científico de la agricultura. Es el sistema que está vigente en la Europa Central y Occidental desde principios del siglo XIX.

b) *Rotación entre cereales y pasto*.—Este sistema, que impera en una región ya algo más alejada de la ciudad, requiere menos capital, trabajo y conocimientos que el anterior. Se cultivan las tierras durante algunos años con cereales (variando entre las diferentes clases) y en seguida con pasto.

c) *Rotación de tierras*.—Sólo se cultiva una parte de las tierras, descansando el resto en forma de barbecho. Fuera de la tierra destinada al cultivo de cereales existen praderas permanentes. Este sistema, más primitivo que los anteriores, ha estado vigente en Europa desde los tiempos de Carlomagno hasta el siglo XIX y se emplea todavía en muchas partes.

El *cuarto círculo* se destinaría según Thuenen a la *ganadería*, empleándose las tierras más cercanas a la ciudad en la crianza de animales de beneficio, los cuales se conducen más tarde a la zona destinada al cultivo de cereales para su engorda, mientras que en las regiones más apartadas se crían animales de tiro, es decir, más valiosos y que, por lo tanto, permiten efectuar un mayor gasto de transporte para entregarlos en el lugar de su destino.

Finalmente, en el *quinto círculo* prevalece por completo la caza y pesca. Se efectúan roces en las selvas y se exportan al mercado de consumo las pieles y otros productos valiosos.

IV

Antes de exponer una serie de conclusiones político-económicas a que nos permite llegar el sistema de Thuenen, hemos

de confrontarlo con la realidad. Pues, como ya hemos visto, la tesis de Thuenen ha sido desarrollada por él en forma abstracta y en un ejemplo que jamás se presentará empíricamente. Desde luego, no existe una ciudad aislada. En cada país hay una infinidad de mercados en que se pueden colocar los productos agro-pecuarios. Por consiguiente, se cruzarán los círculos concéntricos y en tal caso prevalecerá el sistema agrario más intensivo. Si los mercados son suficientemente amplios para absorber una producción considerable, se extenderá el radio de los primeros círculos, desapareciendo completamente los más lejanos.

Este es el caso de la Europa Occidental y Central, al menos en la mayor parte de aquella región, la cual puede considerarse como un enorme mercado, cuyas necesidades han tenido como consecuencia que en aquella parte de nuestro globo se desarrolle una agricultura de acuerdo con el sistema vigente en los círculos 1, 2 y 3*a* de Thuenen. Los círculos 3*b* y 3*c* se encuentran en Rusia, Siberia, Canadá, Argentina, Sud-Africa y Australia, centros productivos que abastecen a Europa de cereales y carne y en los cuales predomina un sistema más extensivo. Esta ampliación necesaria de la teoría de Thuenen no altera sus fundamentos.

En la realidad tampoco se encontrará un terreno de igual calidad en todas partes. De acuerdo con Thuenen, la menor fertilidad del suelo produce el mismo resultado que un alejamiento del mercado, de manera que si bien se modifica así el orden de los diferentes círculos, esto no significa que no tengan validez los principios de nuestro autor. Finalmente, en la realidad tampoco existen en todas partes iguales condiciones de transporte. Todo camino, ferrocarril, río o canal, tiene que modificar el sistema de los círculos. La ventaja que produce la existencia de un medio de transporte más favorable significa prácticamente menor distancia al mercado, de manera que los círculos más intensivos se extenderán a lo largo de los medios de transporte a regiones más apartadas de la ciudad. Un predio agrícola situado cerca de una estación ferroviaria, digamos a 300 kms. de un mercado, puede considerarse en igual situación respecto del mercado que otro que no dispone de tales facilidades de transporte y que se encuentra a 30 ó 50 kms. Así se explica, por ejemplo, que las hortalizas de Hungría se exporten en trenes especiales a Berlín, mercado situado a cerca de 800 kms. de los centros de producción.

La técnica moderna permite transportar productos que, en tiempos de Thuenen estaban expuestos a una rápida corrup-

ción, a distancias apreciables, debido a los medios de que se dispone para su conservación. El mismo efecto produce el desarrollo de la técnica aplicada en la agricultura, que permite establecer industrias agrarias, las cuales transforman las materias primas en productos más valiosos que toleran un gasto de transporte más crecido. Además, el desarrollo de estas industrias produce muchas materias secundarias y residuos que permiten establecer, en zonas de producción intensiva, otras menos intensivas y que, según Thuenen, no corresponderían a esa zona. Así, por ejemplo, la producción de azúcar de beta-rrosa permite la crianza de ganado, empleándose para este efecto los residuos y productos secundarios que se obtienen.

Todas estas modificaciones que vienen a ampliar el sistema rígido en que Thuenen presentó su teoría y sobre las cuales él mismo se dió cuenta, no alteran, como se ve, su fundamento.

V

Históricamente, el desarrollo de la agricultura está íntimamente ligado a la formación de los mercados. La aldea como tal no representa todavía un mercado: es una simple aglomeración de agricultores que viven juntos. Consumen sus propios productos. A medida que se desarrolla la ciudad, formada por individuos que no son agricultores y que necesitan del intercambio de productos agrícolas por otros industriales para poder existir, se comienzan a formar los círculos de Thuenen. En los alrededores de toda ciudad se pueden observar las huertas y chacras que le entregan los productos que requieren un trabajo intensivo o no toleran un transporte muy caro. Mas alejados de ella se encuentran los demás círculos descritos por Thuenen. Aumentando la población de la ciudad, aumenta el radio de los primeros círculos. El crecimiento de la población ocasiona un aumento en la demanda de productos agropecuarios; suben los precios; el aumento de precio permite conducir a la ciudad productos cultivados en regiones más alejadas y que requieren mayores gastos de transporte; el aumento de precio produce a los agricultores, cuyos predios están situados más cercanos a la ciudad, una renta diferencial, porque con iguales costos obtienen ahora un precio más alto por sus productos. Esta renta crece constantemente, pues a medida que aumenta la población de la ciudad, aumenta la demanda y suben los precios. La renta diferencial disminuye a medida que nos alejamos de la ciudad y desaparece en el último círculo.

La renta diferencial de Thuenen es una renta que proviene

de la situación de los predios frente al mercado. Su origen hay que buscarlo en la evolución general de la sociedad y no en el trabajo individual. Es, además, la causa del alza de precio de los terrenos agrícolas y urbanos, pues el precio del suelo se determina conforme a la renta que produce; en las ventas se establece primero la renta y ésta se capitaliza en seguida, multiplicándola por la cantidad necesaria para que corresponda al interés vigente.

La escuela de la reforma solar de Henry George, Damaschke y otros ha pretendido hacer desaparecer la renta diferencial por medio de contribuciones especiales sobre ella, pero ha desconocido un punto muy importante: que la evolución de la agricultura es la consecuencia lógica de la renta diferencial y que si ésta desaparece, cesará también el desarrollo agrícola.

En efecto, para efectuar mayores inversiones en el suelo, es decir, producir más intensivamente, se requiere que aumente la renta obtenible. Sería absurdo producir en el cuarto círculo de acuerdo con los principios que rigen para el primero, pues las inversiones no encontrarían la compensación necesaria. Pero eso no significa que los terrenos situados actualmente en el cuarto círculo no puedan quedar comprendidos alguna vez en el primero. Para ello se requiere que las necesidades del mercado ocasionen un alza del precio en tal medida que las inversiones necesarias para producir, de acuerdo con los principios del primer círculo, encuentren la retribución equivalente.

Pongamos un ejemplo. Un agricultor ha adquirido un predio situado en el cuarto círculo al precio de 100 pesos la hectárea y la renta que obtiene es de ocho pesos por hectárea. Aumentan ahora las necesidades del mercado y, por consiguiente, suben los precios, ya que mayores necesidades sólo pueden ser satisfechas a un costo más crecido. El aumento de precio permite al agricultor de la cuarta zona dedicarse primero a la producción de cereales, adoptando métodos cada vez más intensivos. La renta que produce la hectárea sube de 8 a 10, 12, 15, 20, hasta digamos 80 pesos, a medida que aumente la intensidad de los cultivos. El valor de sus terrenos sube al mismo tiempo de 100 a 1000 pesos por hectárea, y si el agricultor se resuelve a vender su predio, obtendrá, pues, un precio diez veces superior a aquel que pagó. (Es un caso frecuente por ejemplo en la Frontera.)

La escuela de la reforma agraria arguye ahora de esta manera: el aumento de valor del predio proviene exclusivamente del desarrollo general de la sociedad y no de una cualidad especial del agricultor; por consiguiente, la sociedad tiene el dere-

cho de imponer al agricultor una contribución que restituya a la sociedad lo que le dió y lo que éste obtuvo indebidamente. El argumento es absolutamente lógico y desde este punto de vista, irrefutable. Pero veamos las consecuencias prácticas. Se le impone al agricultor una contribución escalonada ascendente y cuyo monto corresponda a la renta diferencial. Es decir, primero será de 2 pesos, después subirá a 5, 10 y 70 pesos por hectárea. Se mantiene, pues, artificialmente la renta del predio al nivel de los 10 pesos por hectárea que producía en la época en que el agricultor lo adquirió. Prácticamente, eso significa que se impedirá que el agricultor explote su predio de acuerdo con los principios de una técnica más avanzada. Donde se podría producir conforme a los métodos del primer círculo, se mantendrán los del cuarto.

Como se ve, la escuela de la reforma agraria adolece del error fundamental de considerar la economía como un simple mecanismo estático, en vez de partir de la base de que es un organismo dinámico, cuyas fuerzas no se deben coartar artificialmente, sin graves perjuicios para la sociedad que se pretende defender. Un aumento de precio significa sin duda el aumento de la renta de muchos individuos que se encuentran en la situación privilegiada de sacar provecho de él. Pero un aumento de precio significa, al mismo tiempo, la existencia de una necesidad que sólo se puede satisfacer mediante un mayor sacrificio. Individualmente considerada, el alza de los precios viene a redundar en beneficio de un agricultor cuyo predio tiene una situación privilegiada, pero socialmente hablando, el alza de los precios es la base del desarrollo agrícola. Le permite al agricultor de la cuarta zona aplicar los métodos de la tercera; al de ésta, los de la segunda, y al de esta última, los de la primera. Y aún considerando los predios de la primera zona: ¿es posible indicar un máximo absoluto para la intensidad de la producción?

VI

La teoría de la evolución orgánica de la agricultura, desarrollada con tanta maestría por Thuenen, tiene, además, una aplicación interesantísima respecto del «homo oeconomicus». En efecto, si, por una parte, a cada círculo concéntrico corresponde una forma especial de organización agraria, de manera que existe, a este respecto, una racionalidad relativa de los métodos de explotación, por otra, a cada forma orgánica corresponde, también, un tipo especial de agricultor.

A primera vista, la explotación intensiva que requieren los círculos más cercanos a la ciudad exige capacidad técnica e

inteligencia infinitamente superiores a las que demandan la explotación extensiva de los círculos más alejados. En vez de partir, en el racionamiento económico, del tipo ideal de un hombre exclusivamente económico y racional, como lo hace la escuela clásica de Smith y Ricardo, para Thuenen la economía es algo substancialmente dinámico y en constante formación.

Primitivamente, no existía producción para el mercado, sino que se producía lo necesario para la subsistencia dentro del propio hogar. No había espíritu económico o de lucro. Sólo la formación de la ciudad, o sea, del mercado, despierta el espíritu económico. En íntimo contacto con el desarrollo de la ciudad, centro de actividades espirituales, se genera la técnica, la aplicación de las ciencias en la práctica, se forma una nueva ideología, se comienza a pensar racionalmente, se perfeccionan los métodos, se hacen posible los progresos modernos. Es perfectamente absurdo suponer que la humanidad se compone de seres racionales, inspirados precisamente en los principios del capitalismo moderno. La realidad nos dice todo lo contrario: la gran masa de la población vive en un ambiente espiritual que una pequeña *élite* superó hace algunos siglos. En efecto, el agricultor de los círculos más alejados de la ciudad aislada de Thuenen es rutinario, empírico, tradicionalista. No conoce las leyes del crecimiento de la fauna y de la flora. Emplea métodos determinados, porque así se lo enseñaron sus padres. No tiene el afán de perfeccionarse. Extrae del suelo lo que éste naturalmente le entrega, sin invertir mucho capital o trabajo. Su espíritu es un reflejo fiel de las condiciones en que vive y produce.

En los círculos de explotación intensiva, en cambio, el agricultor invierte en el suelo un máximo de inteligencia, trabajo y capital. Se ve en la necesidad de domar a la naturaleza, de someterla a su voluntad. Así se convierte en un ser racional, previsor, laborioso e inteligente. Por supuesto que entre estos dos tipos extremos existen otros intermedios como los ofrece la variedad infinita de formas de la sociedad humana.

Lo esencial en la doctrina de Thuenen es que cada uno de estos tipos tiene su razón de ser. Sería un mal empleo del capital humano trasplantar a un agricultor de la zona de producción intensiva a una de explotación extensiva, pues sus capacidades no producirían los frutos que pueden dar. Vice versa un agricultor de la zona de cultivos extensivos fracasaría en la de explotación intensiva, porque su capacidad intelectual no sería suficiente para mantenerse en la lucha por la existencia.

VII

Existe, finalmente, una última aplicación práctica de la teoría de Thuenen. A cada círculo corresponde una superficie especial de los predios de que se constituye. Desde luego, y haciendo caso omiso de la producción dentro del hogar de lo necesario para la subsistencia, tomando en consideración exclusivamente la producción para el mercado, la superficie de los predios debe disminuir a medida que nos acercamos al mercado. En los últimos círculos se requieren grandes extensiones para producir lo que permita vivir de ello, pues cada unidad de terreno produce muy poco. La renta de diez mil hectáreas en regiones apartadas puede ser igual a la de unas pocas hectáreas en los alrededores de la ciudad.

En los círculos de cultivos intensivos no es posible que una persona explote grandes superficies, pues resultaría irracional. En el primer círculo, en general prevalecerá la propiedad diminuta, precisamente de la cabida que un solo agricultor puede cultivar con la ayuda de su familia y quizás de unos pocos peones. Así la supervigilancia es más fácil, se puede dedicar un máximo de trabajo a cada unidad de terreno y se obtiene un máximo de rendimiento. En la zona de cultivo de cereales puede existir simultáneamente la pequeña propiedad y la de cierta extensión, y finalmente, en los círculos de explotación extensiva prevalecerán los latifundios.

Esta relación entre las superficies de los predios agrícolas viene a establecer una excepción importante a la ley de la concentración del capital de Marx. En efecto, tanto en Francia como en Alemania y otros países que han sabido mantener su agricultura en un estado floreciente y en que se puede observar, en general, la validez de la ley de Marx, se ha podido establecer que no rige respecto de la agricultura, pues, lejos de producirse el fenómeno predicho por Marx, se ha efectuado una subdivisión cada vez más pronunciada de los predios agrícolas. Y en la misma Rusia comunista, las formas más avanzadas de organización económica han tenido muy escasa aplicación y éxito en la agricultura. A medida que se extiendan los primeros círculos de Thuenen va a tener que aumentar la hijuelización de las propiedades rústicas, hecho comprobado por la experiencia práctica y perfectamente de acuerdo con las doctrinas de nuestro autor.

VIII

Si tratamos de hacer ahora una aplicación práctica de lo expuesto en las páginas anteriores a nuestro país, hemos de establecer, primeramente, un hecho fundamental. En Chile no hemos tenido un desarrollo orgánico como lo expone Thuenen. Nuestro país es tierra conquistada. Desde un principio han existido dos clases sociales: los señores y los siervos.

Durante la Colonia, los conquistadores constituyeron grandes latifundios, los cuales, en el curso de los años, han sido subdivididos, pero que actualmente todavía forman propiedades inmensas. La técnica, el espíritu capitalista y la evolución científica no son el fruto del desarrollo de esta tierra, sino que constituyen un injerto artificial traído de afuera.

Por estas razones no podemos aplicar las doctrinas de Thuenen a nuestro pasado. Pero sí las podemos aplicar al futuro. En el curso del siglo XIX se ha formado la sociedad chilena; tenemos hoy en día vida espiritual y científica; hemos incorporado a nuestro ambiente los principios en que se funda la sociedad occidental. Nuestra acción debe consistir ahora en corregir el rumbo que la historia dió en nuestro país a la evolución.

Los latifundios, en regiones provistas de medios modernos de transporte, en condición de producir intensivamente, son un anacronismo. Deben desaparecer. Un país fértil como el nuestro, con enormes reservas de suelos no explotados, no necesitaría importar la carne que consume, ni temer la competencia de sus vecinos, ni reclamar leyes de protección aduanera para su agricultura. Podría explotar grandes cantidades de productos agro-pecuarios. Para ello necesita corregir los defectos enormes de que adolece su constitución agraria. En los alrededores de la capital chilena, que constituye un mercado de primer orden, existen latifundios explotados conforme a los principios medioevales.

Chile queda comprendido, respecto de los mercados europeos, en la zona de atracción que corresponde al círculo tercero de Thuenen, pero la explotación agrícola se efectúa, en general, de acuerdo con principios que rigen para círculos más apartados. Para reformar nuestra constitución agraria necesitamos la ayuda de colonos extranjeros. Se nos ofrecen campesinos que han trabajado en los círculos de cultivos intensivos. No cometamos el error de radicarlos en zonas de explotación extensiva,

pues eso significaría malgastar el capital humano, más valioso que el material.

No volvamos a repetir los errores que señala nuestra política colonizadora del siglo XIX, formando pequeñas propiedades en regiones apartadas de los centros de consumo y sin medios de comunicación. Thuenen nos ha mostrado el camino que hemos de seguir: la racionalidad de los diferentes sistemas de explotación y la racionalidad de los diferentes tipos de agricultores.

Roberto Meza Fuentes

LA POESIA DE ERNESTO GUZMAN



CUANDO en horas de interna soledad, en íntimo coloquio con nosotros mismos, hacemos un repaso de nuestra vida y dejamos resbalar la mirada del alma sobre nuestra antigua y buena amistad con los hombres y los libros ¡qué de cambios advertimos en torno nuestro!, ¡cómo, con admiración y sorpresa, sentimos volcarse valores a los que habíamos atribuido rango egregio y levantarse otros que apenas habían asomado antes a la solicitud de nuestra mirada! Nunca como entonces, siguiendo la frase ilustre, buscamos la amistad de los libros que hablan como hombres y desdeñamos la compañía de los hombres que hablan como libros.

Queremos escuchar las palabras del alma. Hundidos en la soledad sólo encuentran resonancia en nosotros los que se acercaron con amor a las cosas y vertieron su pasión en palabras que tienen el ritmo enérgico de la respiración humana. Esa poesía nos parece la respiración de un alma. Y nosotros, que la escuchamos, so-

mos la atmósfera que el poeta necesita para respirar y hablar su lenguaje poético. Que no es sino el lenguaje humano sublimado a través de su espíritu. No nos seduce el halago sensual de la rima, ni el resplandor de la palabra trabajada como una gema, ni el juego de las frases bordadas con la paciente devoción de los encajes antiguos en las largas manos sutiles. Olvidamos hasta la alegría de las imágenes, maravillosa burbuja dorada que, llena de irisaciones, se desprende del agua clara del poema.

No están dormidas nuestras facultades críticas. Están más agudizadas que nunca. Pero en esta hora de análisis implacable e inmisericorde más que el juego del arte hablan a nuestro ser íntimo las grandes actitudes humanas en las que nosotros, fragmentos de humanidad, nos sentimos vivir y sufrir y anhelar.

El hombre será siempre la principal preocupación del hombre. Y al asomarnos a una obra de arte será imposible que hagamos el sacrificio de nuestro ser humano ante el ara de la belleza pura. La poesía es obra del hombre para el hombre. Y el hombre que se llama poeta puso en su obra tanto anhelo de perfección, sublimó la expresión con tanta mística pasión en la forja de su poético lenguaje, hizo tal entrega de sí mismo en el verso, que más de alguien, agotando el elogio, llegó a llamar divinos al poeta y su obra. Pero lo divino no es sino la sublimación de lo humano y la aspiración a la divinidad no será nunca sino aspiración de hombres. Trágica, desesperada, suprema aspiración. Pero, siempre, aspiración de hombres. Porque si Dios hizo al hombre, nosotros, hombres, estamos perennemente haciendo y deshaciendo a Dios. Y cuando más hombres somos más cerca estamos de la divinidad.

La poesía de Ernesto Guzmán nos lleva por tan abstrusos senderos y meditaciones porque nos muestra en plenitud la desnudez de un alma que al realizarse en poesía no ha hecho sino trazar una pura y serena au-

tobiografía interior. Una serenidad que florece como una nube tras las tormentosas dudas del espíritu.

Los dos primeros libros del poeta—*Albores* (1902) y *En pos...* (1906)—han sido borrados por el autor de la lista de sus obras. Para él su vida literaria comienza en *Vida interna* (1909). El título de este libro podría servir a toda la obra que el poeta comienza desde ese momento.

En sus libros iniciales—*Albores* y *En pos...*—hay indudablemente un poeta. Un poeta más por lo que anhela que por lo que dice. Contagiado del tono oratorio a lo Díaz Mirón, que tantos estragos hizo en la lírica de la época, canta el dolor del pueblo en versos musculados y vigorosos. Si una santa intención social mueve su pluma la poesía no acude siempre a coronar su generosa tentativa. Este hombre, crítico severo de sí mismo, ha borrado de una plumada de su obra estos dos títulos iniciales. Subrayemos el gesto y entremos a la poesía de Ernesto Guzmán.

I

En *Vida interna* el poeta renuncia a ser el abanderado de las multitudes y adentrándose en sí mismo aspira a verter en poesía la esencia de su alma. No hay en el cambio de actitud poética un estrechamiento de visión, ni una renunciación egoísta, ni una cobarde apostasía. Sencillamente el poeta se convence de que la obra de arte no es un púlpito para expectorar sermones laicos y se decide a cantarse a sí mismo en una santa y religiosa desnudez. Autobiografía es toda poesía lírica. (Devolvamos a la palabra lírica su prestigio y no la confundamos con los melodramáticos alaridos del tenor ni con la pasión inconsolable de la *prima donna*.) Efusión cordial, música interior, lenguaje de un alma que quiere hablar a otras almas. No olvida el poeta su piedad por los humildes. No la olvidará a lo

largo de toda su obra. Pero su tono es otro. Es el hombre interior lleno de amor por todas las cosas. Un amor que se ha hecho sangre de su espíritu. Tanto que, al cantarlas, se canta a sí mismo. Por eso he dicho que toda su obra posterior a *Albores* y *En pos...* son fragmentos del poema, que todavía no termina de escribir, de su vida interna.

Para colmar la felicidad de este poeta más que el mecánico martilleo del verso vale una hora de meditación introspectiva. Todo lo verá en función de sí mismo. Alejado de escuelas y capillas, el tiempo será para él un sentirse vivir, un mirarse morir. No irán las pequeñas pasiones de los hombres a golpear a las puertas de su austera soledad. Tras ellas el poeta está realizando el ideal de la vida sencilla: la casa, el árbol, el libro, la mujer bien amada. De vez en cuando un amigo a quien el poeta lee con voz trémula un poema que es una peregrinación a través del propio espíritu.

Vida interna nos presentó de una vez la fisonomía del nuevo poeta. A través de su expresión torturada se advierte la honrada tentativa. El hombre quiere convertir en poema el secreto tesoro de su intimidad. Y como comprende que su intimidad es inefable, que su poesía está más allá de las palabras, su alegría deviene tragedia. El poeta es el que da nombres a las cosas. La alegría de cantar es la alegría de nombrar. Pero hay cosas y matices de cosas que no tienen nombre. Y el poeta hace de su canto la tragedia de las cosas sin nombre. Esa es la tortura de *Vida interna* de Guzmán. No juzgamos. Queremos interpretar y, en un acto de comprensión, recrear la obra del poeta. Y en *Vida interna* tiembla un hombre que quiere poseer las cosas en plenitud y, en plenitud, darles vida perdurable en el poema.

Sueña en

...ese valle
limpio de encantadores, los malignos
que encantan y deforman a los hombres,

de esos que hacen que sólo cada hombre muestre al hombre exterior, a la envoltura que se lleva por fuera, la de carne, que es máscara del otro, del interno que no puede mostrar y que es el único... ¡El Único, el Profundo, el Permanente, que aún en compañía de los otros camina solitario!, ¡sin que nadie lo pueda acompañar...! ¡Sentirse dentro de una prisión de carne y no poderla romper cuando uno se hincha de lenguaje, de pensamiento y oración!...

Y a don Quijote, encarnación de la locura humana, lo llama San Quijote. Después, en uno de sus libros más profundos, lo llamará Padre Nuestro. Porque nunca locura de hombre dió brazo y corazón a hazañas en que la calidad humana tuviera sublimación más divina. Más que el personaje de un libro, libro prócer que es la Biblia de una raza, don Quijote, como Jesucristo, es un arquetipo de héroe: hombre en que la humanidad se desborda como un noble licor de un cristal diáfano.

El poeta de *Vida interna* es él mismo un Quijote en el trance de velar las armas. Por eso advertiremos en su poesía, más que un elegante juego lírico, una religiosa aspiración a penetrar en el universo mundo y comprender con amor el alma de las cosas. Más que el detalle de la anécdota y el ritual de la liturgia encontraremos el anhelo de una espiritual comunión en que el paisaje, que es un alma, entra al ser íntimo del poeta, que es un mirador y un templo. Admiración y acción de gracias por la belleza de todo lo creado. Acaso estamos adelantando lo que realizado hemos de descubrir en libros futuros. Pero en *Vida interna*, que es una encrucijada, están sembrados los gérmenes de *Los poemas de la serenidad* (1914), *El árbol ilusionado* (1916) y *La fiesta del camino* (1921).

Unamuno, gran inquietador de espíritus, parece haber consumado esta revolución en la vida interna de nuestro poeta. Porque Guzmán, entregado hasta

el delirio a un desenfrenado *pathos* declamatorio, se arremansa, se mira a sí mismo y pierde el sensual amor por la palabra metálica y sonora. Renuncia a todo ma-labarismo verbal y pone su máximo empeño en expresarse, en transmitir en su canto la resonancia de su selva espiritual. Sus juegos van a ser ahora juegos de ideas y de exploraciones en su ser íntimo. Unas palabras de Unamuno van al frente de sus poemas. Dice el maestro de Salamanca:

—Cada cual es único e insustituible; en serlo a conciencia, pón tu principal empeño.

Y a ello se entrega Guzmán con toda el alma. No hay en Chile poeta en quien alcance mayor plenitud esta conciencia de sí mismo que quiere expresarse en trágicos y grandes poemas. No digo que en este primer ensayo de comprender su vida interna alcance Guzmán la suma de sus poéticos atributos. Anoto el intento que es, entre nosotros, grandioso. Porque en *Vida interna* comienza para el poeta, hablando con sus palabras,

un vasto florecer que no se acaba.

Y en sus libros futuros alzan sus brazos armoniosos los árboles que duermen el sueño de la semilla en estos surcos que riega el poeta con el fervor de su corazón. No conozco en la poesía de Chile, expresado con más anhelante ansiedad, un deseo tan hondo y fuerte de introspección. Con Guzmán empieza una poesía de sinceridad que trata de traducir al hombre en lo que hasta entonces se consideró inefable; su religiosa y metafísica intimidad. En libros posteriores ha de desarrollar, con expresión más perfecta y resonancia más honda, análogos pensamientos que constituyen su credo de poeta:

...y en el leño
de otros troncos despierta el protoplasma
y ponle comezón de vida propia
por que rompa a cantar.

La expresión es áspera. El poeta lucha con las palabras. Es que no viene a recoger una herencia. Se está haciendo él mismo su lenguaje. Está acuñando su propia moneda. Y trabaja en su anhelo con toda el alma. Y también con todo el cuerpo,

...porque no es nada más que una plegaria
inacabable el cuerpo
con todos sus sentidos...;
¡la vida es oración!

Nadie como él ha sentido ni expresado en nuestra lírica la plenitud de esos momentos de angustia metafísica

cuando queda adensándose aquí dentro
un hervir doloroso de oraciones.

Y porque es grande y suprema esa tortura ha de exclamar desfallecido por el ansia:

¡No pudieron mostrarme mis palabras!
¡No logré echar mi sangre dentro de ellas!

Enamorado de todas las cosas, quiere comprender a los seres humildes que no tienen palabras para expresar el dolor de sus vidas. El grito de sus almas se ha ahogado reprimido

en una oscura atrofia de vocablos.

El dolor de las bestias mueve su piedad humana:

Quién sabe si no siente la amargura
de un alma sin lenguaje, que no puede
hacer sentir las propias sementeras...
Y querrá hacérmelas sentir, quién sabe,
hundiéndolas en mí, con esa misma
ternura de los hombres por las bestias...

Y en la trilla cuando sufren las yeguas bajo el azote del sol y el látigo del hombre:

Y los niños las miran y se apenan,
cuando las ven cansadas y con hambre
hundir en la ancha parva los hocicos
y recoger un poco de ese grano
del trigo que han trillado, y no las dejan....
Y piensan que son muchos los que trillan
y pocos los que comen, y más pocos
los que tienen graneros y los que hacen
la cosecha del grano....

Quién diría,
si en las trillas internas que ellos sienten
sobre el pecho de la era de su campo
hecho de puro corazón, no guardan
la igualdad del bocado de los frutos
para todas las fuerzas que los limpian....
¡Oh, los seres sinceros, los que tienen
aún en la arboleda del interno
huerto el primer almendro florecido
y de cuyas corolas no descansan...!

Con el dolor del mundo que recoge su canto no olvida, una vez más, el dolor del poeta que no encuentra la palabra justa para mostrar, libre de velos, el alma. Lo llena esa inquietud con el misterio de la muerte:

¡Y así tener que irse!
¡sin que en la eternidad de eternidades
se vuelva a ser jamás!
¡Oh!, qué es terrible
la desesperación que no se puede
ni condensar ni transmitir completa
con la palabra *nunca*.

Pero en medio de la tragedia busca el poeta la serenidad:

Y ese algo soterrano
es como mano
que nos estrecha y une
en actitud de amor y de defensa.
Esposa mía,
llenémonos el cuerpo
de una serenidad aquietadora.

De estos versos han de arrancar los más altos y puros poemas de Guzmán en su obra posterior. Cumple así su anhelo:

Renuévate; mas sea haciendo base firme, para elevarte sobre el que eres, en el hombro del alma de tu ensueño, en el tronco del alma de ese canto que enhebran en tu yo las sinfonías del ansia inmensurable de lo eterno.

No creo que la crítica sea un balance de buenas y malas cualidades literarias. No tendría tampoco autoridad para señalar los defectos en la obra de tan egregio poeta. Carezco, además, de la pretensión de sentirme un crítico. Soy, al comentar a un autor, un lector que quisiera hacer otros lectores, sembrar la curiosidad por acercarse a los grandes espíritus. Pienso que en su ideal compañía, elevándonos, nos hacemos más buenos y se hace más clara nuestra mirada. Defectos hay, y numerosos, en el primer libro de Guzmán. Pero no creo que sea el momento oportuno para señalarlos ni me parece que sea yo el más llamado a hacerlo. Con todo me he detenido en *Vida interna* porque considero este libro como el punto de arranque de uno de los más excelsos momentos de la lírica de Chile. Hizo crisis en *Vida interna* el poeta exterior y nació el más profundo, el poeta interior que Chile no tenía. Y sigo creyendo que la obra de este poeta, superada por él mismo en cada uno de sus libros futuros, no ha tenido superación por parte de quienes han querido seguir las huellas del camino abierto por Guzmán. Hago con plena conciencia esta afirmación porque sé que Guzmán no cuenta con el sufragio de las multitudes; ni tiene devotos en las capillas literarias, que nunca frecuentó, donde se inventan y deshacen reputaciones siguiendo el vaivén tornadizo de la moda; y es negado hasta por aquéllos que, con muy mal éxito, por cierto, han pretendido imitarlo. ¿Puede tener imi-

tadores una poesía que aspira a ser la confesión que de su vida interior hace el poeta? El imperativo de esta egregia familia de hombres es simple, breve y heroico: *Sé tú mismo.*

II

Apenas doce poemas, escritos entre Agosto de 1913 y Marzo de 1914, forman el segundo libro de Guzmán. Pródigo de su espíritu, sabe ser parco y sobrio en sus palabras. El título mismo del nuevo volumen tiene la austera vibración de un plan de vida. El plan de vida de un hombre grave y severo para mirarse a sí mismo, alegre y fuerte para celebrar la maravilla que es el mundo. Estamos ante *Los poemas de la serenidad*. Unamuno, en un prólogo que no escribió, decía de la poesía de tan noble y hermoso libro:

lengua confidencial, de cuchicheo, en un rincón sombrío, en lento diálogo de dos a solas.

En el prólogo que escribió el Rector de Salamanca hace, en medio de paradojas admirables que son el juego de su inteligencia, la defensa de la técnica poética de Guzmán. El endecasílabo blanco ha de servir de sólida armadura a las meditaciones del poeta. Esto, que hoy no causa ningún asombro en medio de la anarquía rítmica impuesta por los autores más recientes, es el tema del prólogo de Unamuno. Y es lástima porque nadie como el pensador de *El sentimiento trágico* podía habernos iluminado con esenciales interpretaciones del creador de *Los poemas de la serenidad*. Pero es un signo de los tiempos que no conviene olvidar: en 1914 mentalidad tan egregia como la del Rector de Salamanca debía escribir todo el prólogo de un libro para defender el uso por un poeta del verso endecasílabo blanco a lo largo de doce poemas. Doce poemas admirables, hay que decirlo. En esa época todavía se em-

pleaba el estúpido calificativo de modernista para designar lo que no se entendía.

Seguro de su obra, el poeta puede decir al lector en una confesión de alma a alma:

Para el andar ajeno, no tenía
tierra fácil de huellas mi sendero.

Tiene un humilde orgullo de hombre bueno para hablar al amigo que el libro le depara:

Lector de ojos profundos y serenos,
que tienes el mirar maravillado:
este libro es resumen de esas cosas
y mi sangre más roja lo ha teñido;
¡coge mi plenitud, víveme entero!

Y hablando a su propio corazón:

Eres la cara interna, la que tiene
sólo gestos sinceros; la que pide,
asomada a los ojos, que la entiendan. . . .

En su corazón de poeta, cuenco sencillo en que resuena como una marejada el vasto rumor del mundo, siente

la piedad de las nubes por las hierbas.

Y habla también a sus manos:

No rechazáis oficio; habéis sentido,
al cultivar las flores y las plantas,
cómo os iba la tierra penetrando
del estremecimiento de sus fuerzas;
y cómo de los tallos se vertían
calladas resonancias en vosotras;
y hasta igual conmoción habéis tenido
al guiarme esta pluma, cuando llena
de vibración, en sendas de palabras
ha fijado una huella al pensamiento!

Y a los ojos:

Oscuros ojos míos, buenos padres
de lo que yo he pensado y he querido,
de todos mis amores y alegrías,
de mi dolor también. . . ., os llevo en alto,
porque deseo aún mostrar orgullo
por lo que yo he gozado y he sufrido!

Siempre a los ojos, agradeciendo ahora la caricia de
una buena mirada:

. . .sois manos
de finísimo tacto, manos blandas
cuyas palmas no siente ni la misma
persona que acarician. . . .

En el día de sol, la piedad amorosa por las humildes
bestias de la tierra:

He conversado a solas con mis perros,
que me oyeron hablar, me contemplaron
y corrieron después; se restregaban
el pelo blanco y crespo sobre el pasto
con alegría jactanciosa; entonces
el contagio ha venido a hacerme fuerte
y poderoso de actos y de votos,
y me he tendido sobre el campo. Y ellos
han recibido bendiciones mías,
porque era su contento como el mismo
contento de los hombres.

Como un niño
que dejara las trabas del mandato,
mi voluntad salía y yo la amaba.
He gozado corriendo tras mis perros,
porque es sano su juego y está lleno
de sollicitaciones, y me hablaba
del inmediato parentesco. Lleno
de religiosa unción, los he besado
y apretado a mi pecho, y yo sentía
latir mi corazón agradecido. . . .
Y en plena comunión con sus espíritus
ha saludado al sol mi acción de gracias.
No había indiferencia por las cosas
en la mañana espléndida; las gentes
al mirarlos correr me saludaban.
Cada nuevo animal en el camino
me ha dicho una palabra diferente.
He llegado a mi casa y he notado
una solemnidad en cada objeto.

El poeta habla a Jesús, padre y señor de todos los
humildes, maestro de los mansos de corazón:

¡Oh Infinito Remanso serenado
de mirar a los cielos cara a cara!

Dueño de su instrumento lírico que alcanza en este libro una armoniosa plenitud, canta al agua de riego, a su casa, a las nubes, a los caminos, al regreso de la amada. Y pone tan noble serenidad en sus palabras que el lector que sabe leer siente como un crecimiento de sus potencias internas, como una elevación íntima que lo purifica y lo hace bueno para siempre. Por fin, tras la busca heroica, ha encontrado el poeta la expresión justa y adecuada a su anhelo. Para escribir *Los poemas de la serenidad* ha encontrado la palabra serena:

Mujer mía,
tu regreso me aclara: en este instante
hasta mis enemigos me parece
que me aman con sus odios, con sus odios
que son su reverencia y tu aureola.

Caracteriza a los chilenos una magnífica ignorancia, cuando no un desdén espléndido, por sus propios valores. De ahí las largas transcripciones que he hecho de los poemas de Guzmán. Sé que para buen número de lectores los trozos de tan noble poeta duermen el sueño sin luz de los versos inéditos. Por eso seguiría repasando los poemas de Guzmán si no tuviera en cuenta que, apenas, estoy escribiendo un artículo de revista. Obra tan breve y ceñida provoca a la lectura en un refugio amable retirado del torbellino del mundo. Un poeta que canta su piedad por las cosas humildes y realiza en su canto la adecuación perfecta entre la cosa y su expresión. Tal es Guzmán en *Los poemas de la serenidad*. Estando el libro lleno de corazón («y mi más roja sangre lo ha teñido») está también lleno de ritmo y de medida. El buen poeta es también un buen intelectual. Y es, rima de la poesía y del poeta, esta cosa admirable:

un hombre. Un hombre bueno y sencillo que se muestra entero en la clara alegría del canto.

En *Vida interna* advertimos los gérmenes. En *Los poemas de la serenidad* (un bello título para un libro que nos llena de claridad el alma) el poeta, formado ya, siente la alegría de nombrar las cosas y nimbarlas con una aureola de pura poesía. Sin pretensiones docentes, que estarían fuera de lugar en una obra de arte, alcanza una alta finalidad: nos hace buenos. Milagro de la belleza. Eleva a calidad estética la piedad por las cosas y las criaturas. Y siendo tan sencillo no es nunca vulgar. Tiene el secreto de la palabra clara. Clara de sentido literario y clara de sentido interior.

¿Cómo en esta época—la época de la publicación del libro de Guzmán—el poeta es discutido y bautizado por los capellanes de la crítica como poeta oscuro, decadentista, enemigo del buen gusto, autor de acertijos poéticos, etc., etc.? Aunque en éstas, como en otras calificaciones literarias, estamos en el reino arbitrario de la imprecisión.

Porque Guzmán no es un poeta fácil y cantable no puede decirse por ello que no sea un poeta fuerte, claro y sencillo. ¿Y no se comprende el desatino del sambenito del decadentista aplicado a este honrado poeta que canta la vida humilde y la triste alegría de las cosas naturales que ha sabido mirar con amor en su sendero?

Heroica ha sido en Chile la vida de los poetas sin una crítica que los orientara o que, por lo menos, tratara de comprender a quienes con absoluto desinterés—ya que el ejercicio de la poesía alejaba de la consideración social y de las comodidades materiales—se entregaban a su labor de arte sin más estímulo que el interno regocijo y la alegría de encontrar un lector a quien decir con verdad:

Colabora conmigo en estas páginas:
ajusta tu latido a mi latido,
tu corazón, al mío; tu pupila,
a la mía también; ¡cógeme entero!

Han pasado los años, han nacido y muerto nuevas reputaciones literarias, se han derrumbado instituciones políticas, otros hombres han dado su salto en el trampolín de la farsa. Sólo en su orgulloso silencio, el poeta de *Los poemas de la serenidad* ha seguido enriqueciendo de nuevas visiones su vida interior, fiel a su conciencia de artista, leal a su destino de poeta. No ha frecuentado el mentidero ni ha solicitado la publicidad estrepitosa de la jazz-band que derrama a los cuatro vientos los nombres de la moda literaria. ¿Habríamos de comprender ademanes congestionados y precipitaciones patológicas en quien sabe ser en grado tan alto el poeta de la serenidad?

Porque en este negocio de la salvación literaria ha habido quienes, desconfiados de su propia obra, se han sometido con un ciego servilismo al imperio de la moda. Y en esta sujeción inconcebible se ha perdido, con el respeto a la personal individualidad, toda noción de ritmo y de medida. Ha importado más la satisfacción del apetito sensual de una reputación vertiginosa que la alegría honrada y duradera de la obra bien hecha. Destaco en Guzmán la lección ejemplar de una vida que se complace en la gozosa creación de los poemas más puros de que pueda ufanarse la literatura chilena. El tono elevado y solemne de *Los poemas de la serenidad* ha hecho pensar en más de una ocasión a quienes no se muestran conformes con esta poesía, que su autor es un poeta sin emoción, incapaz de toda efusión cordial. Confunden el sentimiento con las patéticas declamaciones a voz en cuello. No es Guzmán un barítono de las emociones sublimes, de esa sublime cursilería de los manuales literarios o las celebraciones de aniversarios o repartición de premios. Dice cosas sen-

cillas con un aliento de eternidad como en la humilde hoja de un árbol palpita la vida total del universo. Les está hablando a las nubes:

...haréis bella
y sonora la vida; a la manera
de la amada perfecta, la Suprema
que hemos puesto distante y que nos hace
inmensos y profundos.

Y al agua de riego:

Agua, corre
y fecunda este valle, y pón tus labios
en todas las raíces: tú refrescas
el corazón del campesino; agrandas
sus ocultos monólogos, y abrigas
de santidad su aspiración. Son hondos
tus rumores para él, pues que le saben
a encantos de arboledas, a cercanas
desenvolturas de hojas, a visiones
de creceres continuos, y le envuelven
en un sonar de espigas el espíritu.
Vienes a ser impulso en su latido;
latido y claridad, en su esperanza;
acelerada sangre, en el abrazo;
calor de besos y arrullar de cunas.

Habla con tanta sencillez este poeta que sus palabras en nosotros se incorporan y, al comentarlo, sentimos como una necesidad el anhelo de transcribir literalmente su poesía. Sangre de nuestro espíritu ha llegado a ser la serenidad de sus poemas. Sentimos como nuestras las palabras del poeta a su casa:

Eres abrigadora: yo he aprendido,
dentro de ti, el valor de lo pequeño,
cuando ha entrado un insecto diminuto
a alguna de tus piezas y buscaba
la salida angustiado; y, poseído
de una piedad fecunda, lo he tomado
y dado libertad, porque de nuevo
fuera a sentirse poderoso y útil.
He aprendido el valor de toda cosa,
y he vivido la vida de las plantas
que ha plantado mi mano: cuando he visto
marchitarse sus hojas y he notado
endurecerse el suelo, he comprendido

que padecían sed y que sufrían
con algún corazón como este mismo
corazón de los hombres y las bestias;
y que al abrir sus flores, florecían
sus visiones internas.

Y cuando habla a los caminos nos sentimos llenos de
su piedad paternal:

Caminitos

de mi mejor visión, yo aún os debo
la intención del recuerdo: sed lo mismo
que brazos llamadores para todos
los niños que se acerquen a vosotros,
y haréis mi gratitud resplandeciente!

He aquí un poeta incontaminado de satanismo. Hubo un tiempo la moda de sentirse perverso, maldito y criminal. Claro que todo esto literariamente. Porque quienes mayores alardes hacían eran incapaces de molestar al prójimo, salvo con sus poéticas tentativas. Y este hombre, tan desdeñoso de las modas y tan leal consigo mismo, canta con elevación a la humilde vida cotidiana y sus versos, incomprendidos en el momento de su publicación, constituyen uno de nuestros escasos y superiores deleites en el momento de buscar la poesía de la intimidad y del silencio.

Porque la breve minoría que leyó con amor los poemas de Guzmán continúa también fiel a su destino minoritario. Conservadores al revés, fanáticos de un nuevo fanatismo, desoyen la voz interior y, como aquellos que no podían escuchar otros acentos que los reglamentados por la preceptiva, no aceptan otra poesía que la que recoja los estridentes rumores mecánicos de las ciudades tentaculares. Y así esta pura poesía que tiene su manadero en un alma diáfana marcha entre dos incomprensiones.

En *Los poemas de la serenidad* hay que buscar un sentimiento profundo y recóndito. Pero un sentimiento que, traducido en obra de arte, sigue las leyes de una inteligencia clara, ordenada, armoniosa.

III

En 1916 Guzmán publica *El árbol ilusionado*. Una mayor piedad por las cosas, un amor por los hombres que siente la alegría de darse entero en acto y en palabra, una devoción respetuosa por la mujer admirable.

¡Oh canción de sosiego y de ternura
sobre mi corazón, polvo de senda
arrojado a vagar constantemente
por sobre la aridez de las llanuras!

¡Oh, buen árbol amigo! Yo deseo,
aquí bajo tu amparo, una continua
renovación de mis palabras: quiero
unas que sean nuevas y que digan
de tu buena hermandad para conmigo,
de este compañerismo que nos une
y que no es el humano; voces vírgenes
de la boca del hombre, todas amplias
y llenas de tu aliento, de tu vida
primitiva y sincera, y de tu savia;
palabras interiores y sonoras
que arrastren mi sentir exactamente.

.....

Amo tu compañía: tu lenguaje
me aclara cosas viejas; conversamos
para dejar en medio de los hombres
altas renovaciones.

Yo bendigo
tu confianza y tu paz, y las deseo.

¡Acaso, como tú, tras largos años,
seré también un árbol del camino!

Pasa por estos versos, sin nombrarlo, el terror sagrado de la muerte como a través de las antiguas teogonías. Los dos versos finales, tan sencillos y severos, están cargados de pensamiento religioso y son la vigorosa culminación del poema. Ya nos ha dado Guzmán la flor de su poesía: el árbol clava las raíces en el limo negro de la tierra pero alza la copa verde para llenarla del diáfano licor del cielo. Se acentúa en este libro lo que dijimos de *Los poemas de la serenidad*: su lectura

nos aclara el espíritu y suscita en nosotros interiores resonancias. Aumenta nuestra vida interior esta voz llena de bondad que, sin alardes, nos muestra desnuda y armoniosa el alma de un hombre.

Canta al cerezo ilusionado, árbol bohemio y generoso que floreció en Abril, fuera de tiempo:

¡Y estos árboles
no te comprenden tu arretrato!, ¡al verte
engalanado así, te compadecen
acaso, y no responden tu llamado!,
¡este llamado tuyo que difunde
una hermosura virgen y una nueva
caridad por el mundo!... Inmovilizan
la inquietud de sus savias en la espera...
Saben que no es la hora del ambiente
propicio; pero tú no sabes—¡oh, mi enano
y joven compañero!—cuándo es tiempo
de esperarla o de hacerla, y sólo quiere
tu vigorosa voluntad crearla!

Yo conozco el poder de la imperiosa
energía que guardas, y adivino
una oculta energía en esta rama
y en cada hoja una santa recompensa.
¡Vengo a glorificarte, porque tú eres
inadaptado y fuerte, y porque puedo
presentirte triunfante en los dominios
de este día tan breve que nos toca
vivir diferenciados de estos árboles!

Don Quijote,

gesto alzado sobre el mundo
y en un ansia
de belleza eternizado,

vuelve a mostrar su faz lunática en los poemas de Guzmán y, como cumple a su destino de aventura, liberta al poeta de su verso endecasílabo para que pueda cantar al esforzado caballero en palabras sacudidas de un interno temblor:

¡Padre Nuestro, Don Quijote!
Va tu sangre por mi cuerpo
con un ímpetu de avances...
¡Maravilla los instantes de mi espíritu
y lo cubre de propósitos;

va a mis manos
y las abre y me las llena
y hace pródigas
de imperiosas conjeturas!...
¡Purifica las entrañas
de mi ensueño con tu paso!

El verso endecasílabo, severo y solemne, vuelve a aparecer como en una misa de requiem en el himno de religiosa entonación que el poeta consagra a la madre:

Yo te pongo a vivir aquí en mi cuerpo
y he venido a mostrarte por el mundo.

Reléanlo los que niegan emoción a Guzmán porque confunden el sentimiento con la sensiblería y la sencillez con la vulgaridad. Con la *Elegía* de Mondaca este poema es uno de los momentos más altos de la lírica chilena. ¿A qué mutilarlo con transcripciones truncas? Aunque tengo horror a la palabra he de emplearla en esta ocasión: estamos ante un poema definitivo. La sensibilidad de todo un pueblo acusado de gris e inexpressivo se ha sublimado en el dolor de un poeta egregio que ha hecho una religión del sufrimiento sereno, del sentir humilde.

Viene después el canto a los brazos, que son la fuerza de la vida y serán la esperanza de la muerte; el salmo al día, tibio como un labio, humano como un beso, virgen como un Dios; la salutación a la primera lluvia, gran poema en el que rugen las fuerzas cósmicas; el júbilo del pequeño jardín que ha sido como un amanecer para el poeta; el canto de admiración a la mujer amada por la cabellera que ha florecido como un ensueño para formar un nimbo a su belleza.

Oigamos con qué erótica castidad habla de la mujer:

Esa mujer me es dolorosa,
esa mujer es luminosa
en los altares de mi carne;

es un latido que me llena,
agua que aroma y que serena,
rumbo de vuelo en mi interior.

Con su temblor ha sacudido
 en mí un rincón desconocido
 y lo ha ensanchado sin querer.

Soy un milagro abandonado,
 soy un camino lastimado
 de estar desnudo bajo el sol;

porque sus ojos me han mirado
 y no me han visto fatigado
 de plenitud y de ansiedad;

porque las manos le tendí,
 porque su ritmo tiembla en mí
 como una angustia y una unción. . . .

Y en la página final nos hace el don del libro:

Os he mostrado, amigo, aquellos versos
 en que estaba a detalles enseñado
 el humano paisaje de mi espíritu.
 Eran sólo fragmentos necesarios
 y quebrados contornos, y entregaban
 mi panorama interno; y a manera
 de paredes de vaso, todo entero
 y nítido y viviente me envolvían.

.....

¡Oh, amigos, conocidos o lejanos,
 que sigáis por la senda de mis versos
 unos pocos minutos, enredados
 en las briznas que halléis o recogidos
 de fervor ante una hoja toda nueva. . .
 ya os la puedo entregar.

Aquí yo espero
 en actitud de marcha y con los ojos
 fatigados de ensueño, y en el pecho
 la aspiración confusa que nos deja
 una bella mujer desconocida
 que pasa sin nosotros y se aleja
 como una admiración por el camino. . . .

Vuelvo a repetirlo: nunca había resonado una voz
 más pura en la lírica chilena.

IV

Estamos en 1921. Guzmán entrega su último libro:
La fiesta del camino. Fiel a su endecasílabo blanco en
 sus salmos religiosos vuelve a la rima en pequeños

poemas que bien merecen la vida lapidaria de esta inscripción de cementerio:

Tierra de corazones que han sufrido,
humanizada tierra, aquí ha salido
en la flor, hecha carne perfumada,
a invadir los senderos. . . . ¡La pisada
sea blanda y piadosa, peregrinos,
porque no se lastimen los caminos!

La piedad humana del poeta imagina como una piel viva la tierra de los caminos y quiere un paso de seda para acariciar los prados donde nos están mirando, inmóviles, los ojos de los muertos.

Lo más humano toma en este poeta, por interna conformación de su espíritu, una grave entonación religiosa. Lo hemos advertido en el breve tránsito realizado a través de su obra. Ha cantado antes a los ojos, a las manos, a los brazos, a la cabellera de la amada. Ahora canta a los pies

. . . sanos
del olor de las yerbas y sonoros
y primitivos de diversos rumbos.

En ningún momento hace traición a la esencia divina que fulgura en su más puro y recóndito acento humano. Parece cumplirse en este poeta la evolución de una antigua cultura en la que, superado todo materialismo sensualista, las cosas aparecen como datos a la creadora labor del espíritu. No hay siquiera una insinuación de sensualidad grosera y torpemente fisiológica. Culmina en este último libro, como su más egregia perfección, una desnudez casta y religiosa. Nada hay más humano que el canto de este poeta pero nunca canto humano ha resonado con acento más puro:

He pecado, Señor, con el pecado
lleno de santidad de mi pureza;
no he sentido el pecado del delito;
no supe del pecado de la envidia.

Nunca he dado en el pan de mi palabra
sino de esta mi propia levadura. . . .
Nadie sintió la ofensa en mis pecados,
ni he generado heridas con ninguno. . . .

.....

¡He pecado, Señor, de este pecado
de vivir con la vida que me has dado! . . .
Yo no puedo, Señor, pedirte nada,
ni siquiera perdón, porque he pecado
de este poder de amar que me has dejado
como fragante herida en mi jornada. . . !
¡He pecado, Señor, de este pecado
de vivir con la vida que me has dado. . . !

Poeta tan hondo había de permanecer ajeno al rumor de las tertulias literarias para entregarse a la íntima labor de pulir su corazón como una joya y hacer de su vida una obra de arte. Por eso estos poemas, que parecen ejercicios de santidad, son la emanación de una vida honrada y clara.

Yo, que hubiera deseado conducir al lector a través de esta obra breve y armoniosa, le agradezco al poeta los dos grandes dones con que me ha enriquecido cuando, adentrándome en mi espíritu, he escogido la clara compañía de sus versos: la alegría de comprender y el placer de admirar.

Porque al resplandor de la belleza de sus poemas nos hemos sentido buenos y entusiastas para la acción serena que el poeta enaltece. Y porque buscando sólo un deleite estético, hemos encontrado una fuerte emoción humana que ha magnificado nuestro espíritu.

Eugenio González R.

JUNTO AL OCEANO

LOVIA continuamente desde la madrugada. El agua se deslizaba en mil pequeñas vertientes por las laderas de los cerros, destruyendo los senderos hechos por los encargados de traer la leña al campamento. Y, cosa extraña en la región, no soplaba la fuerte brisa de siempre: el mar estaba en calma, como adormilado bajo el aguacero denso que obstruía la visión del horizonte. A una milla escasa de la costa, la mirada se estrellaba contra inmóviles cendales de niebla.

Los trabajos habituales habían quedado suspensos y los confinados fumaban botados en los camastros o jugaban a las cartas en los rincones. Algunos leían novelas desencuadernadas, revistas viejas, diarios de fechas lejanas. Otros conversaban con desgano, como si un sopor de cansancio fuera sujetando las inútiles palabras que se cambian para ahuyentar el temor de la soledad y la nostalgia. Una pesada tristeza envolvía aquella isla perdida en las soledades del Pacífico: sueño, hastío, pesadumbre.

—¡Qué lluvia más endiablada! Nos vamos a morir de aburrimiento—murmuró el Lengua, arropándose en un pedazo de manta.

—Este invierno va a ser duro, hermanito. Y todavía faltan dos meses para que venga barco....

Quiquirihuevo dió una larga chupada a su cigarro, pensativo. Tenía, más intensa que otros tal vez, la obsesión del retorno y, como era hombre de fe sólida, todos sus instintos de primitivo se dirigían a la liberación que tardaba, pero que llegaría, inevitablemente, un día cualquiera, como la muerte.

Sentado en su camastro, Ortiz, llamado el Tuerto, dijo con sorna:

—Este Quiquirihuevo se lleva pensando en leseras. ¿Qué más da que venga o no venga barco? No nos va a llevar. De eso podemos estar seguros. Aquí nos trajeron, niños, y aquí estiraremos la pata. Hay que dejarse de patillas y poner el cuero duro.

Se rió con una risa falsa que cercó de arrugas menudas su único ojo rojizo y dejó al descubierto sus encías hinchadas y sus dientes amarillentos roídos de caries negras. Quiquirihuevo y el Lengua lo miraron con ánimo de responder algo; pero él, eludiendo una posible conversación, se tendió de espaldas, juntó los párpados y se puso a silbar una música de ritmo quebrado y rápido que parecía una cueca. Y tenía un aspecto melancólicamente grotesco: con su barba castaña partida al medio y las manos cruzadas, con beatitud, sobre el pecho, parecía una caricatura de Nazareno, un Cristo picante, como le decían sus compañeros.

Dominando el repiqueteo de la lluvia, se escuchaba, a lo lejos, el estruendo de la resaca y, más cerca, el rumor del torrente que venía desde el corazón de la isla. Imperceptibles, se iban las horas lentas, iguales, muy lentas. El cielo plomizo, cubierto de nubes negruzcas y desgarradas como harapos, era tan bajo que llegaba casi a los techos de las habitaciones, como una especie de humo. Era un cielo pesado, abrumador, que aplastaba con su gris inmensidad inexorable al caserío que se acurrucaba, soñoliento, en la boca de la quebrada.

La puerta de la cuadra se abrió con estrépito y una racha fría azotó a los hombres agrupados en los corrillos. Iriarte el lobero y el Chinito entraron dejando tras de sí una huella de agua. Venían empapados, chorreando.

—¿Ud. por aquí, maestro Iriarte?—dijeron varias voces con sorpresa jovial—. ¿Cómo se fué a venir con este tiempo?

—Es que se nos acabaron los víveres—contestó Iriarte, mientras se despojaba de su manta mojada.

—Y ¿cómo le fué, maestro?

—Así, así. Más bien mal que bien. Pillamos dos lobitos. Ahí le traigo los cueros de regalo a mi teniente.

—No se los des al teniente, guacho; no seas mal amigo—interrumpió el Tuerto Ortiz—. Fondéalos por ahí y se los regalas a Quiquirihuevo cuando se lo lleven al Continente.

Todos rieron la burla del Tuerto el que volvió a cerrar el ojo sin interesarse por la relación que empezaba a hacer Iriarte de su permanencia en la Lobería, una ensenada situada a tres leguas de la población, donde abundaban los lobos marinos. Iriarte era un excelente cazador; dedicaba semanas enteras a la persecución de los codiciados animales y siempre tenía éxito porque poseía las cualidades indispensables: astucia y seguridad, paciencia en la acechanza, rapidez en el golpe. Y amaba, además, la soledad de la Lobería, el hervor de las mareas entre los arrecifes, los inmensos crepúsculos, con un amor extraño en él, hombre del suburbio.

Iriarte y el Chinito salieron en dirección a las casas de la Tenencia, conduciendo de reata a Pancho, el burro que les servía para llevar las provisiones y traer los cueros. Viéndolo alejarse bajo la lluvia, Quiquirihuevo recordaba noches alegres pasadas en una especie de cabaret de la calle Maipú, cuyo dueño era Iriarte. En él había conocido a la Glafira, una hembra de recio cuerpo moreno y ojos negros, provocativos. Era, por aquel tiempo, querida del Tuerto; pero al caer éste preso a causa de un robo de géneros, la Glafira había aceptado sus requerimientos y se había ido a vivir en su compañía. A él le iba bien; todos los días volvía con plata y con regalos. Para mayor tranquilidad y alegría, al Tuerto lo mandaron con un grupo de «escaperos» a la isla de Más Afuera.

—¡Pobre Tuerto!—solía decir, compungida, la Glafira—. ¡Cómo estará pensando por allá...!

Pensando en el amigo en desgracia, Quiquirihuevo se ponía mustio; pero estas ráfagas de remembranza eran muy fugaces; la vida tenía para ellos un perpetuo aire de fiesta: la pasaban entre besos, comilonas, paseos y remoliendas. ¡Eso sí que era vivir! En cambio ahora... Quiquirihuevo cerraba los ojos para atrapar los hermosos recuerdos y le parecía ver muy cerca de su cara las pupilas quemantes de Glafira y la risa ancha y blanca de su boca jugosa. Inextricables deseos se cruzaban en torbellino de fuego sobre la imagen de los placeres perdidos. Junto a la ventana, asaltada ya por la noche, el hombre sentía estremecerse sus entrañas en una crispación desesperada.

Glafira, la buena vida, el amor, todo estaba lejos, a más de quinientas millas hacia el Este. Una mañana, en pleno centro de la ciudad, lo habían detenido por sospechoso y, después de diez días de permanencia en la «pesca», lo habían enviado a la isla «con lo encapillado», sin despedirse de su amante, en compañía de un numeroso grupo de vagos y delincuentes. Fué una ruptura brusca, inesperada con los hechos habituales. Quedó

anonadado. Sus recuerdos se confundían en este punto, formando una abstrusa maraña de episodios inconexos, de panoramas entrevistos como en sueño, de rostros y voces extrañas: la salida en un tren cerrado, atados unos con otros, una visión de puerto en madrugada neblinosa; luego, la bodega mal oliente de un barco, caras lívidas a la luz de faroles mortecinos, ruido incesante de máquinas y de hélices entre gemidos de tormenta.

El primero que viera, al saltar del bote sobre la roca que, en la isla servía de desembarcadero, había sido el Tuerto.

—¡Al fin llegaste! De primera lo vas a pasar un poco mal; pero uno se acostumbra a todo—le había dicho, guiándolo amistosamente hacia la cuadra—. Por lo demás, aquí tienes a tu amigo para lo que se te ofrezca.

Sin embargo, en los días que siguieron su conducta varió mucho, se hizo ambigua, tornadiza, desconcertante. La benevolencia amistosa del comienzo no se alteraba; pero, donde podía hacerle algún daño, se lo hacía, a veces por intermedio de terceros. Quiquirihuevo había aprendido en su juventud el oficio de peluquero y a él se dedicó, utilizando unas herramientas que encontró entre los confinados, quienes le daban por sus servicios víveres, cigarrillos y hasta ropa. El Tuerto le robaba cuanto podía. Cuando se lo echó en cara, le respondió con calma cínica:

—¿Y no somos amigos, casi hermanos, pues, guacho?

Y se reía con esa risa suya que dejaba al descubierto sus dientes amarillos, roídos de caries negras y ponía un cerco de arrugas en torno de su único ojo rojizo. Por otra parte, seguía tejiendo una red oscura y densa de antipatías y suspicacias entre la cual el alma de Quiquirihuevo se debatía vanamente, sintiendo que aumentaba la tortura de su soledad.

Cierto día, el teniente le ordenó lavar unos cueros de ovejas y el Tuerto al verlo trabajar con el agua hasta las rodillas en el lecho pedregoso de la quebrada, sentóse en una roca y comenzó a acribillarlo con pullas insidiosas:

—Lave, comadre, que si no el patrón la va a retar—decíale sarcástico—. Apúrese para que tenga contento a su jefe. ¡Quién iba a pensar que le gustaba tanto a esta preciosura el caldo de patas...!

Llamaba a los que acertaban a pasar para asociarlos a sus comentarios burlescos. No pudo Quiquirihuevo soportar las ofensas y, dejando su trabajo abandonado, se encaminó hacia él con aire avieso. El Tuerto ni se inmutó siquiera; lo miró acercarse sin moverse de la roca en que estaba sentado y luego, como si no comprendiera la actitud de Quiquirihuevo, fué a su

encuentro, y lo tomó por los hombros, diciéndole con despreocupada jovialidad:

—Mira, te convido a cazar cabros esta tarde. Iremos con el Garrapata.

Quiquirihuevo se quedó sin saber qué responder. Las injurias y recriminaciones que, momentos antes, se agolpaban a su garganta, se diluyeron en un silencio de sorpresa. Pensaba decirle, de una vez por todas, que lo odiaba y que lo mataría como a un perro si continuaba hostilizándolo. Pero no se le ocurrió como empezar y se limitó a contestar, rascándose, embarazado, la nuca:

—Bueno, los acompaño.

Con las manos todavía puestas sobre sus hombros, el Tuerto lo contemplaba con fijeza sonriente. Parecía repentinamente abstraído en un pensamiento dichoso y era todo lo contrario: pensaba en la Glafira, en su amor traicionado. Mirando la boca caída y grasienta de Quiquirihuevo, se estremecía al pensar que los labios gruesos y húmedos que lo enloquecían habían estado fundidos con ella, acaso dulces y mordientes en la pasión. Una ira casi dolorosa sacudía sus entrañas, subía por sus nervios tensos, crispaba su ser entero en el deseo de estrangular al hombre que tenía al frente, de morderlo como una bestia.

—Nos juntamos después del almuerzo, entonces—dijo.

—Ya está—contestó Quiquirihuevo.

Y ambos se fueron a sus ocupaciones.

Desde aquel día, como si quisieran despistar sus más íntimas preocupaciones, el Tuerto y Quiquirihuevo se trataban como buenos amigos, se ayudaban en sus menudos quehaceres, salían juntos a las quebradas en busca de las esquivas manadas de cabros. Siempre hablaban de asuntos indiferentes, soslayando con discreción cuanto pudiera sugerir el pasado. No obstante, ambos sentían que un muro muy alto se alzaba entre sus sentimientos verdaderos y las palabras que pronunciaban y los gestos que hacían. A veces, pescando a la orilla del mar o descansando en la cima de una escarpada pendiente, los dos permanecían abstraídos:

—¿En qué piensas, Quiquirihuevo?

—En nada. ¿Y tú?

—En nada....

Los dos pensaban en lo mismo; vivían obsesionados por iguales imágenes vulgares y enloquecedoras. Quiquirihuevo tenía el convencimiento de que la Glafira ya lo habría traicionado, así como con él había traicionado al Tuerto. Se la figuraba, tan apasionada como era en el placer, vibrando en brazos de otro,

llamándolo con esos diminutivos cariciosos que al pasar por su boca húmeda y roja parecían impregnarse de un aroma sensual, mareante. «¿Quién será, ahora? ¿Quién será?», se decía con insistencia enfermiza. Evocaba los rostros de los antiguos amigos y se los figuraba, uno en pos del otro, en los espasmos del amor con la Glafira. Esto le producía un sufrimiento reconcentrado que, a ratos, era casi un deleite maligno.

El alma turbia del Tuerto giraba, por su parte, en torno a las mismas preguntas sin respuesta que se formulaba desde que supo el desvío de Glafira. ¿Por qué lo habría dejado de querer? ¿No había sido bueno y generoso con ella? ¿No la amaba más que a su propia vida? ¡Y enredarse, para colmo con un infeliz como Quiquirihuevo! Odiaba a Quiquirihuevo con violencia taciturna, subterránea. Suponíalo en diversas situaciones con la que fué su amante, siempre ardiente, turbadora, provocativa. Y como si quisiera exprimir hasta lo indecible sus celos angustiosos, la imaginaba deshaciendo la pulpa quemante de sus labios en la boca grasienta y golosa de Quiquirihuevo. «Así era conmigo—pensaba—y así debió ser también con éste hijuna.» Hubiera querido echar atrás el tiempo, deshacer la realidad. Vivía amarrado a lo irremediable, al pasado.

Mientras tanto, los dos hombres andaban juntos, se ayudaban mutuamente en sus trabajos, eran amigos. . . . «La vida tiene complicaciones que no comprendo», se decía Quiquirihuevo, mirando hacia la pequeña explanada batida por la lluvia terca. Bultos andrajosos cruzaban de vez en cuando y se hundían en los vanos de las puertas. El cielo era una mancha de ceniza; el mar, un hervor de espumas turbias. Seguían jugando los hombres en los rincones, con gestos lentos, sin hablar, como desgastados. El Lengua fumaba sentado en la cama con un capote viejo de policía sobre las jibadas espaldas; el Felpa repasaba las hojas de un periódico pensando, al parecer, en otra cosa. Casi a su lado, dormitaba el Tuerto.

Lo contempló largamente Quiquirihuevo como queriendo penetrar en el misterio de su pensamiento: algo le decía que en el fondo de aquel espíritu hermano y enemigo vivía, grabada con fuego de pasión y de anhelo, la misma imagen enloquecedora de mujer que perduraba en el suyo y que parecidos ensueños melancólicos turbaban la vida solitaria de ambos. Entonces sentía por el Tuerto una cosa que no era desconfianza ni rencor. Le parecía que la vida cobraba un aspecto distinto. Sentíase como liberado de un fardo, más fuerte, liviano de corazón. Mas pronto recobraban su dominio los innominados pensamientos, los odios secretos que se escurren por los intersticios del alma como un agua fangosa. Y volvía a encontrarse pobre y solo. Solo. . . .

Fué al día siguiente cuando lo que ambos esperaban se presentó con la fuerza arrolladora de lo inevitable, de improviso. Misteriosos poderes habían empujado sus opacas existencias hacia aquel minuto culminante, alzado lo mismo que una roca en el camino, en la infinita sucesión monótona de los días y de las noches. La vida verdadera que nutría sus ávidas raíces en el humus de los ensueños indecibles y de las recónditas ansias, debía romper fatalmente en aquel instante preciso la corteza banal de la vida cotidiana hecha de palabras falaces, de acciones invariables. Ciegos los dos, iban a tientas al encuentro de su destino. Como todos los hombres. . . .

Amaneció puro, hermoso aquel día. Cuando menos se le esperaba, volvió el sol, risueño, suave, como de primavera. Se abrieron las nubes cenicientas al impulso de la luz dorada y propicia y, poco a poco, se alejaron hasta perderse en el horizonte del Sur. Un cielo hondo y azul se volcó en los abismos, ahora tranquilos, y los tornó, como él, hondos y azules. La sangre circulaba alegremente y la sonrisa fluía fácil. Como nunca contentos trabajaban los confinados; algunos canturreaban tonadas criollas. Después de todo, mientras la vida dura y brilla el dorado sol, la esperanza canta.

El Tuerto y Quiquirihuevo salieron temprano a cazar cabros, llevando provisiones para todo el día. Durante la mañana, vagaron sin hacer nada, gozando la belleza del día, la frescura del aire salino, la diafanidad del cielo sin nubes que se hundía, allá muy lejos, en el océano tranquilo, luminoso. No tenían para qué apresurarse. Iban de un lado para otro, seguidos por los perros, también, como sus amos, despreocupados y alegres. En torno suyo, la naturaleza despertaba, renacía. Las grandes hojas de los helechos, húmedas todavía por la lluvia nocturna, despedían reflejos plateados; el césped mezquino que cubría las empinadas laderas, relucía como si acabara de brotar; y hasta los hacinamientos de rocas volcánicas tenían un aspecto nuevo, menos desolado, bajo el matinal resplandor del sol.

Andando pasaron la mañana. Después del almuerzo durmieron una larga y plácida siesta a la sombra de una inmensa roca de las alturas. Sólo a media tarde comenzaron la caza. Persiguiendo una manada, se internaron en los cerros, por senderos apenas practicables, hasta que lograron acorralarla en un desfiladero sin salida. Eran seis animales y, entre ellos, un robusto macho cabrío de relucientes ancas redondas y luengas barbas que se enredaban, al correr, en las patas delanteras. Como de costumbre, los perros se situaron en círculo ruidoso

frente al grupo atemorizado que hacía inútiles esfuerzos para trepar por las paredes roqueñas, cortadas a pico. No había escapatoria posible para los selváticos animales cuyas pupilas expresaban un terror sombrío. Los hombres, con los lazos listos, contemplaban la escena, prontos a intervenir.

De repente, un perrazo gris, llamado Pantera por su crueldad con los vencidos, se lanzó contra el macho cabrío furiosamente y le hundió los colmillos en el cuello. Rodaron los dos fogosos animales en una desesperada lucha hasta que en un descuido del perro el macho cabrío le clavó los cuernos en el vientre, vaciándole las entrañas. Los perros y los hombres se lanzaron, entonces, con rabia y sed de matar sobre la manada. Ladridos y gritos humanos se mezclaban a los quejidos de los cabros moribundos que, apenas heridos, eran hábilmente descuerados por los hombres. En pocos momentos, sólo quedaron unos cuantos montones de carne, aún palpitante, que los perros comían a dentelladas.

El sol se iba poniendo cuando Quiquirihuevo y el Tuerto emprendieron el regreso al campamento. Iban inquietos, nerviosos; el olor y la vista de la sangre los habían conturbado, sugiriéndoles propósitos desconcertantes. Evitaban mirarse temerosos de que sus pensamientos se revelaran. Así anduvieron sin decirse nada hasta que se detuvieron en un ensanche del ríscoso sendero. A sus pies se abría una tenebrosa hondura y el murmullo del torrente que corría abajo, subía ronco e impresionante. Sobre sus cabezas el infinito se teñía de crepúsculo y de él descendía una calma sobrecogedora, más impresionante aún que el llamado majestuoso, sombrío y angustiador del abismo.

Estaban solos. Nada existía en el mundo sino ellos, dos pobres hombres que se miraban, que se odiaban. Ahora, en una ráfaga de lucidez profunda, lo comprendían todo: lo que los unía y separaba estaba ahí, en sus corazones, en sus ojos. No se dijeron nada porque se comprendieron. Con los puños crispados, vibrantes del odio loco, largamente contenido, el Tuerto se lanzó sobre Quiquirihuevo y lo golpeó en la boca grasienta y golosa que había gustado los besos de Glafira. Lucharon, indiferentes a la muerte que los acechaba al borde del sendero. Se oyó jadeo de respiraciones, crujir de dientes. Transcurrió así un minuto, tal vez menos; los pies de Quiquirihuevo al apoyarse en una roca la desprendieron y los dos hombres rodaron al abismo sin dar un grito, rebotaron en un picacho y desaparecieron en la sombra del fondo.

Inclinados sobre el precipicio, los perros se pusieron a gemir

y sus gemidos, prolongados por el eco de las quebradas, se extendieron en largas vibraciones medrosas. Eran gemidos casi humanos que evocaban la angustia de ansias indecibles, el desaliento de la soledad, el horror de vivir, de amar, de morir. Palpitaban trémulos en la calma del silencio, se difundían en ondas lentas a través del desierto crepúsculo y se perdían, por fin, en la noche que avanzaba como una marea inmensa desde los confines remotos.

Juliana Hermil

MEDITACIONES BREVES

CULTURA Y TRADICIÓN

TUVE un amigo extraordinariamente culto. Dotado de una memoria fidelísima, una memoria a lo Macaulay, que jamás olvidó nada de lo que hubiera leído, de una inteligencia poco común y de aficiones estéticas refinadas, ese hombre, a los cuarenta años, había atesorado un prodigioso acervo de saber y de experiencia. Murió. Y además del dolor de perder un amigo, ha dejado viva en mí la rebelión, la no conformidad contra el destino humano. Todo ese tesoro de cultura cayó a la nada, desapareció con él, sin haber servido como piedra de construcción para un esfuerzo individual o colectivo mayor. ¿Por qué si los hombres inventamos y descubrimos tantas cosas extraordinarias, no hallamos el medio de transmitir de cerebro a cerebro esta cosa difícil y superior que es la cultura y la experiencia personal?

Es como si ayer, no más, hubiéramos salido del Pa-

raíso. Cada niño que nace tiene que encender trabajosamente una linterna para apartar apenas las sombras de su mundo interior. Aprende algo en los libros, cosas que son, por lo general, instrumentos para la existencia práctica. Poquísimos son los que a lo largo de los años logran convertir esa linterna en faro. Pasan, mueren, y su esfuerzos se entierran con ellos en la tumba. Cuando escriben sus experiencias en páginas de historia o de arte, algo sobrevive, pero de la mayoría que no tuvo la gracia de la expresión ni la oportunidad de ejercer una acción trascendental, ¿qué queda? Todas las virtudes adquiridas a fuerza de disciplinas y dolores desaparecen con el último suspiro de sus vidas.

Mientras más ignorante es una persona o un pueblo, menos respeto siente por la cultura ajena, porque no se da cuenta del valor humano que representa, ni del sabor diferente que prestan a la vida sus lecciones. Es natural en la juventud que apenas lleva a sus labios la copa de la sabiduría, negar los valores antiguos y pretender re-crear en una sola generación el mundo. Es verdad que la última guerra pareció dar la razón a los jóvenes en contra de los viejos que fomentaron esa horrible carnicería. Nunca como ahora se ha pretendido vivir con más énfasis una vida nueva ni se ha sentido más recio el manotón de los jóvenes para borrar todo lo anterior a ellos. El error está en olvidar que lo único que permite el progreso del mundo es la continuidad del esfuerzo, no sólo en la breve vida de la creatura, sino en la sucesión de las generaciones.

Pueblos sin tradición parecen los sud-americanos, en parte porque somos incultos y dejamos perder en el olvido los rasgos superiores de nuestros antepasados. Cultivar la tradición es una forma tan noble de la cultura como crearla en la propia obra; encender en los niños y en las masas la curiosidad por las vidas pretéritas es señalar una meta para sus esfuerzos; escarmentar la historia patria para darla a conocer en sus

detalles íntimos es revelar el alma nacional, es hacer también obra de arte.

¿Qué sabemos, aún las gentes más cultas de estos países, de la intimidad siquiera de las figuras históricas más destacadas? Nos extrañamos de que en Francia, Inglaterra y aún en los Estados Unidos se fomente una especie de idolatría—a veces con caracteres de fetichismo—por los héroes. Aquí nadie se cuida de ellos. Bien lejos, por cierto, de querer que todo lo pasado se endiose, de que a los próceres se les pinte una gruesa capa de virtud postiza para presentarlos en esa forma a las generaciones venideras. Lo que importa saber, precisamente, es cómo pudieron realizar su obra en medio de las debilidades, las desventajas y de los propios obstáculos que les creaba su arcilla frágil de hombres. Yo querría que las revistas y los diarios de estas tierras, que en realidad son las únicas cátedras de cultura permanente que tenemos, tomasen a su cargo el fomento de la tradición, dirigiendo el esfuerzo de algunos jóvenes a descubrirnos a nuestros antepasados y a hacerlos directores de conciencia y verdaderos padres de esta generación de hoy.

HOMBRES, IDEAS Y LIBROS

El error del doctor Marañón

CONTRAPRODUCENTE sería insistir en callar el problema sexual que es tan importante como lo fué en el siglo pasado el de la dirección de los globos. La literatura, es decir la gran literatura, converge en las naciones más civilizadas hacia los complejos fenómenos del sexo y, cosa rara, confieso por mi parte que cada libro que leo a este respecto contribuye a desorientarme, así sean los textos científicos de Freud, Bloch, Marañón, Keyserling, Cabanès, Gide, o las novelas de Proust, Spitteler y otros. Puedo parodiar a Richet que, pretendiendo descifrar los misterios del Mas Allá, llegó a esta desoladora conclusión:

Cuanto más estudio los fenómenos objetivos y subjetivos de la Metapsíquica, tanto más me convenzo de que nuestra débil inteligencia no puede saber nada, o casi nada, del vasto cosmos que nos circunda. Aún no hemos comprendido nada del Universo, que continúa siendo un enigma indescifrable y que tal vez lo sea siempre.

Así me ocurre con el cosmos sexual: me asombra y me desorienta. Tornemos los ojos a la hormiga, al gusano de seda, a la flor, a la gallina; y veremos que esos seres tildados de infe-

riores están expuestos—como nosotros—a gravísimas alteraciones sexuales. Llega uno a pensar que el mundo es una broma de carnaval: una cantidad de disfraces, caretas, antifaces, máscaras, repartidas a los seres más diversos sin orden ni concierto. La teodicea oriental difiere diametralmente de la nuestra en este sentido. El Dios occidental creó el mundo gravemente en siete días laboriosos; pero Brahma lo creó por travesura, haciéndonos una broma. Para los orientales no hay tal *Día del juicio*, sino otra jugarreta de Shiva que terminará alegremente esta farsa.

En los asuntos sexuales—que son determinantes del carácter y de la historia—estamos más cerca de la broma que de la gravedad, de tal manera que nos parece más natural un Brahma creando el mundo por jugarreta que un Jehová poniendo todo su empeño para hacer una cosa perfecta. Ilustremos estas líneas con un preliminar de entomólogos, ya que el mundo pequeño es algo así como una advertencia para nosotros.

El sabio japonés Toyama ha observado las más curiosas anomalías en abejas y gusanos de seda. Cruzando gusanos de seda franceses de rayas oscuras y gusanos japoneses de color compacto, obtuvo hijos tan fieles retratos de sus padres, que por un lado mostraban rayas y sexo femenino, y por la otra mitad exacta, el sexo masculino y el color unido. El doctor Forel, de Zurich, ha observado una hormiga cuya cabeza y cuyo protórax eran del tipo obrera, el abdomen macho y el medio del cuerpo repartido, macho a la derecha y obrera a la izquierda. Pues bien: ese individuo se conducía como obrera, obedeciendo a la cabeza. Es claro que, entre los vertebrados, los ejemplos no son tan impresionantes y definitivos, pero el hermafroditismo no deja de encontrarse, y es precisamente su discreción lo que desorienta. Somos hijos de errores, de equivocaciones. A veces lo que parece más absurdo está indicado para grandes hechos, por mecanismos y designios que se nos escapan.

¿Existirán asimismo anomalías sexuales en los astros? Nadie podría asegurar que no. Si a mí me dijeran que la tierra corre alrededor del sol por equivocación, no me extrañaría ni pizca. Las mayores cosas y muchas menores son hijas del error. Nuestro propio destino es una enfermedad, porque nuestra razón es una dolencia. La conciencia es una hiperestesia de la sensibilidad, luego es un estado anormal; luego el hombre se hizo rey de la creación mediante un estado patológico que la cultura propaga en vez de extirpar. Vivimos en pleno absurdo, y no sería raro que, a veces, ciertos estados que la medicina considera morbosos, contribuyan al brillo de la misma ciencia y al desarrollo de la cultura.

Si me atrevo a tomar la pluma para introducir un comentario en materia debatida por tanto especialista, ello se debe simplemente a lo chocante que me resulta la tolerancia amplia de esos especialistas con las variadísimas anomalías sexuales de plantas, animales e insectos y al mismo tiempo su seriedad e hipocresía para juzgar iguales o menores anomalías del mismo orden en la especie humana. Empecemos con el famoso doctor Marañón. Su obra es en conjunto admirable, sugerente, educadora: ilumina los problemas que trata con estilo de artista, porque el doctor Marañón es todo un escritor. Pero la conclusión a que llega en el punto de la virilidad, pretendiendo producir el hombre perfecto, intrínseco, es muy discutible.

El doctor Marañón mantiene contacto con una colección de monstruos cuya vida preside mediante el laudable pretexto de estudiarlos y normalizarlos. Los reyes taciturnos del Escorial mantenían monstruos para divertirse. El lector atento de la obra del doctor Marañón notará un estado de obsesión erótica muy española, una especie de delirio sobre el misterio *hombre-mujer-hermafrodita*. Desde luego, estos delirios provienen de la continencia, de la vida sedentaria, del fracaso amoroso y del escaso apego a la sociedad. La ilusoria conclusión o fórmula para resolver el asunto de los sexos indecisos revela en su autor una ingenuidad impropia del hombre de ciencia e indigna del artista millonario que rige un serrallo de monstruos.

El ilustre doctor justificaría el dictado de *burgués*, que le diera privadamente otro renombrado escritor español, por su vulgar apreciación del problema. No. Por desgracia el caos sexual no admite esa solución por virilismo, que sería la de cualquier aldeano, la más fácil y seductora: hacer hombres-hombres y mujeres-mujeres. Muy sencillo al parecer, pero nada más distante de la realidad como ya veremos.

Apretémonos lo más posible. Marañón parte de la base exacta de que todo individuo, en cierto período fetal, o prenatal, fué hermafrodita y que, en algunos, se mantienen los caracteres sexuales ambiguos determinando hombres-mujeres y mujeres-hombres. Así Don Juan y el abate Casanova, entre mil, pertenecían a la categoría de indecisos. Pretende Marañón que el deber de la ciencia consiste en descubrir a esa clase de individuos y *curarlos* para llegar a producir hombres-hombres, es decir machos en toda la acepción de la palabra, y mujeres-mujeres, o sea, hembras hasta la médula.

Un poco escépticos, nos preguntamos: ¿hubieran sido posibles los Sócrates, los Césares, los Gustavo Adolfos, los Bonapartes, los Grandes Federicos, si por medios artificiales la me-

dicina les hubiera duplicado el poder genésico? Seguramente que no. La parte de mujer que tuvo Napoleón fué aquella que le hizo desconfiado en las cuentas, minucioso, detallista, económico, gruñón, artista en la batalla, fino en la estrategia. Sin duda, en el fondo del vencedor de Marengo había una *menagère* dormida que preparaba las batallas como una buena ama de casa preside un banquete, sin desperdiciar un mendrugito. Comprensible es que un Anatole France, descreído, panteísta, galante, despreciara el lado femenino de Napoleón; pero un cientista tiene el deber de reconocer su papel indispensable, providencial. Volviendo a los don Juanes, ¿por qué desvalorar su actitud de líricos animadores del amor? La parte femenina en ellos es el arte, la fineza que les permite descubrir los puntos débiles de la mujer; su carácter tornadizo y pasajero, alado, que tanto place a ellas por cuanto contrasta con la pesadez crónica de los hombres completos, que, ciertamente, no fueron siempre los más amados. Dice muy bien Vicente Huidobro en sus *Vientos contrarios*:

Para seducir a una mujer, el hombre tiene que hacerse un poco mujer (pág. 147).

Es preciso advertir que nos referimos a aquellos hombres-mujeres que permanecen hetero-sexuales y en quienes la conservación de ciertos atributos hermafroditas de la vida prenatal sirve de complemento, agregando ricos matices a la personalidad. Así un hombre artista, fino, agradable, que además es valiente, audaz y emprendedor; como una mujer valiente, decidida, además de dulce y maternal.

La naturaleza nos sorprende a veces con rasgos de picardía infantil, poniendo bigotes en el rostro de las mujeres o dotando a ciertos adolescentes con ojos de bayaderas. ¿Quién no se ha sonreído al escuchar a un hombre con voz atiplada? Pues bien: estos caracteres que a primera vista parecen aberraciones, son, mejor dicho, adornos naturales extravagantes, como las plumas, el maquillaje, los tatuajes. A veces también esos signos exteriores de un sexo opuesto corresponden a sutiles signos espirituales. Hay hombres de alma atiplada, como hay mujeres de alma bigotuda. Pero esto no quiere decir que los hombres de rostro o aspecto más viril estén libres de contener internos afe-minamientos.

No hay una persona que no conserve señales, por pequeñas que ellas sean, del hermafrodismo pre-natal, así las mamilas, en el hombre. Estos caracteres no constituyen aberraciones, ni son inútiles, y debemos inclinarnos ante su condición natu-

ral. Una mujer bigotuda no por tener ese vello masculino bajo la nariz deja de ser mujer. Lo que pasa es que suelen encontrarse entreveradas en su temperamento virtudes de hombre, y así se explica el dicho español: «A la mujer bigotuda, de lejos se la saluda.»

Sostiene el conde Keyserling en su obra titulada *Europa* que los alemanes tienen virtudes femeninas, palpables, entre otras cosas, por la corpulencia, que es un atributo femenino. Nótese con cuidado que esto lo dice como elogio. Francisco García Calderón no está equivocado cuando asegura que Keyserling es un discreto pan-germanista.

Si alguno me preguntara cuál es el pueblo más viril de la tierra, yo pensaría un rato y al cabo respondería: el Rif. Sin duda, el rifeño, con su fusil al hombro, apostado detrás de cualquier peña o chumbera, contra la civilización, en nombre de su cerril y triste libertad, es el tipo del macho específico. No creo que Madariaga, ni Valle Inclán, ni Cansinos Assens se someterían a las operaciones pro-virilidad total que propone el doctor español. Cito a Valle Inclán por haber leído en alguna parte de sus escritos esto: «el arte es andrógino». Cito a Cansinos Assens, sevillano de origen judío, que escribió:

A veces en las tardes claras, yo también—¡oh, mujeres!—tengo hoyitos deliciosos que anhelan ser henchidos!...

Toda la literatura de Cansinos Assens está saturada de sorprendentes confesiones de ambigüedad sexual, así en *Ancilla Domini* pone: «en este corazón mío lleno de dulzura, suave como un seno sepultado en mi pecho liso»...

Comentando un libro de Keyserling escribió Salvador de Madariaga esta frase impresionante:

Das Spectrum Europas será particularmente gustado por las mujeres inteligentes, sea cualquiera el sexo a que pertenezcan. Quiero advertir a las mujeres que no supongan ironía en mis palabras. Yo mismo tengo una buena porción de mujer en mi composición—como todos los artistas deben tener—y era, por consiguiente, capaz de gustar el libro del conde Keyserling, tanto como cualquier «hombre-mujer» (permítaseme acuñar esta palabra para librarnos del inconveniente del sexo en el ser humano).

Para terminar y considerando que no existe en Chile una selección de escritores, ni una jerarquía de pensadores, ni unos lectores muy comprensivos, desearía librar a este ensayo de las interpretaciones iletradas o socarronas, que es esta última una manera de enmascarar la ignorancia.

El tema es viejo en Europa, pero agraz en nuestra tierra.

Y conviene asegurar que si Marañón mismo fuera ese macho específico con que sueña, sin duda no conoceríamos esa obra maestra, sugerente, que es un punto de partida para miles de caminos de cultura y que se llama *Tres ensayos sobre la vida sexual*.—JOAQUÍN EDWARDS BELLO.

Quetzalcoatl

EL de Quetzalcoatl es el más importante de todos los mitos americanos. Tierras atrasadas para la civilización éstas del Nuevo Mundo, se quedaron salvajes no obstante que el Asia y el Africa y Europa llevaban ya milenios de cultura cuando el descubrimiento. Y por eso se hacía sentir aquella ansia mal expresada; ansia de ascenso que inquieta las almas, aún a las más depravadas.

En toda la América se hacía sentir el anhelo, pero es en México y más particularmente en Anahuac donde se hacen más agudos y donde encuentran por lo mismo expresiones más claras los problemas del Continente. Y México formuló en los ensueños de la mitología azteca el doble símbolo, resumen de todo el misterio de los destinos. Quetzalcoatl y Huitzilopochtli. Pero venció Huitzilopochtli y a Huitzilopochtli se elevaron templos y a Huitzilopochtli se ofrendaron víctimas y entonces Quetzalcoatl emigra. Quetzalcoatl no sabe transigir, ni debe transigir, por eso se impone o emigra. Y no hablo de los casos en que lo matan o lo crucifican o lo asesinan, porque Quetzalcoatl es inmortal y resucita después de cada asesinato, después de cada crucifixión. Y sólo se hunden para no resucitar jamás los asesinos y los crucificadores de Quetzalcoatl.

Pero también sucede que así que Quetzalcoatl abandona a sus pueblos, los desampara. No es Quetzalcoatl quien sufre el ostracismo, porque dondequiera lleva Quetzalcoatl la cauda de su marcha y el aura del alma lo rodea como de un nimbo. Y al contrario son los pueblos los que padecen desconcierto y oscuridad después de cada viaje de Quetzalcoatl. Y además de eso el azote, la guerra, el exterminio, la persecución. Después de la crucifixión de Quetzalcoatl Jesús, los judíos se quedan para siempre sin patria dispersos por el mundo. Y sólo cuando logran disipar en su corazón las sombras del odio, los judíos dispersos se suelen sentir superiores, porque ellos, como el verda-

dero cristiano, sólo tienen una patria, el mundo y para nada les afecta ni el destierro ni la persecución ni la injusticia ni la iniquidad. Tal y como nada de esto afecta a Quetzalcoatl.

Cuando los aztecas despidieron, licenciaron, expulsaron a Quetzalcoatl, no hubo ninguna catástrofe inmediata. Sólo se vió que los templos de Huitzilopochtli crecían. Y los discípulos indefensos de Quetzalcoatl veían correr su propia sangre sobre los altares del enemigo Huitzilopochtli. Y las crónicas aztecas hablan todavía de la grandeza de aquellos reyes que mantenían colmada la sed de sangre del Dios Rojo. Y los brazos se fatigaban de matar. Y los brazos se hinchaban de tanto matar. Pero hay no sé qué ponzoña en la sangre, ponzoña que lleva su contagio hasta el brazo que hiere. Pues siempre se observa que el brazo que hiere es menos fuerte que el brazo que ampara. Y aquellos brazos de los guerreros que se habían hinchado en la matanza de los cautivos, no fueron capaces de contener el golpe de los brazos vengadores de los castellanos.

Y los aztecas han quedado, hemos quedado, no dispersos por el mundo, pero sí castigados, humillados en nuestra propia nación que es sierva del extranjero. Y creemos haber vencido a Quetzalcoatl y se cantan las preces de Huitzilopochtli, pero Quetzalcoatl invencible se limita a ausentarse. Quetzalcoatl no muere, se ausenta. Se ausentó de nuevo el día en que matamos al presidente Madero, la aparición más reciente del Dios del amor y el bien. Perdió una nueva batalla Quetzalcoatl en la persona de Francisco Madero, pero puede volver, puede retornar una y cien veces Quetzalcoatl; sólo que mientras no se le acoja y mientras no se le obedezca será inútil su retorno. Y sus nuevos sacrificios servirán tan sólo para agravar la suerte de los aztecas contemporáneos. Quetzalcoatl no transige; o gobierna y manda o se va y no importa que lo despidan como a Quetzalcoatl legendario en una barca que se pierde en la línea en que se junta el cielo con el mar, según la frase de la leyenda. Ya sea que lo embarquen por el mar o ya sea que lo ametralen, primero y lo sepulten después, muchos metros bajo la tierra, Quetzalcoatl se va, luminoso siempre, por las aguas o por el viento, siempre inmortal. Pero las calamidades vuelven renovadas después de cada uno de los destierros y las ausencias de Quetzalcoatl.

La tierra argentina sufrió una de estas largas ausencias del Dios de la Civilización. Allí también la espada hería sin tregua y el más fuerte o el más astuto proclamaban victorias efímeras; y el extranjero acechaba, rodeaba los puertos de la Nación Argentina. Pero Quetzalcoatl tantas veces expulsado de México

se fué por el Sur y llegó por el mar a la región del Plata y encarnó en un hombre rudo y bueno. Y el hombre se puso a estudiar y vió la injusticia y empezó a denunciarla y lo persiguieron los esbirros y lo condenaron los poderosos y huyeron de él los cobardes. Y el hombre bueno, Sarmiento, se puso a vagar y se fué por el mundo y no transigió con el mal y retornó como se fué, inflexible. Y en medio de los generales se vistió de maestro de escuela y sus prédicas fructificaron. Y la nación argentina le dió aquello sin lo cual no es posible ni civilizar ni educar, le dió el mando. Y de entonces procede el apotegma argentino que dice: gobernar es educar. Pero el educador no ha de ser siervo y sí mandatario. Y la Argentina, nación de pastores, se puso en seis décadas en la primera fila de los pueblos del mundo. Y todavía no se apaga del todo en el Sur la antorcha de Quetzalcoatl Sarmiento.

Y es ahora la patria de Quetzalcoatl Sarmiento la única de habla española que puede erguirse con éxito en frente del imperialismo y de la agresión. Y esto porque la civilización sólo se combate con civilización. Y todo porque es el brazo que ampara y no el brazo que hiere el que defiende a las patrias.

Quetzalcoatl siempre vuelve y parece que vuelve con más insistencia, precisamente a aquellos sitios donde ha sido más sonada su derrota. Y eso no por testarudez sino porque la iniquidad suele preparar mejor las almas; las prepara para la redención. Cuando el botín se agota se debilitan los servidores de Huitzilopochtli. Y entonces, en pleno desastre, cuando todo va quedando perdido, Quetzalcoatl aparece tranquilo y sereno. Pero con una serenidad que no está exenta de rayos y fulguraciones. El espíritu de Quetzalcoatl vuelve ahora sobre México y esto se conoce en la exaltación y el entusiasmo de las multitudes. A Quetzalcoatl se le reconoce en el hecho de que levanta a los caídos y enciende la esperanza en los que desconfiaban. Y pasa Quetzalcoatl por entre las vicisitudes, inflexible. Porque ni el éxito le doblega; ni con el éxito se compromete. Quetzalcoatl está por encima del éxito. Las aclamaciones hoy, los silbidos y las injurias mañana, o el vacío del miedo a su alrededor, todo esto suena como los vaivenes del mar en la oreja sabia de Quetzalcoatl, oreja acostumbrada a los viajes y el cambio; por lo mismo que en el interior escucha el rumor que no cambia.

La nación mexicana entera está clamando por el retorno de Quetzalcoatl. Una vez más vamos a darle ocasión, una vez más procuraremos allanarle la senda. Otra vez como en antiguos días nuestros puertos están amenazados, peor aún, nues-

tras ciudades están invadidas, nuestros campos yermos, nuestra raza dispersa más allá de las fronteras. Y el viejo brazo hinchado de sangre de los sacrificadores de Huitzilopochtli está también ahora impotente contra las amenazas de afuera. Huitzilopochtli vencido en su orgullo delante de los dioses extranjanjeros que le hacen gestos de befa, se revuelve en su impotencia. Y aún en sus turbios ojos brilla opacamente una débil ansia; él también parece volverse al Dios del Bien como diciendo: «Ensayá tú, ya que yo fracaso. Declaremos una tregua y empuña tú el destino.» Y el pueblo que ha escuchado el diálogo tácito se levanta movido de esperanza. Pero la envidia y la traición y la perfidia no se resignan y siguen soplando a Huitzilopochtli su ilusión de poderío, y a Quetzalcoatl quisieran intimidarlo. Pero Quetzalcoatl sólo tiene oídos para las voces de adentro.

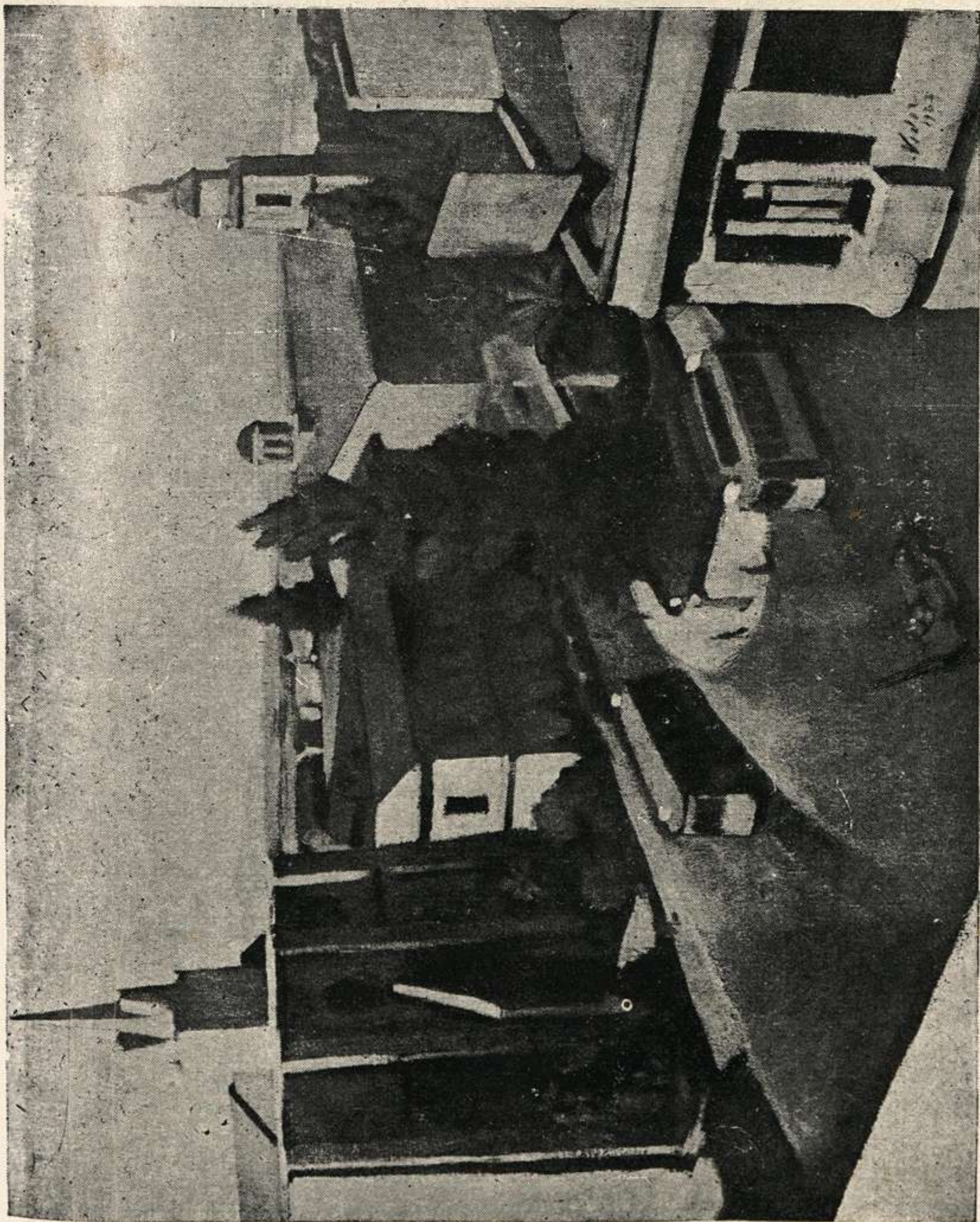
En un libro profundo, profético, ofensivo, el gran escritor inglés Lawrence nos habla de la Serpiente emplumada, *The Plumed Serpent*. Y proclama la alianza de Quetzalcoatl con Huitzilopochtli. Alianza por fortuna imposible, porque ella nos conduciría a crear un México tal como lo quieren nuestros enemigos; un México bárbaro. Al contrario, el corazón mexicano sueña en una alianza con todos los servidores de Quetzalcoatl en el mundo. Una reintegración o una integración de nuestra patria en la familia de las naciones que han aceptado la norma inflexible de Quetzalcoatl. La bondad y la cultura no son productos necesariamente extranjeros; la bondad y la cultura también pueden prosperar con caracteres firmes y autóctonos en nuestro suelo. Huitzilopochtli es autóctono en México pero también lo ha sido en todo sitio en que se juntan hombres. Y Quetzalcoatl que es del aire se sabe hacer de la tierra; sabe bajar a la tierra, pero no para amoldarse a ella; sí para imprimirlle aliento. ¡Oh, México, tu hora es grave! O con Quetzalcoatl o con el nuevo Imperio, que ahora más poderoso que el de los castellanos, avanza hacia el Sur, se extiende por todos los ámbitos. Y es fuerte porque conquista con escuelas. Trae en sus bajeles a Quetzalcoatl. Y así, Quetzalcoatl o sea la civilización tiene que triunfar en México. Si una vez más, sin embargo, degollamos a Quetzalcoatl autóctono, entonces ahora el castigo va a ser un Quetzalcoatl en inglés.—JOSÉ VASCONCELOS.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

Pablo Vidor en Chile

PABLO Vidor, nacido en Hungría, no habría llegado tal vez a lo que es, si los azares de la guerra mundial no lo hubieran hecho viajar. Para cualquier viajero sin sensibilidad, viajar no es más que la realización de un plan rutinario. Para un artista, en cambio, es el descubrimiento cotidiano de cosas sorprendentes y al mismo tiempo un ejercicio de la estimación selectiva, que aprovecha por fuerza en toda la futura labor del viajero. Desarraigándose de su atmósfera natal, Vidor orientó sus pasos hacia París, imán poderoso para los hombres de legítima sensibilidad estética. Todos los artistas de la tierra desembocan en París sus máximas esperanzas. Y son pocos, muy pocos, los que cuando el tiempo opera sus resacas inevitables, quedan en la orilla triunfantes, y con valor para seguir. He conocido pintores jóvenes de esta tierra verdaderamente enfermos de París. Llegaban de allá todavía alucinados por el latido y los colores de la compleja ciudad. No laboraban aquí, «porque no estaban en París», y por consiguiente, ¿para qué iban a trabajar en estas tierras americanas, tan rutinarias? Pero lo triste es que allá tampoco hacían nada, porque se les hacía poco el tiempo para gustar del encanto de París. . . . Mucho me temo que esté aconteciendo lo mismo con ese grupo de muchachos artistas que fueron enviados a la capital francesa, por un gesto magnánimo del gobierno.

Pablo Vidor no se entregó nunca a esa sensualidad de gustar las ciudades, sino que iba saturándose de los ambientes creadores que visitaba. No obstante, sus primeros años fueron de educación objetiva. Iba conscientemente afirmando sus admiraciones por ciertas escuelas, principalmente por el clasicismo; gustando con serenidad lo que hay de formidable en los máximos artistas de otras épocas, y también aprendiendo a discernir lo falso que hay en los discípulos de éstos, y aún en los mismos maestros. De ahí que Vidor sea también un «connoisseur», un entendido, y sin apurarse mucho, un técnico en materia pictórica. Sólo hay dos o tres pintores nuestros, de tendencias distintas (Issamit, Richón Brunet, Isaías Cabezón), que escriben sobre pintura basándose en un conocimiento directo de las obras y de las técnicas en ellas empleadas. Los demás pintores chilenos carecen de ese don, o bien no se toman el trabajo de cultivarlo. Habría menos vanidad y muchos menos desinteligencias en nuestro plano artístico si los pintores escri-



VIDOR. Dibujo.

VIDOR. Dibujo.



VIDOR. Desnudo.



VIDOR. Desnudo.

bieran sobre sus ideas de la pintura nueva y la antigua. Por otra parte, cuando vuelvan los muchachos que fueron a París, es posible que entonces haya algo que hablar al respecto.

Algunos viajes por Francia, Italia y Alemania hicieron que Pablo Vidor adquiriera un sólido conocimiento de las diversas escuelas, grupos, galerías y personalidades de la pintura contemporánea. Pero es fatal que un artista con talento propio, después de tales exploraciones, llegue a una conclusión muy triste. En París, donde solamente en la famosa colina de Montmartre hay según un censo nada menos que 15.000 héroes del color armados de pincel y dispuestos a conquistar el mundo; y en ese Montparnasse que ha mecido los alucinados sueños de arte de Picasso, Vlaminck, Utrillo, Fujita, Derain, Manuel Ortiz de Zárate y tantos otros, citando distintas nacionalidades; en ese maravilloso París ya no se crea. Sólo se embadurna, se pastichea, se negocia y se «metequea». Allí los hombres con talento se diluyen... o se hacen millonarios como Picasso y Utrillo, por milagro de la época, o como Van Dongen, «peintre pour les nouveaux riches»

Vidor, siguiendo sus impulsos de creación espontánea, hubo de cambiar el bello París por Berlín, la ciudad sistemática. En Alemania no hay duda que son más estudiosos los artistas. No «flanean» tanto, como me decía un amigo que estuvo allá. Fuera de toda duda, el arte de este siglo ha nacido allí. Pero también, por su misma efervescencia, la pintura en Alemania se ha metido en un terrible caos intelectual, del que no sabemos si saldrá. No obstante, en Alemania Pablo Vidor se encontró a sí mismo. Allí, bajo la mirada llena de bondad de algunos buenos maestros, halló el secreto profesional. Su reposado criterio de artista enamorado de la más perfecta antigüedad, que es donde está el secreto de todas las pinturas posibles, no se dió a seguir los vericuetos mentales y psico-cerebrales que fueron la vía secreta para las creaciones de un Cross, un Karl Mense o un Schrimpf. Cuando él estuvo en París, estaba ciertamente en su apogeo la era de los profetas del Arte Nuevo. Pero se adivinaba que ésta luego terminaría, porque en el caos de Europa todo nace y muere en un instante.

Hace diez años, Pablo Vidor era todavía absolutamente académico. Nos ha mostrado una pequeña tela que conserva de esa época, que es su primera tentativa de alejarse de la pintura directa. Lo consiguió buenamente. Hay otros que para alcanzar esto se retuercen, buscan afiebradamente salir de la senda vieja solicitados por una repentina idea admirable. Pero muy luego se desorientan. No les ayuda en la decisión un tempera

mento organizado. Y para la selección de la nueva ruta, carecen de una brújula segura, de un claro rumbo de conocimientos. La pintura nueva que entonces este artista empezó a producir, habría que llamarla por fuerza «expresionismo», ya que ese nombre se daba en la época al arte que él decidió adoptar. Pero, como ya lo hice notar una vez en un artículo de prensa, su pintura ya desde entonces era suya en él. Catalogarle en cualquiera de los «ismos» contemporáneos, tenía que producirle una tranquila desesperación y una protesta razonable. Por más que ciertas sugerencias del ambiente donde estudió pusieran aislados matices en el cuadro, el complejo de su pintura era absolutamente vidoriano. Un pintor que como él se entrega a sus pinceles y al momento de la creación totalmente, no puede menos que estar entero en cada obra. No debe nada o muy poca cosa al ambiente y a los demás artistas que le rodean. Aunque los entusiastas digan: «Aquí hay esto... expresionismo... cubismo... nueva objetividad...», etc., no se altera el orden natural de las cosas.

* * *

Cuando Pablo Vidor llegó a Chile y empezó a mostrar su arte, era un pintor en perfecta sazón y completamente independiente. Podemos dar fe de ello, porque desde entonces hemos seguido con admiración su línea evolutiva, que lamentamos por cierto no poder presentar entera debido a las limitaciones del artículo. Entonces como hoy su producción es fecunda, porque este artista es un infatigable trabajador. Pero en el caso suyo la abundancia no daña la calidad.

Llegó a este país en una época en que no había la mediana comprensión del Arte nuevo—o Arte vivo, o como queráis—que se nota hoy en nuestras tierras. Persistía la reminiscencia de una pintura novecentista, que no nos ha hecho sino daño. No puede ser menos que doloroso recordar los años que perdió nuestra juventud imitando a unos malos maestros que en aventura práctica se dejaban caer por estas tierras. Y los veteranos del arte, aquéllos que habían estado en Europa, no eran capaces de hacer ver el error. Unos y otros son culpables de que la pintura chilena se atrasara algo así como cuarenta años. Sin embargo, algún milagro tenía que suceder. Y fué la venida a este país de unos cuantos artistas jóvenes que en otras tierras habían percibido de cerca el encanto de la nueva pintura. Sus nombres son demasiado conocidos. Esos pioneros de nuestro arte futuro tuvieron que luchar lo increíble siquiera para con-

seguir que los creyeran verdaderos artistas. La idea de 1922 en Chile era que todo se hacía para la exportación. Y los muchachos del recordable grupo Montparnasse fueron considerados agentes, aquí, del mercachiflismo artístico europeo. El tiempo ha dado a todos la razón.

Poco antes de que aquella juventud llegara con sus novedades pictóricas, Pablo Vidor llegaba a Chile. Con su caja llena de colores y de secretos, recorría ya el litoral de nuestra sensibilidad explorando sus posibilidades. Habría que hacerlo constar documentalmente: Pablo Vidor fué el primero en traernos la pintura contemporánea, el primero en venir a enhebrar sus raíces creadoras en nuestro país. La generación actual debe agradecerse con amplitud. Después, la venida de Isaías Cabezón, Grigoriev y otros, sirvió para afirmar las actitudes que Vidor secretamente, sin quererlo, había bosquejado. Porque yo no creo que nuestros pintores jóvenes de 1928 hayan surgido espontáneamente de un momento a otro sin previa preparación.

Su primer tiempo entre nosotros, naturalmente, encontró inoportunas incomprendiones. Pero también tuvo la suerte de que una minoría selecta lo comprendiera y estimara. Seguro que él no la buscaba en su independencia; pero esa minoría de admiradores lo buscó a él. Hizo algunas exposiciones en Valparaíso, con el éxito corriente cuando se trata de un artista completo. Mucha admiración, muchos reparos, ninguna crítica oficial, ninguna venta. Pero era un buen augurio. El tiempo ha dado muchas vueltas después sobre su rueda infalible. Hoy Pablo Vidor, es un artista muy conocido. Se le podría situar en el mismo plano que Grigoriev por su modernidad. Pero ha sabido domesticar nuestro ambiente mejor que aquél. Respecto a su labor, cedo la palabra a un escritor joven, Tomás Lago:

Ante una naturaleza intacta aún de íntimas revelaciones ha logrado evidenciar el paisaje chileno de un modo propio, suyo y nuestro, de honda certidumbre.

De su manera personal ha dicho el mismo escritor:

Modela rudamente con esa sensualidad de la forma que ha dejado el cubismo, aunque en él esto cada vez adquiere una mayor consistencia en valores, una más cálida objetividad. En su poder la luz se agrupa sin esfuerzo; perdiendo su carácter disolvente nunca deja de obedecer al equilibrio que Vidor le asigna a su cuadro. Los colores predilectos con que obra son los verdes y los azules, los cuales ha empleado de una manera inolvidable, en sus paisajes del Sur de Chile, densos, húmedos de latitud austral.

Habría que agregar que con igual maestría, Vidor es un retratista. No es aventurado decir que el arte del retrato requiere en el artista creador una como personalidad adicional. No es lo mismo sumergirse en la visión del paisaje y valorizar sobre la tela sus elementos visionales, que situarse ante el ser humano para precisar sus rasgos específicos. En aquella labor hay una jubilosa libertad. En ésta, tiránicas restricciones. Pocos son los artistas que sobrellevan la servidumbre a la realidad que significa «retratar» en el cuadro. Pero Vidor, como retratista, pone en juego todos sus fuegos secretos y crea el cuadro sin dificultad. Ultimamente estaba terminando en su taller de la Escuela de Bellas Artes un cuadro que podría llamarse *La Mujer de la Naranja*, y que luego será conocido, en el próximo Salón Oficial.

Fuera de eso, en el retrato directo Vidor ha conseguido también ser muy personal. Asimismo, como acuarelista, grabador en madera o linoleum y dibujante al carbón y pastelista, Vidor posee un decisivo prestigio. Esas variaciones técnicas de su arte le muestran más que nada como un creador múltiple. Finalmente, y como lo hicimos notar más arriba, se completa su silueta personal con sus conocimientos de las culturas pictóricas actuales y pasadas, que pone en juego cuando escribe algún artículo, como uno que salió publicado últimamente en la *Revista de Educación*, y que se titulaba *El martillo al revés o lo natural en arte*. Allí, en un párrafo final dice esto que sintetiza sus puntos de vista personales respecto a la creación pictórica:

Hay que ser fiel no sólo a la naturaleza sino también al arte, como dijo Goethe. Los enanos e idiotas pintados por Velásquez no son «bellos». Lo feo pertenece también a la naturaleza, y Velásquez componía cuadros y conjuntos artísticos muy bellos sobre modelos feos y por eso sus cuadros son bellos productos de arte. Explicarlos por ser característicos, etnográficamente interesantes, etc., es erróneo, es literatura, erudición, eugenesia, o cualquier otra cosa menos plásticamente arte. Feo es lo que en arte no tiene verdad conceptual ni la pretende. La inmensa cantidad de pintura producida por los aficionados pretenciosos, es fea, es decir, no es arte, aunque sea «tan natural» como se quiera.

NEFTALI AGRELLA.

La educación como ciencia

POR qué reformamos la escuela hasta modificar sus mismos cimientos? Es, sin duda, una sugestiva interrogación que se hacen muchos, pero que muy pocos logran contestarse satisfactoriamente. Y la verdad es que la inmensa mayoría—vinculada directamente o no a las instituciones escolares—se inclina a creer en la inutilidad y, lo que es aún más grave, en el perjuicio de tales reformas. Lo que puede contestarse inmediatamente en este sentido, tratando de fundamentar un problema, es que, en rigor, no se hacen reformas educacionales, sino que tales reformas son precipitadas en toda época cuya característica es una aguda crisis espiritual, patente en los diversos aspectos de la vida organizada, y toda crisis en las instituciones se produce justamente cuando las nuevas exigencias de la vida, lejos de verse satisfechas y empujadas hacia adelante, determinando un progreso, se hallan contrariadas con violencia.

En cada época o estratificación de nuestra cultura, es posible distinguir dos aspectos característicos y excluyentes: por un lado, la vida concrecionada y presa sólidamente en las instituciones que la representan—o, por lo menos, que la creen representar—y, por otro, la vida proteiforme, escurridiza, esencialmente mutable e imprevisible, en cuanto dirección o destino.

Pero las instituciones, una vez establecidas, no pueden cambiarse minuto a minuto, tanto más cuanto que peregrinamente se crean con pretensiones de eternidad. Sin embargo, resisten tan sólo hasta el momento en que la sedimentación continuada de la vida, por esencia mutable, adquiere la suficiente fuerza para romper los diques que la oprimen y soltar adelante. Tal sucede con la escuela. Realizada ésta como institución—plan de estudio, programas, orientación y fines, vinculación con la sociedad, condiciones físicas y morales, etc.—, perdura durante algún tiempo sin reparar en las variaciones apreciables que va experimentando la vida en todas sus fases y que sólo son registrables a la simple vista en todos aquellos aspectos de libre espontaneidad.

Es curioso a este respecto un fenómeno extremadamente paradójal en apariencia y que, sin embargo, en la realidad de los hechos contiene una profunda verdad y la explicación satisfactoria de todo cuanto se viene diciendo. En efecto, los individuos que encarnan y realizan las grandes reformas o revoluciones ideológicas son, en la mayoría de los casos, aquéllos

que viven al margen de las instituciones oficiales, es decir, aquéllos que, por no tener intereses directos relacionados con ellas, se dan cuenta claramente de los defectos e inutilidad que implican frente al ímpetu de la vida que golpea a sus puertas con la insistencia redoblada de la realidad. Es de observación corriente, a este respecto, que todos cuanto marcan en la evolución de las instituciones escolares nuevas rutas y nuevos principios, nada han tenido que ver con la enseñanza oficial: todos sin excepción han emergido de grupos particulares y, a menudo, libres de toda influencia desfiguradora de la realidad y del verdadero sentido de la vida. Montaigne, Rousseau y Tolstoi—padres de toda la renovación pedagógica contemporánea— no sólo vivieron alejados de la enseñanza oficial, sino que fueron perseguidos por todos cuantos percibían directa o indirectamente beneficios del estado. Los mismos ensayos más recientes y radicales, que comienzan ya a ejercer la inevitable influencia sobre las instituciones escolares fiscales o garantizadas por el estado, determinando violentas crisis y renovaciones totales, se deben exclusivamente a la iniciativa particular. De aquí que nada resulta tan ruinoso para la marcha espiritual de los pueblos como esa política de viva hostilidad hacia las iniciativas privadas de los individuos. En ella lo único que se logra es el afianzamiento momentáneo de un determinado gobierno, pero, a la larga, se amputan las raíces vitales por donde sube la savia de todo mejoramiento material y moral.

Si la escuela—decíamos—como institución ha hecho crisis, incuestionablemente se debe a que la vida, exterior a ella, pero interior con relación a sí misma, posee ya, por mutaciones insensibles a través del tiempo, un valor de influencia y peso suficientes para requerir nuevos moldes y posibilidades de libre evolución.

Nadie, en efecto, se atrevería a decir hoy día que la escuela tradicionalista se ajusta a la vida moderna. (En este lugar—claro está—no se hace referencia a la iniciativa particular o a uno que otro ensayo practicado excepcionalmente en colegios fiscales.) Cabe preguntar, entonces: ¿cuál es esa realidad material y espiritual del momento que culmina en nuestra época como sol de mediodía y a la cual los educadores deben ajustar su escuela y su método? ¿Cómo satisfacer, en seguida, esa realidad ampliamente, hasta la superación si fuese posible? ¿Cuál es, por lo tanto, el problema que debe resolver la educación contemporánea, si desea realmente cumplir una misión y encarnar un frente de avanzada?

A primera vista nada parece tan sencillo como precisar esa realidad típica y peculiar del presente, si se considera que en calidad de tal tiñe de coloración inequívoca todas las manifestaciones de la vida moderna, ya que de no ser así no podría considerarse verdadera realidad de la época.

Sin discusión alguna se trata de una actitud patente a través de la palabra y actos de los espíritus libres. Sin embargo, nada resulta en la realidad de los hechos más difícil de precisar, sin que por ello deba inferirse por cierto que tal realidad, típica para una determinada época, sea simplemente ilusoria. Todos tenemos la conciencia de que existe, y la historia lo corrobora ineludiblemente. Pero otra cosa es, sin duda, patentizarla. Desde luego, la modalidad de toda época no es una función simple y claramente diseñada en un fondo oscuro—determinadas instituciones o actividades colectivas, por ejemplo—que pueda servirle de marco o realce. Se trata en verdad de un flujo, a veces, subterráneo en ciertas direcciones, y en otras, completamente visible, pero con ramificaciones y entrecruzamientos que, muy a menudo, despistan a los observadores más avisados y prudentes. Para algunos—y los hay muchos por desgracia—el problema educacional es solamente una cuestión económica, en cuanto que, dadas las exigencias materiales del industrialismo moderno, lo único útil para el engrandecimiento de los pueblos es la rápida y eficiente formación profesional de la juventud. Para otros, en cambio, más humanos y eclécticos, las necesidades profundas de nuestra época exigen el desarrollo pleno de la personalidad del escolar, malogrado hasta hace poco por el intelectualismo clásico proveniente en línea recta de la filosofía del siglo pasado. Todavía se deja sentir una tercera tendencia, lamentablemente extremista—casi inhumana sería justo decir—que pretende desconocer en absoluto el valor espiritual de nuestra cultura, calificándola de peso muerto frente al «sentido biológico» del ritmo vital de nuestra época. (Las aberraciones deportivas con todas las variantes de la manía por la cultura física, encuentran su plena justificación en esta corriente.)

Ahora bien, ¿cuál de estas tres tendencias prevalece? O si se prefiere: ¿qué es la vida moderna, en cuanto orientación básica y rasgo saliente capaces de peculiarizarla con relación al pasado? ¿Cuáles su sustantividad, su tendencia, su ritmo preciso, su más alta misión? ¿O es que nos imaginamos una situación completamente ilusoria, mientras el devenir real, cósmico, careciendo de nuevo sentido, nuevos valores y nueva esencia no hace sino plenificar por el contrario todo cuanto

hemos heredado de nuestros antepasados—en cuanto a ideas y costumbres— y, en tal caso, las instituciones irán evolucionando en forma insensible sin que sea necesario por ello intervenir desde afuera y con premeditada finalidad?

No puede negarse por cierto que está de moda sostener que el mundo de hoy como escena ha cambiado bruscamente de decoración, que todo cuanto ayer fué motivo de atención preferente no pasa de ser hoy sino un puro sentimentalismo o un pasado de simple valor histórico. La verdad es que para nadie que piense un poco puede pasar inadvertida la visible exageración y gratuidad de todo cuanto se pregona en este sentido. Pero, incuestionablemente, hay un hecho formidable que no puede desconocerse y que gravita reciamente sobre toda nuestra época. Tal hecho es la guerra europea con todas sus consecuencias económicas, político-sociales, morales y religiosas. Es posible sí que la influencia no sea de la magnitud que se estima y, más aún, su dirección no sea exactamente la que se cree. Pero, sea como fuere, a priori, es evidente la posibilidad de establecer en forma inequívoca el cambio, no sólo en las costumbres e instituciones sino principalmente en las ideas, en la moral y en las manifestaciones del arte. Desconocer este hecho equivale exactamente a declarar una ceguera completa desde el año 1918 hasta nuestros días para los fenómenos más salientes en el aspecto espiritual tanto como material de la cultura.

Pero otra cosa es, sin duda, precisar bajo qué leyes se produce el cambio, y cuál es la razón profunda que lo entraña, a fin de adaptarse a él en forma inteligente y provechosa. Se cree, a menudo, que esta pregunta es ociosa desde que el instinto suele ahorrar la meditación y suplirla con gran ventaja, cuando se trata de conformarse a las nuevas exigencias materiales y espirituales de la vida, en una época inmediatamente posterior a una formidable crisis. Se llega hasta argumentar—lo que tiene una importancia imprevista para la enseñanza—que bastan para tal efecto el instinto, el buen sentido o la palabra del visionario.

Sin duda, los oscuros cristianos de las primeras décadas de nuestra era no requirieron seguramente para encontrar el reino de Dios—realidad típica y peculiar de aquella época—más que un pequeño renunciamiento, un dejarse llevar por las tumultuosas mareas místicas. Quizá la reflexión misma pudo haberles hecho hasta daño en un período en que la religiosidad de médula esencialmente irracional llenaba toda la vida. Pero, naturalmente, los tiempos han cambiado, y no en vano

asistimos a la realización de la ciencia en una proporción que amenaza absorber y reducir a cero casi todas las otras manifestaciones igualmente admirables de la creación humana. Ya en los tiempos del humanismo renacentista, las experiencias de un Galileo y de un Kepler, o las meditaciones de un Bacon, un Descartes y un Giordano Bruno, comenzaron a invalidar y poner en serio peligro la irracionalidad, teñida fuertemente de primitivismo, para dar amplio desarrollo, en cambio, a la elaboración razonada y consciente. Desde aquel instante, el progreso de la ciencia—invadiendo cada vez nuevos dominios—no se ha detenido, sino que, muy por el contrario, parece, día por día, cobrar más empuje y finalidad más nítida en el maremagnum de posibilidades de creación y evolución humanas. No podemos entonces evadirnos de la ciencia cuando se trata de captar la idea directora de nuestra época. A ella antes que todo, debemos pedirle la solución del problema. Su no consideración implica anacronismo, ceguera total para la vida de hoy y, por ende, un camino completamente errado al pretender fundamentar doctrinas e instituciones ajustables a la época. En particular, la escuela no puede olvidar este hecho, y toda reforma o tentativa de ella tendrán que ponerse a tono con la ciencia. Pero no conviene precipitar las ideas. Más adelante volveremos sobre este punto con el debido detenimiento.

Lo que no puede ponerse en tela de juicio—ni remotamente siquiera—a propósito del empadronamiento de la época por la ciencia, es el cambio de dirección que ha experimentado ésta en el momento al cual asistimos un tanto desconcertados y vacilantes. De una creación esencialmente espiritual, desinteresada y teórica se ha llegado en el trabajo científico a la máquina y a la técnica. No puede decirse que esto sea un resultado inconveniente o funesto. Haciendo ciencia hemos desembocado, por lo menos hasta el momento, en la vida material pura, y eso es todo. Se agregará todavía que tal dirección era completamente desconocida por aquéllos que iniciaron la fecunda labor de búsqueda científica, ya que un Galvani o un Hertz estaban muy lejos de comprender la formidable revolución que se produciría posteriormente en el mundo material.

A todos estos reparos se puede contestar, sin embargo, que la espiritualización y el desprendimiento con relación a toda actitud utilitaria sólo se han producido mucho después del nacimiento de la ciencia misma, ya que pueblos como Egipto y Caldea—recuérdese el humilde origen de la aritmética, geometría, astronomía como menesteres de la vida ordinaria—que le han servido de cuna, estaban empapados de la tendencia

utilitaria. Se da el caso así de un fenómeno esencialmente mutable que, poseyendo ciertas características en sus comienzos las abandona más adelante—en plena evolución y desarrollo—para volver a ellas, posteriormente, en la madurez. Todo esto es absolutamente cierto, pero en modo alguno tiene importancia—excepción hecha, por supuesto, del aspecto histórico, que arroja una luz imprevista sobre fenómenos trascendentales para la evolución humana—si se considera que realmente el proceso cósmico del progreso o cambio total de la vida se hace a espaldas de nuestros deseos conjeturales y previsiones, por agudas que ellas procuren ser.

El hecho irrefutable es que hoy—como lo decíamos más arriba—la investigación científica desemboca francamente en el mar tumultuoso de la vida material, y de la tranquilidad del cientista desinteresado y teórico, ajeno a la utilidad y a la aplicación de ella a la vida, hemos pasado al hombre dinámico de nuestros días, esencialmente técnico-industrial, ambicioso y práctico.

Esa es, en nuestro sentir, la verdadera característica del minuto que vivimos. Todas las demás manifestaciones: locura por el desarrollo físico, pugnacidad reconcentrada hacia el espíritu y los valores de la alta cultura, evaluación exagerada de la parte dinámica en desmedro de la quietud reflexiva, inclinación desordenada al bienestar material con la correspondiente crisis de la vida sana y tranquila, predominio de la intuición sobre las funciones intelectivas propias del régimen meditativo, tendencia a la standardización, que ahoga las individualidades y manifestaciones típicamente originales—no a otra cosa conducirá, sin duda, la exagerada corriente socializadora en la enseñanza—, en una palabra, desarrollo del animal sobre el espíritu, no son sino consecuencias necesarias y precisas de una sola premisa central. Pero el problema no es, evidentemente, tan sombrío en su perspectiva de solución como puede creerse a primera vista. La meditación sostenida nos hace comprender que con la tecnificación o, mejor dicho, con la ciencia aplicada al industrialismo, no se ha dicho todo. Tal interpretación es sólo una parte de la verdad. Al decir que la ciencia ha desembocado en el dominio material e indirectamente causa y seguirá causando—de lo que estamos absolutamente ciertos—algunos daños de pavorosa consideración—como por manera evidente lo prueban la guerra química, feroz e inhumana de los últimos tiempos y, quizá, más aún las del futuro—no se excluye la posibilidad de aprovechar una nueva dirección de su cauce. Efectivamente, en nuestros días, ya comienza a diseñarse tal tendencia,

Hasta ahora toda la investigación se había concentrado de preferencia en el mundo físico; dando lugar a las llamadas ciencias naturales: física, química, astronomía y aún biología. Pero, cabalmente, en esta última dirección, comenzó a comprenderse la posibilidad de aplicar sus métodos a los individuos, ya no en cuanto organismos o seres vivos como única condición, sino más bien en cuanto a centros de actividades psicológicas superiores. Así surgieron las inevitables interrogaciones: ¿cómo se conducen los hombres? ¿Cuáles son las leyes probables o aproximadas—no más rigurosas y permanentes que las leyes de la físico-química o de la biología—de sus funciones propiamente espirituales? ¿Puede la ciencia fundamentar, racionalmente, la vida moral y dictaminar sobre la conducta del espíritu, a fin de favorecer e impulsar su manifiesta función de superación? Al organizar los individuos en sociedad y fundar las instituciones necesarias para la convivencia, ¿no convendrá averiguar antes que todo—y resolver, por supuesto—la mejor manera de proceder de acuerdo con la realidad psicológica de los individuos, en vez de dirimir la situación con criterio de políticos dirigentes sin consideración de ninguna especie hacia los dirigidos?

Y parece que la respuesta se toma cada vez más afirmativa, frente a una realización, por lo menos, probable. Tal es el problema de nuestra época y en particular, el único que deben atacar decididamente las instituciones escolares, tratando de actualizarse para su mayor y mejor eficiencia.

La ciencia moderna comienza a revelar una escisión profunda: por un lado, la investigación del fenómeno físico-químico (que en última instancia tiende a la máquina y a ser grado de perfeccionamiento aún insospechado, pero que se presume superior a toda previsión) y por otro, las tentativas un tanto audaces, sujetas a enormes dificultades e insuperables errores, pero manifiestamente posibles, que tienden a dar base sólida a la psicología y a la moral.

Lo que parecía absolutamente imprevisible y caprichoso puede caer así bajo la ordenación reguladora e inteligente, a lo menos, en forma estadística. En otros tiempos, cuando aún no se vislumbraba la posibilidad de establecer una verdadera ciencia de la educación, es decir, un criterio racional que satisficiera las naturales exigencias de las generaciones nuevas, tanto en la pericia como en su fase adolescente, se respondía al magno problema de la organización escolar interrogando a los educadores experimentados o a los visionarios, prontos a diagnosticar todo cuanto se les solicite. No podía presumirse, ni en

forma remota, que, siendo el alumno el fenómeno esencial en el proceso de la educación, como lo son el hecho físico-químico o químico-biológico en el proceso del gran laboratorio que viene a ser la naturaleza, era a aquél a quien debía interrogarse exclusivamente, tratando de descubrir su verdadera esencia, sus leyes de evolución inevitable, sus recursos y meridianos fines, en vez de entregarse al trabajo ocioso de preguntarse de antemano por las condiciones y características de nuestra vida actual. No puede decirse, naturalmente, a priori, que en el futuro nuestro siglo marcará una época en la historia; pero hay muchas razones que parecen hablar en favor de esta presunción ya bastante difundida y explotada por los propagandistas entusiastas, ya sea de la crisis u ocaso de nuestra cultura, ya sea del comienzo de una vitalidad espiritual sobre la base del industrialismo contemporáneo. Lo que hay de verdad es que en el futuro se nos señalará por la atención inmensa prodigada al niño. Será el nuestro, posiblemente, el siglo de la psicología y de la moral, de la reivindicación de los verdaderos derechos del hombre, no como político o ente social abstracto en instituciones igualmente abstractas y ajenas al individuo, sino de los derechos espirituales, puestos de manifiesto por la búsqueda rigurosamente científica—y hasta donde es posible eliminar el error—de la verdadera e inalienable naturaleza humana.

Es de esperar que la libertad otorgada al individuo sea realmente la que le corresponde y necesite; que sus instintos encontrarán la debida satisfacción que requieren por razones naturales y con tanto derecho como otros que se atribuyen el exclusivismo y el monopolio, quizá en medida indebida y perjudicial; que su inteligencia no se excederá con los conocimientos que sobrepasan el límite de flexibilidad, eficiencia y salud; que sus sentimientos mismos encontrarán libre expansión cuando ellos marquen el ritmo de su psicología profunda o encarnen el verdadero sentido de la individualidad. Realmente, bajo este aspecto, vivimos un siglo de promesas halagadoras; y con alguien—cuyo nombre no recordamos—podemos lamentar no haber sido niños en esta época.

La investigación psicológica, que tiende a dar fundamento racional a la ética y a la educación, es la gran idea de la escuela nueva. Su realización va unida, seguramente, a las más elevadas aspiraciones de mejoramiento individual y equidad social. De aquí la enorme importancia que en nuestros días reviste la indagación psicológica de los niños y adolescentes, como la política de ensayos pedagógicos—encuestas, diagra-

mas de aptitud, estudios sobre la espontaneidad, etc.—que comienza a imponerse en todos los países con no menor urgencia que la construcción de caminos o la intensa propaganda a favor del incremento de la producción.

No es una posibilidad lejana y gratuita esperar a corto plazo la completa renovación de la escuela. El fenómeno se producirá, evidentemente, en forma evolutiva y con el tiempo necesario para una adaptación sólida y natural. Pero se producirá de raíz, porque la nueva fundamentación de la enseñanza sobre principios psicológicos experimentalmente obtenidos, afecta a los cimientos mismos de nuestras actuales instituciones escolares.

Nuestro país es muy joven y, seguramente, no ofrecerá la resistencia de tradiciones cristalizadas en conservantismos indestructibles y fieramente apegados a la rutina. El ambiente, por lo demás, se halla predispuesto a favor de las corrientes renovadoras y lo único que hace falta es la estimulación reiterada del esfuerzo individual para integrarlo en el grupo de los educadores y darle, en seguida, la realidad plena que con tanta justicia reclaman la escuela y el país.—ARTURO P I G A.

La sombra de Sandino

NUESTRA América devora a los que la sirven y sirve a los que la devoran. *Sirve a los que la devoran*, porque lejos de buscar derroteros que condigan con sus necesidades en la vida nacional, ya sea desde el punto de vista económico, ya desde el punto de vista ideológico, se ha dedicado hasta ahora a corear cuanto interesadamente le sugieren desde afuera, sirviendo en la guerra y en la paz los intereses de otros y colaborando con deudas, desórdenes y orientaciones erróneas en la obra de su propia sujeción al extranjero.

Devora a los que la sirven, porque no se puede citar el caso de ningún latino-americano que habiendo hecho algo fundamentalmente útil para su tierra y para su raza, no haya sido sacrificado, disminuido o eliminado, como si el fin supremo fuera acallar las voces disidentes para restablecer la cómoda unanimidad de la incuria, la politiquería y la abdicación.

Si se necesita una prueba, basta citar el caso de Sandino.

El escepticismo y el desgano con que el más ínfimo de nuestros tiranuelos se cree hoy autorizado a hablar del gran caudillo de la resistencia, confirma el abandono de los intereses durables en aras del individualismo, la novelería y la efímera ambición. Pasado el resplandor del relámpago, ya no necesitan los políticos contemporizar con la opinión; y cada cual corre ciegamente en pos de sus rencores o de su medro personal. Del destino colectivo, de la continuidad del grupo, de la preservación del porvenir, sólo se siguen ocupando los «poetas». Los «hombres de estado» carecen de tiempo para considerar detalles accesorios. Demasiadas preocupaciones tienen con los empréstitos, las concesiones a las compañías yanquis y las estatuas que se erigen a sí mismos.

Rara vez se habrá visto en la historia un caso en que una colectividad corra a su pérdida con tan sonriente precipitación. Ni de suicidio se puede hablar, porque el suicidio supone la voluntad de suprimirse, y en este caso no hay ni voluntad. Los que orientan la barca y sacan provecho de la situación se limitan a distraer la atención del público y a multiplicar los anestésicos. Mientras las muchedumbres se apasionan por un crimen romántico, por una querrela de frontera o por una proeza de aviadores, ellos se reparten el poder; y sigue el proceso de descomposición que debe llevarnos al sometimiento final.

Cuando Sandino me mandó desde las selvas segovianas el 1.º de Abril de 1928 un mensaje en el cual, al lado de la firma recia del luchador, se estampaba el sello significativo (un patriota fustigando al intruso), yo contesté con un llamamiento a la conciencia de nuestras repúblicas, que firmaron conmigo las asociaciones estudiantiles latino-americanas de Madrid, París, y Berlín y hasta los mismos estudiantes españoles, identificados en un ímpetu de solidaridad. Mi esfuerzo y el de todos se ahogó entre los silencios preparados por los dirigentes. En un momento en que parecían conmoverse todas las fibras sanas, se temió la resurrección de Lázaro. Una voz del pasado gritaba a nuestra América: «levántate y anda». Los políticos se coaligaron para impedirlo. Y nuestra América no se levantó.

Por eso podemos hacer hoy una comprobación amarga. Para inmolarse en la estéril guerra europea, que nada tenía que ver con nosotros, salieron de nuestros puertos millares de hombres que murieron sin razón bajo banderas extrañas. Para defender una causa propia y fundamental sólo hubo gestos aislados que la presión oportunista reprimió, confirmando la te-

sis de que no hemos salido del colonialismo y de que sólo nos conmovemos por los intereses de afuera.

Sandino tuvo que luchar no sólo contra el enemigo formidable sino contra el aislamiento y el silencio, contra la asfixia que se prepara alrededor de todo el que disiente, con ayuda de la noticia inexacta, la calumnia artera, el chiste envilecedor. Hasta que llegó la noticia triste, y esperada. Sandino desembarcó en La Unión en meses pasados procedente de Honduras.

Aunque se hizo todo lo posible para que su presencia pasase inadvertida —dice un diario centroamericano—, unos muchachos que presenciaban el desembarco regaron la nueva sensacional, y al poco rato frente al hotel Italia había una entusiasta multitud. Como esa multitud fuese en aumento, Sandino y sus acompañantes fueron reconcentrados a la Comandancia del Puerto y dos horas después, en tren expreso, despachados a San Salvador, de donde debían salir, quemando etapas, para México, único país donde pueden encontrar asilo.

El epílogo de la epopeya subraya la eterna antítesis. A pesar de las intrigas y las informaciones tendenciosas, los pueblos tienen la intuición de la verdad y siguen dispuestos a los entusiasmos sanos y reparadores. No así los dirigentes que, con excepciones raras, sólo atienden a practicar la diplomacia del pánico. Estoy lejos de predicar insensateces. Bien sabemos todos que el deber de los gobiernos era abstenerse como organismos oficiales. Pero, ¿por qué desplegaron los Presidentes de Guatemala, El Salvador y Honduras una actividad tan frenética para ahogar las aclamaciones de una juventud en el alma de la cual no se ha de cultivar el egoísmo sórdido, sino los entusiasmos por la Patria y el Ideal?

Más que por la acción de las fuerzas enemigas, Sandino fué vencido por la inacción, inconsciente o aviesa, de los núcleos directores de la América Latina. Pero el pueblo sabe que en la inevitable renovación de nuestras repúblicas, hay una América que se va y una América que viene. No importa, después de todo, que hoy pase el generoso paladín entre dos hileras de soldados. Su sombra se proyecta sobre los corazones jóvenes. Los hombres pueden desaparecer, pero el ideal queda. Y por encima de todos nosotros está la necesidad de vivir de un Continente, que ha de ser, al fin, interpretada por las generaciones nuevas.—MANUEL UGARTE.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

El cine debe ser mudo

NO hace mucho tiempo (1), al manifestar sus opiniones acerca del cine, dijo Pirandello:

El error fundamental de la cinematografía ha consistido en seguir, desde sus comienzos, un falso camino; el de la literatura (novela o drama). Debido a eso, se ha encontrado, forzosamente frente a una doble imposibilidad: la de reemplazar la palabra y la de desligarse de ella, lo cual ha acarreado un doble perjuicio: el de no poder encontrar, de esta manera, expresión propia, independiente de la palabra, y el que sufre la literatura que, reducida a simples imágenes, se ve disminuida en todos sus valores espirituales, que no son susceptibles de ser expresados sino por la escritura.

Cabe recordar que, en sus comienzos, el cine no tuvo otra trascendencia que la de un progreso alcanzado en materia de procedimientos fotográficos: un entretenimiento, utilizable como medio de constatación, cuya índole original, pura y simplemente mecánica, le señalaba límites, obligándolo a buscar un arte al cual aplicarse. Las modificaciones que en forma lenta y sucesiva se han introducido en la técnica, son las que nos han revelado las posibilidades de un arte nuevo; el perfeccionamiento del *make-up*, de la escenografía de interiores, las nuevas formas de trasmutación y superposición de escenas, han simplificado la visión de conjunto y acentuado los efectos de la mímica, con lo cual es posible prescindir, hoy día, de episodios suplementarios y de una gran cantidad de sub-títulos, que se hacen innecesarios por la eficacia que ha adquirido la representación, dentro de una sobriedad admirable. Con esto, el cine se ha orientado en una forma nueva y definitiva: de todos los elementos literarios que antes utilizaba, conserva solamente la exposición; las imágenes cerebrales han perdido su valor, acrecentándose el de las imágenes visuales, como medio de expresión directa y exacta de la vida, en la revelación de actos por medio de cuadros sintéticos, a grandes brochazos magistrales. Esta nueva condición, nos la revela, en toda su magnífica amplitud, su genio máximo: Charlie Chaplin.

(1) Véase *Monde*, 19 de Junio de 1929.

Existía un juego mecánico: el cine. Aparece Charlot: estamos en el séptimo arte (1).

Con sus estupendas expresiones, logradas sin esfuerzos aparentes, obteniendo en cada cuadro un desenlace inesperado, Chaplin produce en el espectador la impresión de una naturalidad perfecta, tal como si lo hubieran *filmado* mientras vivía.

Mientras él, con una mosca o una flor, hace reír a toda una sala, Buster Keaton necesita catástrofes continuas para despertar el regocijo (2).

Keaton está todavía muy ligado a la literatura; como la gran mayoría de actores que triunfan ante el público desde la pantalla, necesita de lo accesorio para producir efectos; y esto es debido, en gran parte, a la necesidad de popularidades que aseguren el éxito en gran escala, ya que la mayoría de los espectadores siguen buscando en el cine el simple entretenimiento, sin percibir sus cualidades como nuevo medio de expresión.

Como Charlot nunca subraya ninguno de los efectos que encuentra sin cesar, es apreciado en ellos por los espíritus rápidos solamente; mientras que la generalidad se contenta con sus caídas (3).

Esto explica el triunfo logrado—según el decir de diarios extranjeros—por el cine parlante, explotación del *hick* (4), al cual es aplicable el reproche que Paul Souday hacía al cinematógrafo de halagar el espíritu de las masas y rebajar las manifestaciones artísticas al nivel intelectual de la mayoría.

El cine verdaderamente artístico, en sus funciones de medio expresivo diverso de todos los que hasta ahora han sido conocidos, no tiene limitación en la carencia de sonidos. Por el contrario, alcanza su mayor altura en el silencio, concentrando toda la atención en las imágenes y sus expresiones.

El cinematógrafo ordena, compone, elabora a su modo los elementos de lo real, con objetos de extraer el valor expresivo y la significación simbólica, *que se dirige a la intuición*, cuyo campo es más vasto que el racional (5).

(1) Enrico Piceni.

(2) A. Levinsson.

(3) Cocteau.

(4) *Hick*, nombre con que los productores norteamericanos designan la gran masa de espectadores, compuesta—en Estados Unidos—por millones de seres «estandarizados».

(5) J. Pierrefeu.

El cine mudo es el verdadero arte nuevo y, en todo caso, encontraría complemento en el relieve de las figuras, que contribuiría a la creación de medias sombras, sintetizando, aún más, la mímica y comunicándole mayor eficacia.

Bernard Shaw—y con él todos los adversarios del cinematógrafo—creen las palabras superiores a las imágenes y la inteligencia verbal superior a la inteligencia visual. No es una idea absurda. Es cierto que nuestra civilización es, sobre todo, una civilización verbal: todo el orden humano está construído sobre cierto número de ficciones abstractas, a las cuales sólo un nombre da solidez. Suprimamos la palabra «Estados Unidos» y ¿qué queda de común entre un polaco de Nueva York y un italiano de San Francisco? Suprimid la palabra «Amor» ¿qué queda de común entre la princesa de Clèves y Adriana Mesurat? Puede decirse que, en muchos casos, la palabra crea el sentimiento y es natural preguntarse si la psicología de los personajes reducidos a los movimientos, a la acción, no sería necesariamente elemental. Para esta objeción respetable, se me ocurren dos contestaciones. Si las palabras han creado nuestra civilización es posible que también la comprometan. Cuanto más abstracto es el vocabulario, el lenguaje tiende a ser un juego que se aleja más de lo real. Un país unido, homogéneo, aparece dividido profundamente por querellas de partidos, que no son más que querellas verbales. Los espíritus están perturbados por problemas que sólo provocan términos mal definidos. En muchos casos, la vuelta a la imagen, al pensamiento visual señalaría el regreso a la razón (1).

Pero lo importante ahora no es establecer si el cine es mejor o peor que el teatro y la novela, ni discutir su mayor valor; sino constatar que, junto a la inteligencia verbal, existe otra inteligencia visual, distinta de aquella, con vida y elementos propios; esto es, que el cine ha encontrado una nueva forma de expresión. Sumar a los elementos cinematográficos algunos de los elementos que utiliza el teatro, es desnaturalizar esta nueva forma expresiva, obtener un producto híbrido. Pirandello señaló esta consecuencia, en la oportunidad antes citada, diciendo:

Dar la palabra al cine en forma mecánica, no constituye un remedio a su error fundamental. Con la palabra mecánica, el «film», muda expresión de imágenes e idiomas de apariencias, se destruye a sí mismo, para convertirse en simple copia fotográfica y artificial del teatro. Esta copia, necesariamente, siempre ha de ser mala y toda la ilusión de realidad se pierde por las siguientes razones: I, porque en el teatro la voz es viva, mientras que en el «film» nunca lo será. II, porque las imágenes no hablan se las ve solamente, y si ellas hablan, su voz está en contradicción con su calidad de sombras, lo que denuncia el mecanismo y turba como una cosa sobrenatural; III, porque las imágenes en el «film» se deslizan en los sitios en que este se representa: una casa, un vapor, un bosque, una montaña, una calle, un valle; es decir, siempre fuera de la sala donde se proyecta. Ahora, la voz es

(1) André Maurois.

oída en la sala misma y eso no puede dejar de producir un efecto muy desagradable por falta de calidad.

Yo sé perfectamente que a esto se le encontrado un paliativo colocando en primer plano las imágenes que hablan; pero ¿con qué resultados? Helos aquí: I, el cuadro escénico se pierde; II, la sucesión de las imágenes parlantes sobre la sábana fatiga los ojos y resta su eficacia a la escena dialogada; III, la perfecta constatación de que los labios de las imágenes que actúan en el primer plano se mueven en el vacío, porque su voz no les sale de la boca. Aún en el caso de que lograra el progreso técnico el más alto grado de perfección, el mal no será reparado, puesto que las imágenes, pese a todas las modificaciones, quedarán siempre como imágenes.

El cine parlante perfeccionado no logrará jamás matar al teatro; a lo sumo se matará a sí mismo. El teatro quedará siempre como su modelo original y viviente; y como todas las cosas vivas, siempre en movimiento; mientras que el cine parlante sólo será su copia estereotipada y artificial.

Mientras el cine ha permanecido mudo, comprensible a todo el mundo, por medio de sub-títulos, susceptibles de ser fácilmente traducidos a todos los idiomas, con su difusión internacional, con la afición particular que había formado para la visión silenciosa, era un competidor serio del teatro; y el peligro de este consistía en las posibilidades de que tratara de imitar a aquél. Pero ahora sucede lo contrario: es el cine que quiere llegar a ser teatro; y éste no tiene nada que temer. Además existe hoy la dificultad del idioma; los ojos, para ver, son los mismos en todas partes; pero el lenguaje es diferente. Cada pueblo tiene el suyo. El mercado internacional está, pues, perdido.

Esta falta de universalidad, y sus inconvenientes, ya la podemos apreciar en Chile. En las copias silenciosas de películas parlantes—que de algún tiempo a esta parte se están proyectando en nuestros teatros—se substituyen diálogos y voces por los consabidos sub-títulos, que esta vez se encargan de ir anunciándonos los gestos del actor, con lo cual destruyen todo efecto. Los argumentos, desmerecen, y en todo caso pierden eficacia por la profusión de explicaciones y la inutilidad de un ochenta por ciento de ellas. El actor que recita se preocupa de sus actitudes, sólo en cuanto ellas contribuyen a vigorizar la entonación de las palabras que pronuncia; de este modo, el cine parlante conduce a la pérdida de la expresión visual.

Los directores rusos ensayan actualmente una técnica nueva e interesante: procuran restar importancia a la *estrella*, despersonalizan la acción, de modo que ella alcance eficacia sólo en conjunto; lo cual ofrece, desde luego, dos ventajas inapreciables: la de una mayor fidelidad y exactitud en la reproducción de actos—que son reconstruidos con todas las pequeñas y aisladas circunstancias que contribuyen a su formación, intensidad y trascendencia—y la de ampliar el campo de influencia sobre la intuición. Ante el espectador desfilan representaciones leves, pequeñeces, insinuaciones, que se suman insensiblemente

en su ánimo y producen una resultante total, sin intervención de la literatura y sin la funesta concentración del argumento en la psiquis de un solo personaje, que alcanza así los límites de lo extraordinario.

El perfeccionamiento del arte cinematográfico se alcanzará por este medio, u otro semejante; pero no es de esperar del cine sonoro, que desvirtúa y destruye los efectos visuales dirigidos al campo intuitivo.—F. O R T Ú Z A R V I A L.

Cagliostro o el hombre inmortal

“**L**A vida—dice un personaje barojiano—no acaba nunca... siempre está al comienzo... y al fin.”
Muy cierto. Pocos son los hombres que dejan de esperar, por miserable y lastimosa que su existencia sea. Enfermos, décréptos, fracasados, luchan aún por prolongar sus días sobre la tierra y en el secreto de sus almas guardan la convicción de que aún se hallan al principio, de que aún tienen derecho a la esperanza....

Persiguiendo la inmortalidad, el hombre ha seguido un camino sinuoso que a cada instante atraviesa bosques de leyenda, tan espesos, que el que no tiene la vista educada para ello, lo ve perderse, desaparecer tras las fantásticas espesuras. En este camino tiene no obstante su historia, historia de personajes reales, con el apoyo de fechas, documentos y testimonios, como cualquier otra historia. Tiene además la novela que aparece iluminada de maravillosos sucesos. Pero ¿cuál es el límite que separa a la una de la otra?

Seguramente, pocos son los que pueden contestar a esta pregunta, porque la inmortalidad—o por lo menos la prolongación de unos pocos años sobre la vida corriente del hombre—no es aceptada con entusiasmo mientras no se intente por medios ocultistas o cabalísticos. La ciencia médica no ofrece elementos capaces de dominar la imaginación. Ello acarrea la bancarrota de las glándulas de mono preconizadas por Voronoff y los sistemas terapéuticos de que son apóstoles diversos científicos bajo la tentadora oferta: «Viva Ud. cien años.»

En cambio, la ciencia oculta, el arte mágico cuya actividad secreta aún se desarrolla en nuestros escépticos tiempos, proporciona procedimientos más sugestivos, más sensacionales que

los de la ciencia experimental y tiene, por lo tanto, mayor ascendiente sobre la imaginación. De ahí que la historia de los trabajos para obtener la inmortalidad, historia ligada estrechamente a las artes ocultas, sea tan confusa para los no iniciados y de ahí también que resulte para nosotros tan difícil señalar el límite que en ella separa la fantasía de la verdad.

La vida de José Bálamo, conocido por el nombre de Cagliostro, ha tenido numerosos historiadores y ha dado margen a extraordinarias fábulas. Según muchas gente, cree, Cagliostro vive en la actualidad, desarrollando su acción mágica; según muchos otros, este maravilloso personaje no fué sino un farsante que murió en la hora que el destino le señalara. De todos modos, él aparece como uno de los iniciados que más avanzó, en el camino de los grandes misterios.

Su nombre está unido al del Conde Saint Germain, otro personaje hermético que, al decir de algunos ocultistas es el propio Apolonio de Tyana. Este Conde de Saint Germain predijo, como Cagliostro, los sucesos de la revolución francesa y apareció en diversos períodos de la historia, actuando en un claro oscuro legendario. Claude Farrère ha escrito una hermosísima novela titulada *La Maison des Hommes Vivants* a propósito del Conde Saint Germain y de sus procedimientos para obtener la inmortalidad. Ahí se nos revela, con muy aceptable apariencia científica, el procedimiento de prolongar la vida humana por medio de la renovación voluntaria de las células, transfundiendo la fuerza vital de los seres jóvenes a los iniciados, que de esta suerte pueden mantener siempre sus cuerpos en perfecto vigor.

De los procedimientos usados por Cagliostro para este mismo fin existen detalladas informaciones en los libros ocultistas. Es fácil suponer que no difirieran mucho de los del misterioso Conde, que con tanta fortuna se pasea por las páginas novelescas de Farrère.

Para escribir estas notas sobre Cagliostro tenemos a la vista un venerable mamotreto impreso el año 1790 y el cual es un extracto del proceso formulado en Roma contra el mago. Hemos debido, sin embargo, completar nuestras informaciones con los escritos de numerosos especialistas, pues desde las primeras páginas del proceso se advierte una sanguinaria parcialidad. Nada se le concede al acusado. No obstante despréndese de sus hechos que el Conde era un hombre habilísimo, orador capaz de dominar públicos de los más exigentes, galán de afortunadas conquistas. El autor del libro que nos ocupa asegura que sólo se trata de un grosero farsante, sin más arte que

el de un «saltabanco». Sobre sus dotes de hombre de mundo y de conquistador he aquí un párrafo del extracto del proceso:

Podrá acaso sorprenderse alguno al ver cómo este hombre supo insinuar-se felizmente en el ánimo de las mujeres; quien lo ha visto y tratado podrá asegurar que jamás tuvo nada de apreciable en su exterior ni interior presencia. Es de baja estatura, de color verdinegro (sic), demasiado grueso, de ojos ceñudos, de una parla siciliana, mezclada con algunas palabras ultramontanas, que le hacen hablar un lenguaje casi hebreo, sin ninguno de aquellos adornos que son comunes en el mundo político; sin noticias, sin ciencias, y privado de todo resorte que pueda excitar amor hacia ellas. Un hombre, digamos, de tal clase, ¿cómo jamás, preguntará alguien, ha podido tener aceptación en las mujeres, y tal aceptación que separándolas de los sentimientos de la virtud, haya recibido de ellas una larga correspondencia y mercedes? Una sola solución de este fenómeno presenta el proceso y es que la dicha joven inglesa (una de las conquista de Cagliostro) era una figura brutísima y bastísima (sic); y también que las otras mujeres que él supo agregarse eran tan avanzadas en edad que nunca hubieran podido hallar correspondencia sino el tal Bálamo.

De esta manera el autor del libro a que nos referimos sigue al pie de la letra el espíritu del proceso, en el cual sólo se atendió a acumular sobre el reo la mayor cantidad de acusaciones, en su mayoría calumniosas. La Santa Inquisición tenía enorme interés en hacer perder su prestigio a José Bálamo y para ello publicó del proceso la parte conveniente a estos fines, destruyendo los documentos que contenían la defensa del acusado. Por lo común los juicios del Santo Oficio quedaban en la más absoluta reserva, pero el autor del extracto que nos ocupa explica en un prólogo que los miembros de la Santa Inquisición, con objeto de dar a conocer las maldades de Cagliostro, han pedido a la Soberana Pontificia Autoridad que se digne dispensar a este proceso de las leyes del inviolable secreto. Así se falseó la personalidad del mago en una versión caprichosa.

Nació José Bálamo en Palermo el 8 de Junio de 1743. Sus padres fueron Pedro Bálamo y Felisa Braconieri. Habiendo quedado huérfano a muy corta edad, unos tíos maternos lo tomaron bajo su protección y lo colocaron en el Seminario de San Roque de Palermo. Según parece, el pequeño Bálamo huyó del Seminario y entonces sus tíos lo pusieron bajo la custodia del Padre General de los Buenos Hermanos, el que lo llevó consigo al Convento de Calatagirona. El futuro mago vistió allí hábitos de novicio y fué puesto al cuidado de la botica del Convento donde aprendió rudimentos de química y medicina. En aquel entonces el novicio se distinguía por un carácter bastante alegre y travieso. Los monjes lo acusaron

de que durante las comidas, mientras leía libros santos, según se acostumbra en todas las comunidades, «leía, no lo que estaba impreso en el libro, sino lo que le dictaba su fantasía». Después de algún tiempo en que Bálamo permaneció en el Convento, regresó a Palermo donde se dedicó al dibujo y al manejo de las armas. El Santo Oficio le atribuye diversas fechorías durante esta época de su vida. Lo que a este respecto encontramos en el proceso nos parecen más bien calaveradas de un muchacho de buen humor y de carácter resuelto. Se le acusa también de haberse dedicado en este tiempo al ejercicio del sortilegio. Es de suponer que fué entonces cuando inició sus estudios de magia. En documentos de esa época se dice que estando un día José Bálamo en compañía de varios amigos, éstos quisieron saber en qué estaría ocupada en ese instante cierta dama. Bálamo trazó un cuadrado en tierra y pasando sobre él la mano con gestos cabalísticos hizo aparecer allí la imagen de la dama, que jugaba a las cartas con tres amigos. Al instante los que eso vieron se trasladaron al palacio de la señora donde pudieron comprobar la verdad de su visión.

Se alejó por fin de Palermo nuestro personaje y recorrió varias ciudades de Italia y de otros países. Por una copia del libro que contenía su defensa sabemos que en 1766 Bálamo se unió a un mago llamado Althotus, en compañía del cual vivió largo tiempo en Malta consagrado a la alquimia. Mario Roso de Luna asegura que por este tiempo el Conde Saint Germain lo inició en los misterios Rosa-Cruz. De Malta siguieron Bálamo y Althotus a Alejandría, donde continuaron sus trabajos dedicándose especialmente al estudio de las ciencias ocultas de los antiguos egipcios. De Alejandría pasaron a Rodas y de allí nuevamente a Malta, donde Althotus murió.

Continuó Bálamo en constantes viajes por diversos países europeos. Por esta época tuvo lugar su casamiento efectuado en Roma en la Parroquia de San Salvador del Campo. La novia llamábase Lorenza Feliciano y en el proceso se le atribuyen a Bálamo los más canallescros propósitos para con su esposa desde el comienzo de su matrimonio. Eliphaz Levi en su *Historia de la magia* dice a este respecto: «Lo que hizo sospechar que vendía a su mujer, fué que ella lo vendiera.» En efecto, Lorenza Feliciano traicionó al mago entregándolo a sus enemigos. En el proceso hallamos acusaciones que hacen aparecer a Bálamo como un explotador inicuo que aceptaba *un doblón de a cuatro* por cada una de sus infamias.

Siguieron los viajes de Bálamo y su esposa por Italia, Francia, Portugal, España, etc. En cada ciudad era recibido con

grandes honores, pues su fama de mago se había extendido rápidamente por toda Europa. En 1771 aparece por primera vez Bálamo en Londres. Allí lo vemos afiliado a la Masonería ordinaria en la cual introdujo un nuevo rito que llamó Rito Egipcio. A este respecto es útil anotar lo que dice Eliphas Levi:

Cagliostro era el agente de los Templarios, y así escribía en una circular dirigida a los francmasones de Londres, que había llegado la hora de poner mano a la obra de reconstruir el Templo del Eterno. Como los Templarios, Cagliostro se entregaba a las prácticas de la magia negra, y practicaba la ciencia funesta de las evocaciones; adivinaba el pasado y el presente, predecía el porvenir, realizaba curas maravillosas y pretendía fabricar oro. Había introducido en la Masonería un nuevo rito que llamaba Rito Egipcio, y ensayaba resucitar el culto misterioso de Isis. Y él mismo, poniéndose unas bandeletas alrededor de la cabeza y colocándose como las Esfinges de Tebas, procedía a ciertas solemnidades nocturnas, en estancias llenas de geroglíficos y antorchas. Tenía como sacerdotisas, jovencitas a las que llamaba palomas y que exaltaba hasta el éxtasis para hacerlas pronunciar oráculos por medio de la hidromancia, ya que el agua es un excelente conductor, un reflector poderoso y un medio muy refrigerante para la luz astral, como lo prueban las refracciones del mar y de las nubes.

Como se ve, Cagliostro era un continuador de Mesmer y había vuelto a hallar la clave de los fenómenos de mediomanía, y él mismo era un medium, es decir hombre de organización nerviosa excepcionalmente impresionable; unía a ello una gran sutileza y aplomo, y la exageración pública y, sobre todo, la imaginación de las mujeres, suplían el resto.

Eliphas Levi mantiene, según puede verse, cierta reserva con respecto a Cagliostro. Más adelante dice:

Este adepto no deja, sin embargo, de tener trascendencia en la historia de la magia; su sello es tan importante como el de Salomón y atestigua su iniciación en los más altos secretos de la ciencia. Este sello, explicado por las letras cabalísticas de los nombres de Acharat y Althotas, expresan los principales caracteres del gran arcano de la gran obra.

Desde el año 1771 José Bálamo, que había adoptado ya el título de Conde de Cagliostro, entra en un gran período de actividad para propagar por las diferentes naciones de Europa su secta masónica egipcia. En sus viajes disfruta de una gloria enorme. Fué acatado por los más grandes personajes de la época; repetidas veces se acercó a los tronos y recibió el homenaje de admiración de las sociedades más cultas del mundo. «Ego sum qui sum» respondía a los inoportunos que trataban de averiguar más de lo necesario, y esta respuesta, llena de desdeñosa ironía, resultó para el tribunal inquisidor, que más tarde debía condenarlo, una de las pruebas de la culpabilidad de su víctima.

La verdad es que Cagliostro no buscaba los halagos ni las

vanidades. Su personalidad ejercía enorme atracción sobre todos los espíritus, y tan pronto como se presentaba en una ciudad lo más escogido de ella se apresuraba a manifestarle su admiración y a rendirle los mejores homenajes. Sus retratos corrían de mano en mano, su efigie era estampada en los abanicos de las damas, en anillos y medallones. En los palacios más ilustres era fácil encontrar su busto con esta inscripción: «Divino Cagliostro.»

Adoptaba en sus trabajos masónicos y mágicos el título de Gran Copto y aseguraba haber vivido muchos siglos. Para llegar a esto último preconizaba la regeneración moral y la regeneración física, llevada a efecto mediante diversos preceptos cuya exposición sería larga y dificultosa. Sobre el particular puede consultarse la *Historia de la magia* de Eliphas Levi. Este autor opina que los preceptos de la regeneración moral y física de Cagliostro no constituyen sino una nueva preparación del «baño de inmortalidad» de los gnósticos mandrianos.

Acercas de las distintas encarnaciones de Cagliostro encontramos en Mario Roso de Luna lo siguiente:

El ocultista Franz Hartmann narra en *The Occult Review* que cierto día del año 1884 se hallaba en la India con la gran teósofa Helena Petrovna Blavatsky a quien pidió un retrato suyo. Ella entonces, sin decir palabra, le obsequió con un retrato de Cagliostro. Hartmann tuvo al punto la impresión de que este célebre personaje de la época enciclopedista y revolucionaria francesa fuese una de las anteriores existencias de la Maestra. Discrepando Annie Bessant del parecer de Hartmann, enseña que Helena Petrovna Blavatsky, en su vida anterior no fué Cagliostro sino Zumsky, otro discípulo de Saint Germain.

Mientras los iniciados discuten este complejo problema, continuaremos las notas biográficas del peregrino Conde.

En medio de sus mayores triunfos siempre estuvo amenazado por sus enemigos que permanecían atentos para mezclar al Conde en alguna intriga que diera por tierra con su popularidad. Fué así como en París se vió envuelto en el escándalo que dió a Alejandro Dumas el argumento de su novela *El collar de la reina*. Este asunto del collar costó a Cagliostro una larga prisión en la Bastilla y el destierro de Francia. Fuése a Londres y allí escribió su célebre *Carta al pueblo francés* en la cual predijo la revolución, asegurando que la Bastilla sería destruida y en su lugar se formaría un sitio de paseo.

Después de permanecer algún tiempo en Londres, Cagliostro continuó sus viajes difundiendo la secta egipcia. Sería necesario un conocimiento profundo de la ciencia oculta para

dar una idea de lo que esta secta pretendía y lograba. Si nos atuviéramos a lo expuesto en el proceso no haríamos, seguramente, otra cosa que difundir torcidas interpretaciones. Lo que se sabe positivamente es que Cagliostro en todas las ciudades, durante sus actos masónicos y también en reuniones de sociedad, efectuaba diferentes experiencias mágicas y adivinaba el porvenir. Para esto último se valía de una redoma llena de agua y de un niño o niña a quien llamaba Paloma. Este niño veía reflejado en el agua cuanto el Gran Copto deseaba averiguar. Con una experiencia de esta naturaleza convenció a una dama de Varsovia que se resistía a creer en el arte mágico de Cagliostro. Este le profetizó por medio de la Paloma tres acontecimientos de su vida que se realizaron exactamente de acuerdo con lo expresado por él. Como a veces se sospechaba que pudiera existir inteligencia entre la Paloma y Cagliostro, este pedía para sus experiencias niños que le fueran absolutamente desconocidos, a los cuales hacía profetizar los acontecimientos más difíciles de prever, como por ejemplo, el sexo de un futuro niño, el paradero de objetos robados, los actos que en ese mismo instante efectuaban personas que se hallaban a gran distancia.

Estos experimentos y las magníficas dotes personales que poseía Cagliostro para brillar y captarse las admiraciones, aumentaron cada día su fama. En Estrasburgo, por ejemplo, permaneció más de un año agasajado por la aristocracia de aquella ciudad. Al embarcarse en Bolonia para Inglaterra lo despidieron cerca de cinco mil personas que solicitaron su bendición. Tan pronto como llegó a Londres fué invitado a ocupar el lugar más prominente en la Logia Madre de la Masonería erigida en aquella ciudad. Los triunfos de Cagliostro durante sus permanencias en París están atestiguados por documentos que aún se conservan y en los cuales consta la veneración que le tributaban altas personalidades políticas e intelectuales.

De todos los experimentos de este mago, los que más han trascendido al público han sido las predicciones que hizo de la revolución francesa. En los salones parisienses más de una vez mostró por medio de la redoma y de la Paloma los futuros días del Terror. El medium, con los ojos fijos en el agua, iba detallando sus visiones, las cuales coincidieron más tarde exactamente con los hechos. Se asegura por personas que merecen absoluta fe que de este modo Cagliostro predijo la muerte en la guillotina de María Antonieta y Luis XVI.

Pero la buena estrella del mago se eclipsó un día. Tan grande como fué su gloria fué también su desgracia.

En Mayo de 1789 se trasladó el Conde a Roma y habitó durante algún tiempo una posada llamada Fonda de la Plaza de España. Allí continuó sus trabajos mágicos y masónicos que ya no habrían de prolongarse por mucho tiempo. Sus enemigos eran poderosos y su mujer pactó con sus enemigos. Acusado de masón y de brujo empezó a seguirsele un proceso en la Santa Inquisición. Cagliostro recibió más de un aviso del peligro que lo amenazaba, pero no quiso huir y ni siquiera destruyó sus papeles. Por fin el 27 de Diciembre de 1789 fué arrestado y conducido a la fortaleza del castillo de San Angelo.

Del proceso que se le siguió, el Santo Oficio dió a la publicidad lo que juzgó necesario para destruir el prestigio de Cagliostro. Todo lo que constituía su defensa fué destruido y se hizo aparecer al acusado como un hombre confundido por sus propios crímenes y que recurría a procedimientos infantiles para disculparse. En el extracto del proceso a que ya nos hemos referido, se dice que el reo tan pronto charlaba sin ton ni son como enmudecía estúpidamente; se dice también que confesó de plano todos los delitos de que se le acusaba y que en el curso de su defensa demostró una ignorancia y una falta de tino completas. La verdad, sin embargo, es muy distinta. Cagliostro apareció sereno y en perfecto dominio de su espíritu ante sus jueces; su inteligencia se conservó clara, su ánimo firme y su palabra fácil. Declaró ser católico y no haber ofendido jamás la religión; declaró asimismo honrar en el Papa al Jefe supremo de la jerarquía religiosa. Respondió en forma enigmática al ser interrogado sobre las ciencias ocultas y al objetársele que sus respuestas eran absurdas e incomprensibles respondió: «¿Cómo podéis saber que son absurdas si las encontráis incomprensibles?» Furiosos los jueces le preguntaron de pronto los nombres de los pecados capitales. Cagliostro nombró la lujuria, la avaricia, la envidia, la gula y la pereza. «Olvidáis—le dijeron—el orgullo y la cólera.» Entonces él contestó: «Perdonad, no los olvido, pero no los quería nombrar ante vosotros por temor a ofenderos.»

Finalmente Cagliostro fué condenado a muerte por personas que según se expresa en el extracto del proceso eran «personas llenas de mansedumbre y suavidad». El juicio definitivo estaba reservado al Papa Pío VI y el Santo Padre conmutóle la pena de muerte por la de cadena perpetua. Sobre las causas que provocaron esta conmutación corren diversas versiones. He aquí lo que dice Helena Petrovna Blavastky:

Cagliostro fué preso y condenado a muerte, pero entonces un extranjero misterioso fué al Vaticano y pidió una audiencia al Papa dando al Cardenal

Secretario, en lugar de su nombre, cierta palabra de paso, lo que le hizo ser conducido en el acto a la presencia del Pontífice quien «in continenti» conmutó la pena de muerte por la prisión perpetua en San León, lo cual se llevó a efecto en medio del mayor sigilo. A poco desapareció Cagliostro, pero en los registros de la prisión nada se lee acerca de su muerte, por lo cual se cree que huyera de allí y que, como adepto que ha triunfado ya de la muerte misma, continúa trabajando por la gran causa de la libertad y la iluminación del pensamiento.

La verdad es que el sigilo de que habla Helena Petrovna Blavastky, refiriéndose a la conmutación de la pena, no fué tan absoluto, pues en el extracto del proceso, publicado un año después, se inserta el documento por medio del cual el Papa conmutó la pena a Cagliostro. Nada se dice en este proceso del fin que tuvo el mago en su prisión.

Eliphas Levi, por su parte, expone lo siguiente:

Ya en la cárcel, Cagliostro pidió ser confesado y él mismo designó sacerdote: un hombre que tenía aproximadamente su mismo aspecto y talla. El confesor entró en la prisión y al poco tiempo se le vió salir; algunas horas más tarde el carcelero, al entrar en la prisión, halló en ella el cadáver de un hombre estrangulado; este cadáver desfigurado vestía las ropas de Cagliostro; al sacerdote no se le volvió a ver nunca.

Los amigos de lo maravilloso aseguran que el Gran Copto está actualmente en América y que es allí el pontífice supremo e invisible de los espíritus golpeadores.

Así, pues, puede preguntarse: ¿vive todavía Cagliostro? Seguramente en alguna Logia ocultista existe quien pueda contestar a esta pregunta con verdadera autoridad. Por nuestra parte, en estas notas biográficas, no hemos pretendido en ningún momento invadir con nuestra ignorancia el campo de los misterios que pertenece por completo a los iniciados.—S A L V A D O R R E Y E S.

La literatura de Mariano Latorre

LA literatura de Mariano Latorre, que ha perseguido el rostro de Chile y los chilenos en las cordilleras y en el mar, tiene ya la importancia de un testimonio cíclico sobre la raza. No hay en Chile ningún escritor de más hondo sentido nacionalista, y los libros publicados hasta ahora por Latorre constituyen un sostenido propósito de recoger esa enérgica, y frecuentemente desconocida, vida chi-

lena. En nuestras tierras americanas donde la obra literaria es floración ocasional y cada escritor se disuelve en impulsos, esta constancia de Latorre significa un hecho ejemplar. Sólo la seguridad en su programa alentó a Latorre en los años difíciles, y aún debió recogerse bajo la campana aisladora de su orgullo y su incontrastable designio artístico en un momento en que cierta estética desvitalizada negó la importancia del esfuerzo criollo y pareció preconizar más bien un "fácil extranjerismo en castigado estilo. Gente urbana, que necesita del diario paseo por las calles santiaguinas, no comprendía a este novelista que se perdía meses enteros del correveidile literario, y en el propio campo o el mar chilenos, haciendo la vida de sus personajes labriegos o marinos, gustando abruptos paisajes, distantes de toda ruta de usual turismo, documentaba sus libros.

Pero este problema de la chilenidad de su literatura, no lo ha resuelto Mariano Latorre con la sola documentación (con la libreta de apuntes y la kodak, como dió a entender algún crítico). No se llega a crear con la sola observación si los materiales no adquieren una como germinación nueva en la voluntad del artista y si no se acomodan en una técnica cabal. Este problema de la técnica—ya que a un hombre curioso, andáriego e imaginativo como Latorre nunca le faltó el tema—es el que ha tenido que resolver a través de sus últimos libros. Y por una de esas paradojas aparentes que contienen sin embargo una lógica profunda, Mariano Latorre, el más chileno de los escritores nacionales, es también el más acucioso e informado conocedor de la literatura novelística extranjera. Con Mariano Latorre penetran en la literatura chilena influencias que sin alterar la genuina chilenidad del ambiente y los personajes, aportan procedimientos y novedades de técnica. La influencia de las literaturas extranjeras en los escritores anteriores a Latorre, podría explicarse en esta fórmula aproximada: lenguaje español, construcción francesa y, a veces—como en algunos cuentos de Lillo, Maluenda y Santiván—, pasión eslava. En Latorre prevalecen más bien influencias inglesas y nórdicas. Los métodos de la literatura francesa—aunque bien conocidos y admirados por Latorre—no los considera los más recomendables para un país nuevo como Chile, donde la vida social y los grupos humanos no se presentan al observador en la clara estratificación secular de Francia. Nuestra vida americana carece de esa fijeza y continuidad. Y de aquí—por la similitud de problemas: lucha del hombre con la naturaleza aún no bien ocupada, destinos cambiantes, acción siempre des-

viada—el interés de Latorre por las literaturas nórdicas donde la lucha del hombre con los elementos irrumpe con mayor violencia, y por las literaturas de países nuevos o de colonización, como Canadá, Australia, Nueva Zelanda, En dichas literaturas halla el gran estudioso de su profesión que es Mariano Latorre la necesaria comparación y la experiencia del problema resuelto o la tentativa afortunada.

Así la obra de Latorre se nos presenta como un largo estudio y un sostenido esfuerzo por crear, con temas, hombres y paisajes de la tierra, una literatura peculiar. El novelista apartó de su ruta el engañoso miraje de otras novelas chilenas que pretendieron salvar la situación con el pequeño problema sociológico o la ejemplaridad ética, con el héroe de una pieza a quien se le acumulan virtudes y vicios a la medida, o con esa forzada convergencia de todos los personajes a Santiago, donde los rellenos que ofrecía la gran ciudad criolla, el pretencioso cuadro social y los ambientes que conoce todo el mundo, servían para vestir la desnudez de la creación.

En ese papel de descubridor de un Chile escondido en las altas cordilleras y los angostos valles a donde no llegan el tren ni nuestras pequeñas preocupaciones metropolitanas Mariano Latorre debió sufrir tropiezos y la crítica le anotó la minuciosidad un tanto morosa de su pupila, los largos trechos sin hombres, la curva pendiente—como una cuesta cordillerana—de sus descripciones.

Latorre contestaba a sus críticos diciendo que en la despoblada tierra americana el paisaje absorbe a los hombres. No se acomoda nuestra vida en la organizada colmena o disciplinado enjambre que nos presenta la literatura europea y en la más pequeña acción nuestra—en el roto que se traslada a trabajar de las agrícolas tierras del sur a las salitreras del norte—, se interponen kilómetros de contrario paisaje. Y en el campo chileno que cambiaba su originaria flora arborescente de quillayes, maitenes o litres—los árboles que conocieron a Lautaro—por el eucaliptus y el álamo importados, estudiaba Mariano Latorre, como en un documento, la obra transformadora de la civilización.

Pero las críticas dirigidas contra Latorre—aunque fueran incomprensivas— han contribuido a que el novelista ahonde en otros aspectos del problema y en su reciente libro *Chilenos del mar* nos presente una como nueva solución.

La técnica de *Chilenos de mar* sin duda es más ágil y moderna que la de los otros libros de Latorre. El paisaje queda apretado en rasgos más concisos y el demonio de la diversidad—

que parece uno de los rasgos psicológicos distintivos del chileno y en general del hispanoamericano—es como el *leit-motiv* de la obra. Mar diverso es el de Chile, dice Mariano Latorre en un efusivo prólogo lírico, y produce también hombres diversos. Esos rostros, esas actitudes que impone el mar de Chile a quienes son sus vasallos, están cantados en este libro como en un poema épico. Y se describe la barca del maulino o del chilote, porque él mismo la construyó y es parte de su persona. Un empleado burocrático de una polvosa oficina de Santiago—el finado Valdés—descubre en un viaje ocasional por mar, y cuando desciende en el puerto de Lota a las minas de carbón, un alma activa y profética que no habían consumido los papeles amarillos de sus expedientes. Con esas aventuras del Finado Valdés realiza Mariano Latorre uno de los cuentos de mayor precisión psicológica y más novedosa técnica que se hayan escrito en Chile. Una risa picante como la cebolla del chileno, una risa que rebota al ritmo de la barca maulina, contra las espumas del mar que incansablemente se siguen riendo, surge de ese cuento que llamaríamos rabelesiano si no fuera chilenísimo, «L'olor no más, On Benoist». Y así se juntan como para un viaje en el caleuche fantástico de los mares australes, el pequeño Cabinza de la cara pecosa y los ojos azules, su gato Maigo que es un fetiche de la costa, el piloto Oyarzo y el capitán Suárez, hombres de maniobras y de tempestades. El mar es sobre esos hombres-niños como Cabinza, o viejos como Oyarzo, el chilote, una voluntad plasmodora. Historias que suelen ir hacia atrás, que se entrecruzan en un ángulo del relato, por una curiosa técnica que se presta a la impresión cambiante del paisaje y las actitudes.

El regionalismo de otros libros de Latorre, estilizado y depurado en éste, llegando a la síntesis (como en ese retrato de Maldonado Silva, en el *Finado Valdés*, apenas insinuado y sin embargo profundamente expresivo) adquiere en *Chilenos del mar* una importancia más general y más puramente artística. Mucho podemos esperar de la renovación del novelista.—
MARIANO PICÓN-SALAS.

Problemas de la literatura alemana

(Conclusión)

DESDE el fin del siglo pasado los poetas alemanes empezaron poco a poco a desviarse de las ideas del naturalismo, pero no de manera que se abandonaran para siempre los caminos de este movimiento literario.

La conversión al neo-romanticismo se produjo por la obra juvenil de Ricarda Huch: *Blütezeit der Romantik (Florescencia del romanticismo)*. En este libro una mujer inteligente y sensible deplora el análisis y la crítica del hombre y su cultura, como los practica el naturalismo y glorifica el romanticismo del siglo XIX como la última gran síntesis cultural de todas las artes y ciencias alemanas. La poetisa rechaza la disección del hombre en un haz de impresiones, impulsos e influencias del ambiente, a los cuales está entregado sin salvación, y considera que es libre en alma y espíritu allí en la zona donde dominan las grandes potencias culturales: el arte, la filosofía y la religión pueden desarrollarse con plena libertad.

El nombre «neo-romanticismo» no debe inducir a considerar el nuevo movimiento como una copia del romanticismo pasado. Hay un gran número de críticos que rehusan aplicar esta designación específica a tendencias literarias tan distintas. Sin embargo, tal expresión se ha introducido durante el último tiempo en la mayoría de las obras literarias. El nuevo romanticismo sólo se comprende por su contraste con el naturalismo racionalista.

¿Cuáles son estos contrastes? El naturalismo prefería como asunto la vida en las grandes ciudades con sus problemas sociales, morales y sexuales. La nueva tendencia se separa de este «arte de asfalto». Un entusiasmo romántico se apoderó de la juventud que vagaba cantando en el estilo de Eichendorff (1) por los paisajes y redescubrió la «Heimat». El «lied» popular, esta expresión típica del romanticismo alemán, experimentó una resurrección. Nació un arte del terruño que trató las particularidades de las distintas comarcas y sus habitantes, sobre todo de los campesinos. De la objetividad propia de la época técnica salió para refugiarse en lo irracional, lo metafí-

(1) José, Barón de Eichendorff (1785-1857), poeta del «lied» romántico.

sico y lo simbólico: se creó una literatura mítica y mística. En este ambiente podrá reforzarse la religiosidad; un ideal panteísta se asoció extrañamente a la piedad católica. Por otra parte, el deseo de olvidar la realidad cotidiana produjo un renacimiento de la novela y de la balada históricas. En la lírica chocaban ya los atrevimientos en la expresión y en las figuras propias del lenguaje naturalista de que se sirvieron Lilencron y Dehmel. La solemnidad preciosista de Stefan George y de Rainer María Rilke recuerdan los himnos solemnes de Hölderlin y Novalis (1).

El enemigo más decidido del pesimismo pasivo, de la «teoría del ambiente» doctrinada por Zola, fué Nietzsche. Como los románticos, también consideró éste que el arte es hijo de la fantasía, la gran libertadora del hombre oprimido por la miseria de la vida. Opuso a la «superstición de las mayorías» el derecho del super-hombre al poderío; a la sumisión resignada bajo la imposición de las circunstancias opuso el combate contra la suerte enemiga; a la frialdad de la vida rutinaria, la embriaguez del entusiasmo; al culto de lo feo, el culto de lo bello. No exigía la libertad del hombre de bajos instintos que hay en cada uno de nosotros sino la perfección de nuestra humanidad más alta, la plenitud del alma animada por un santo anhelo, por el Eros, quien

en todo contacto con lo bello le da alas y lo levanta a los ideales eternos y puros de las cosas.

Así Nietzsche fué el verdadero vencedor del naturalismo.

La transición más evidente de este último movimiento hacia el neo-romanticismo se verificó en la poesía de Gerardo Hauptmann. Ya los títulos de sus dramas postreros muestran el cambio: *La ascensión de Juanita* (*Hanneles Himmelfahrt*), poema de ensueño; *La campana sumergida* (*Die versunkene Glocke*), y *Pippa está bailando* (*Und Pippa tanzt*), dramas inspirados en leyendas alemanas. El aspecto místico en la evolución de su arte aparece en la novela *Emanuel Quint, el loco en Cristo*. Este «buscador de Dios», figura típica del neo-romanticismo representa el extático místico, el fundador de una nueva religión, en cuyo espíritu luchan el sentimiento religioso y los instintos terrenales, hasta que vencido por estos últimos, muere al fin en la miseria.

La pintura naturalista de la vida urbana provocó la reacción

(1) Federico Hölderlin (1770-1843) y Federico von Hardenberg (1772-1801) que se llamaba, como poeta, Novalis. Ambos son autores de himnos.

de la «Heimatkunst». Este «arte del terruño» resultó de la convicción de que el paisaje que es algo material, ejerce influjo en el espíritu humano del cual se tenía también una concepción enteramente materialista. El heraldo de las nuevas ideas fué el alsaciano Federico Lienhard, el primero que combatió contra «el arte de asfalto»—expresión creada por él—, e hizo la pintura de su patria en sus *Viajes a los Vosgos (Wasganfahrten)*. En otras novelas y especialmente en *Oberlin*, su mejor obra, se revela toda la tragedia de este país fronterizo. También la mayoría de los otros territorios de origen alemán tienen sus poetas: así la Eifel y la Renania, en Clara Viebig, autora de las novelas *Hijos de la Eifel* y *La guardia en el Rhin*; el Norte, en Gustavo Frenssen y Timm Kröger; la Suiza, en Ernesto Zahn y J. C. Heer; la Estiria, en Pedro Rosegger.

El naturalismo rechazó la novela histórica por estimar que no es posible describir exactamente al hombre del tiempo pasado. Ya Gerardo Hauptmann, desentendiéndose de esta prevención compuso la novela *Florian Geyer* donde describe la revolución de los campesinos en la época de la reforma. Sin embargo, la tendencia que se manifiesta en la novela histórica moderna es distinta de la que aparece en Walter Scott y su imitador alemán Willibald Alexis. Las novelas de estos autores obtenían éxito por la exactitud del colorido local y el gusto por la anécdota histórica. Verdad es que si la nueva novela histórica también echa mano de los mismos recursos,

aspira por sobre esto a hacer resonar lo humano eterno; al mismo tiempo quiere oponer a la actualidad un entusiasmo heroico que parece haber muerto en los tiempos modernos y que se presenta más puro en épocas pasadas, o en el espejo del pasado quiere revelar los vicios y defectos, los errores y tendencias de la época moderna (Mahrholz).

Del gran número de novelas de esta clase son las más importantes: Ricarda Huch: *La gran guerra*, descripción admirablemente plástica de la guerra de treinta años; Max Brad: *El camino de Tycho Brahe a Dios*; Kolbenheyer: *La novela de Paracelsus* (en tres tomos); Erica von Handel-Mazetti: *Jesse y María*, novela de la contra-reforma en Austria, que cuenta la lucha entre el barón protestante racionalista y la mujer humilde que cree en milagros, y Eduardo Stucken: *Los dioses blancos*, novela barroca, llena de metafísica simbólica que describe el choque de los aztecas con los europeos.

La balada histórica encontró su representante más notable en Börries von Münchhausen. En sus colecciones *El corazón en la coraza* y *El estandarte*, el poeta aristocrático revela la vida

guerrera de la casta caballeresca de una manera muy expresiva. Está en los recursos artísticos bajo la influencia de Liliencron. También hay que citar a Lulu von Strauss und Torney y Agnes Miegel, poetisas de baladas de la gente humilde.

Lo característico del romanticismo consiste en «vagar por las lejanías» y en el amor por la naturaleza. Uno y otro rasgo los reúne Waldemar Bonsels en sus cuentos de animales. En las *Aventuras de la abeja Maya* y *Pueblo celeste* describe con ojo de naturalista y lenguaje de poeta los caracteres de los animales y sus pasiones de lucha y amor, y de esta descripción se levanta a una simpatía universal, a un profundo sentimiento panteísta y al mismo tiempo se burla finamente de las pasiones de los hombres, tan semejantes a las de los animales. Su *Viaje a la India* (1) es menos un diario de viaje que la impresión de una naturaleza sin convenciones, sin civilización ni mecanización de la vida. En todas estas obras resuena un himno a la fuerza creadora y a la bondad infinita de Dios.

La novela mística tiene su figura representativa en Hermann Stehr. El autor católico es «buscador de Dios» y los héroes de sus novelas lo son también. En la trilogía *El Dios sepultado*, *Tres noches* y *La granja santa* (*Der Heiligenhof*) domina la misma idea. Después de perder la fe en todo lo noble y bueno, el hombre marcha a través de la desgracia y el pecado hacia la purificación del alma. El milagro lo verifica en la última novela una niña ciega, en la cual se encarna el ideal de santidad propio de la mística medioeval.

Stefan George es el fenómeno más notable de la lírica neorromántica. Deplora la tendencia analítica del naturalismo, el culto de lo feo y del aspecto sombrío de la vida; los considera como perversiones y productos de decadencia. Se queja de la devastación y profanación de la lengua que se manifiestan en la exageración de la forma naturalista y pretende reformarla. Su lenguaje es selecto y solemne, de una oscuridad buscada de la expresión. Ni el asunto ni el sentido—según sus propias palabras—sino la forma decide el valor de la poesía. La eficacia reside en las calidades pictóricas y musicales de las palabras. La tendencia de sus obras es

dar a una nueva clase aristocrática una religión culta donde se reúnan elementos de la cultura greco-romana con impulsos cristiano-católicos y motivos místicos orientales, para oponerse al espíritu de la época racionalista analítica (Mahrholz).

(1) Véase la traducción de algunos capítulos en *Letras*, revista de arte y literatura, número 13, Septiembre 1929.

Sus obras maestras son *El tapiz de la vida* (*Der Teppich des Lebens*), *Canciones del sueño y de la muerte* (*Lieder von Traum und Tod*) y *El séptimo anillo* (*Der siebente Ring*). Más ilustrativa me parece, en lugar de explicaciones teóricas, la cita de algunos versos de Stefan George y de otros poetas de tendencia semejante:

Abend

Der Hügel, wo wir wandeln, liegt im Schatten,
indes der drüben noch im Lichte webt.
Der Mond auf seinen zarten grünen Matten
nur erst als kleine weisse Wolke schwebt.

Die Strassen weithin-deutend werden blasser;
den Wandrern bietet ein Gelispel halt.
Ist es vom Berg ein unsichtbares Wasser?
Ist es ein Vogel, der seim Schlaflied lallt?

Der Dunkelfalter zwei, die sich verfrühten,
verfolgen sich von Halm zu Halm im Scherz...
Der Rain bereitet aus Gesträuch und Blüten
den Duft des Abends für gedämpften Schmerz.

Stefan George.

(Noche

La colina donde vagamos yace en sombra, mientras más allá otra se perfila en la vaga claridad. La luna en su tierno prado verde comienza a levantarse como una nubecita blanca.

Los caminos que señalan la lejanía palidecen. Un murmullo hace detener al caminante.—¿Es un agua invisible que brota en las montañas? ¿Es un pájaro que balbuce su canción soñolienta?

Dos mariposas nocturnas que se anticiparon a la sombra se persiguen jugando de tallo en tallo. El foso prepara en sus malezas y flores el olor con que la noche suaviza el dolor reprimido.)

II

Die Beiden.

Sie trug den Becher in der Hand,
ihr Kinn und Mund glich seinem Rand.
So leicht und sicher war ihr Gang,
keim Tropfen aus dem Becher sprang.

So leicht und fest war seine Hand:
Er ritt auf einem jungen Pferde,
und mit nachlässiger Gebärde
erzwang er, dass es zitternd stand.

Jedoch, wenn er aus ihrer Hand
den leichten Becher nehmen sollte,

so war es beiden allzu schwer:
Denn beide bebten sie so sehr,
dass keine Hand die andre fand
und dunkler Wein am Boden rollte.

Hugo v. Hofmannsthal.

(Los dos)

Llevaba ella en la mano una copa a cuyo borde se parecían su barba y su boca. Tan seguro y leve era su paso que de la copa no saltó ninguna gota.

También la mano de él era firme y ágil. Montó él en un potro brioso, y con gesto indiferente lo refrenó de modo que el animal se detuvo temblando.

Sin embargo, cuando quiso él tomar la copa ligera de manos de ella, ambos la sintieron demasiado pesada, ambos se estremecieron tanto que las manos no pudieron encontrarse, y oscuro vino se derramó por la tierra.)

Das Abendmahl

Sie sind versammelt, Staunende Vertörte,
um ihn, der wie ein Weiser sich beschliesst,
und der sich fortnimmt, denen er gehörte,
und der an ihnen fremd vorüberfließt.
Die alte Einsamkeit kommt über ihn,
die ihn erzog zu seinem tiefen Handeln;
nun wird er wieder durch den Ölwald wandeln,
und die ihn lieben, werden vor ihm fliehn.

Er hat sie zu dem letzten Tisch entboten
und (wie sein Schuss die Vögel aus den Schoten
scheucht) scheucht er ihre Hände aus den Broten
mit seinem Wort: sie fliegen zu ihm her;
sie flattern bange durch die Tafelrunde
und suchen einen Ausgang. Aber er
ist überall wie eine Dämmerstunde.

Rainer Maria Rilke.

(La cena)

Llenos de asombro, se han reunido ellos, los azorados, en torno a El que se ensimisma como un sabio, que se hurta a quienes pertenecía y se desliza ante ellos como un extraño.

Lo envuelve la antigua Soledad, la que lo formó para su obra profunda. Ahora pasará de nuevo por el bosque de los Olivos y huirán de El aquéllos que le aman.

Los ha invitado a la Última Cena y así como un disparo espanta a los pájaros de las siembras, su palabra espanta de los panes a las manos de ellos que vuelan hacia El y que presas de terror revolotean por la mesa redonda y buscan una salida. Pero El está en todas partes como un crepúsculo.)

Alles habend

Alles habend, alles wissend seufzen sie:
 «Karges Leben» Drang und Hunger überall
 Fülle fehlt'»
 Speicher weiss ich über jeden Haus
 voll von Korn, das fliegt und neu sich häuft—
 Keiner nimmt....
 Keller unter jedem Haus, wo siegt
 und im Land verstrómt der Edelwein—
 Keiner trinkt....
 Tonnen puren Goldes verstreut im Staub:
 Volk in Lumpen streift es mit dem Saum—
 Keiner sieht.

Stefan George.

(Teniéndolo todo)

Teniéndolo todo, sabiéndolo todo, suspiran: «¡Vida mezquina! ¡Pena y hambre por todas partes! ¡Falta la abundancia!» Veo en todas las casas graneros llenos de trigo que vuela y se amontona de nuevo:—Ninguno lo toma.... —Bodegas bajo todas las casas donde se pierde y se derrama por todas partes el vino noble:—Ninguno lo bebe.... —Toneles de oro puro esparcidos por el polvo; El pueblo lo toca con el borde de sus harapos:—Ninguno lo ve.)

* * *

El movimiento literario más discutido es el expresionismo. La estrechez del espacio que está a mi disposición me obliga a limitarme a los apuntes más reducidos.

El término expresionismo resulta de la interpretación que hacen algunos en el sentido de que el arte es expresión y no representación. Se quiere expresar los hechos psicológicos no simbólicamente, sino inmediatamente. Lo más característico del expresionismo consiste en el estilo lingüístico: se quiere simplificar la oración. Como una reacción contra el lenguaje complicado de la gente civilizada, se imita la fraseología balbuciente de los pueblos primitivos, tendencia que en su exageración resultó sin duda alguna un extravío completo. Lo mismo que el naturalismo, busca representar en general no lo individual, sino lo genérico. La indicación de los personajes en los dramas registra a veces tan sólo designaciones de grupos, tales como padre, hijo, niño, hombre, mujer. El naturalismo se limitó a una crítica de las situaciones sociales. El expresionismo provoca a rebelarse contra la sujeción del espíritu y del alma bajo la fuerza de la mecanización. Por eso el expresionismo se convirtió en un movimiento político. El impulso más fuerte, en el sentido político, lo recibió el expresionismo en la gran guerra. La aniquilación insensata de la noble humanidad por la máqui-

na insensible hizo entrar a un gran número de poetas representantes del expresionismo en las filas de los pacifistas y antimilitaristas. Y a veces también de los comunistas.

En manera semejante a la de su hermano Tomás, Enrique Mann pinta en su novela *La duquesa de Assy* la sociedad decadente que está ya en plena agonía. Según otras obras del mismo autor, la salvación de la cultura europea puede verificarse sólo por una mezcla de las razas germánica y romana, del ingenio del hombre septentrional y de la vivacidad del hombre meridional. Sus novelas y cuentos son muestras de un estilo fino y claro. ¡Qué lástima que al fin el autor se deje seducir demasiado de sus tendencias políticas! Su novela *El súbdito*, aún cuando contiene algo de verdad, es en el fondo un panfleto contra la clase que dominaba antes de la guerra.

La tragedia de la civilización moderna, la opresión del espíritu y del alma por la mecanización es objeto del drama principal de Jorge Kaiser, *Gas*. Allí se presentan en oposición ingenieros, obreros, patronos y explotados, en un lenguaje sumamente cortado (1).

Contra la degradación del hombre por la máquina combate también el talento más fuerte del expresionismo, Ernesto Toller, en sus obras dramáticas *La masa hombre* y *Asaltadores de máquinas*, episodio del movimiento de los cartistas ingleses. En contraste con los otros poetas de esta época, Toller es comunista y revolucionario activo, y después de la revolución fracasada de los bolcheviques en Baviera, sufrió varios años de prisión. En su obra *El Hinkemann alemán*, tragedia de un proletario castrado en la guerra por una bala enemiga, palpita una gran emoción.

Toller es judío, perteneciente a una raza bien dispuesta al radicalismo y pacifismo. Muy al contrario, Fritz von Unruh es descendiente de alta aristocracia, oficial de caballería que comenzó su carrera literaria con poesías naturalistas que están por completo bajo la influencia de su profesión, como sus *Oficiales* y *El príncipe Luis Fernando*. El horror de la guerra lo convirtió en un pacifista y demócrata fanático. En la primera parte de una trilogía que ha quedado trunca, llamada *Un género* (*Ein Geschlecht*), el género humano hace la guerra contra la guerra, contra la enemistad entre los prójimos y el «manto purpúreo del poder». En *El puesto* (*Platz*), segunda parte de esta trilogía, el poeta combate el deseo de dominar que lanza a

(1) Una traducción española de esta obra fue publicada hace poco en la *Revista de Occidente* de Madrid. (N. de la R.)

los pueblos uno contra otro después que logran conquistar el puesto que antes ocupaban los soberanos.

En la serie de las obras que hacen propaganda a favor de la proscripción de la guerra y la paz mundial se encuentra también el libro que, en estos días, ha tenido el más grande de los éxitos: *Sin novedad en el frente occidental*, por Erich María Remarque.

* * *

El propósito del estudio que antecede, cual es descubrir ante los ojos de un público extranjero el camino que siguen las ideas en la literatura alemana moderna, resulta también la imperfección de él; varios poetas de importancia no pudieron mencionarse, porque sus obras están fuera de las grandes líneas del desarrollo literario; como Frank Wedekind, representante de un concepto muy individual de los problemas eróticos.

El alemán entendido que vive en este país hospitalario lamenta mucho que los exponentes de la vida espiritual alemana, a pesar de los estrechos vínculos culturales que juntan a las dos naciones amigas, sean casi completamente desconocidos en Chile, tal vez por culpa de los mismos alemanes. En vano se buscan las obras de los historiadores contemporáneos alemanes en traducción castellana, a pesar de que la historiografía alemana vive actualmente en una segunda época de florecencia. En vano también se buscan las obras maestras de la poesía contemporánea en las librerías, las cuales, con escasas excepciones, tienen sólo novelas alemanas de carácter ligero en traducción castellana. Ojalá que este humilde ensayo contribuya en algo a dar a conocer los problemas que mueven no sólo la literatura, sino también toda la vida intelectual del pueblo alemán.—DR. PAUL ANGERSTEIN.

NOTAS Y DOCUMENTOS

Actividades universitarias

LA EXTENSIÓN UNIVERSITARIA EN 1929

Pocas veces ha cumplido a la Universidad de Concepción desarrollar una labor de extensión cultural tan variada e intensa como la realizada en el presente año. Por iniciativa del departamento respectivo pudo la Institución ofrecer al público dos excelentes conferencias del notable escritor y filósofo Conde Herman Keyserling. Bastaría la sola visita a Concepción del autor del *Diario de viaje de un filósofo* y *El mundo que nace* para poner de manifiesto las grandes ventajas que este aspecto de las actividades universitarias significan en favor del incremento de la cultura nacional. La asistencia de numerosísimo público a las disertaciones de Keyserling como a las de-

más que el Departamento de Extensión ha auspiciado, es un indicio seguro de que la influencia de la Universidad se deja sentir vivamente no sólo en el reducido espacio de sus aulas cuando ejercita su acción en el sentido de cumplir con la función docente, sino también en el tono general de la cultura en cuanto lleva hasta el seno de la sociedad a que sirve nuevas inquietudes y nuevas ideas.

A la eficacia y prestigio de la labor de la Extensión Universitaria han contribuido este año de manera muy especial tres distinguidos profesores de la Universidad de Chile: los señores doctor don Carlos Charlín, don Ramón Salas Edwards y Dr. don Eduardo Cruz Coke, cuyas conferencias—a más de su notable valor intrínseco—representan la realización en parte del deseo muy sentido de establecer mayores

vínculos espirituales entre los establecimientos de Educación Superior del país. Persiguiendo este mismo objetivo dió don Enrique Molina en la Universidad de Chile un ciclo de tres conferencias que repitió en la Universidad de Concepción, y don Luis David Cruz Ocampo ha disertado en la Universidad Católica acerca de las características del Arte Moderno.

Han sido asimismo cooperadores muy importantes en este trabajo de nuestro Instituto el Dr. Walter Knoche, Gerente del Instituto «Sanitas» de Santiago, y el Dr. Rodolfo Krauss, Director del Instituto Bacteriológico de Chile.

Ofrecemos a continuación una lista de las conferencias de Extensión Universitarias dadas en 1929:

Dr. Rudolph Krauss:

«El estado actual de la etiología, profilaxis y terapéutica de la escarlatina».—Viernes 31 de Mayo.

«Trasmisiones de las enfermedades infecciosas». —28 de Mayo.

«Métodos modernos como se propagan, evitan y combaten las epidemias».—29 de Mayo.

«La vacunación contra la tuberculosis con el B. C. G. de Calmette Guérin».—Sábado 1.º de Junio.

Dr. Walter Knoche.

«Consideraciones antropo-

geográficas».—Sábado 3 de Agosto.

Conde Herman Keyserling.

«Del simbolismo de la Historia».—Viernes 13 de Septiembre.

«Pueblos viejos y pueblos nuevos».—Sábado 14 de Septiembre.

Dr. Alcibiades Santa Cruz.

«Propiedades medicinales de algunas plantas chilenas».—Lunes 7 de Octubre.

Dr. Carlos Charlín.

«Estudio psicológico sobre Napoleón Bonaparte».—Miércoles 9 de Octubre.

«El tumor y el pseudo-tumor cerebral».—Jueves 10 de Octubre.

Don Ramón Salas Edwards.

«La teoría de la relatividad».—Jueves 10 de Octubre.

Dr. Eduardo Cruz Coke.

«Expresión y caracteres».—Viernes 11 de Octubre.

«Análisis fisio-patológico de las secreciones gastro-intestinales».—Miércoles 9 de Oct.

Don Tomás Mora Pineda.

«Los regentes farmacéuticos ante la ley de empleados particulares».—21 de Octubre.

Don Enrique Molina.

«El sentido de la vida y la idea de progreso».—Martes 12 de Noviembre.

«Causas y caracteres del progreso».—Jueves 14 de Noviembre.

«Contenido espiritual del progreso».—Viernes 15 de Noviembre.

Revistas recibidas en canje por Atenea en septiembre y octubre de 1929.

- A. B. C.*—Diario Ilustrado. Madrid. X-29. Núm. 8354.
- Acción Universitaria.*—Publicación mensual. Buenos Aires. IX-29. Núm. 18.
- Amauta.*—Revista mensual de Doctrina, Literatura, Arte, Polémica. Lima. Perú. VII-VIII. Núm. 25.
- América.*—Revista del Consulado General Argentino. Valparaíso. IX-29. Núm. 2.
- América.*—Revista de Cultura Hispánica. Quito-Ecuador. VI-29. Núm. 27.
- Anales de la Universidad de Chile.*—Artículos Científicos y Literarios. Santiago. 2.º Trimestre.
- Archipiélago.*—Boletín de la Institución Hispano-Cubana de Cultura de Oriente. Santiago de Cuba. 31 VII-29. Núm. 14.
- Ariel.*—Publicación bi-mensual. Habana. III-VI-29. Núm. 2.
- Boletín Mensual del Banco Central de Chile.*—Santiago. IX-29. Núm. 21.
- Boletín Oficial de la Secretaría General de Relaciones Exteriores.*—México, D. F. VI-29. Núm. 6.
- Boletín de la Dirección Gnl. de Protección de Menores.*—Boletín Trimestral. Santiago. X-29. Núm. 2.
- Boletín mensual de la Contraloría Gnl. de la República.*—Santiago. VI-29. Núm. 6.
- Boletín Farmacéutico.*—Organo Oficial de la Asociación de Farmacéuticos de Chile. Santiago. IV-V-29. Núm. 4-5.
- Boletín de la Sociedad de Fomento Fabril.*—Santiago de Chile. IX-29. Núm. 9.
- Boletín Minero de la Sociedad Nacional de Minería.* Santiago. IV-29. Núm. 360.
- Caminos y Turismos.*—Organo Oficial de la Asociación de Automovilistas. Valparaíso. IX-29. Núm. 76.
- Chile.*—Organo Nacional. Santiago. 29. Núm. 54.
- Chile.*—Revista Mensual. Barcelona. VIII-29. Núm. 39.
- Chile.*—Organe mensuel des interêts franco-chiliens. Paris. III-IV-V. Núms. 10-11-12.
- Chile.*—A monthly Survey of Chilean Affairs. New York. X-29 41.
- Comuna y Hogar.*—Organo de las Municipalidades de Chile. Santiago. X-29. Núm. 4.
- Contabilidad y Finanzas.*—Revista Mensual. La Habana. Cuba. VII-29. Núm. 7.
- Contemporáneos.*—Revista mexicana de cultura. México, D. F. VIII-29. Núm. 15.
- Criterio.*—Revista Mensual. B. Aires. X-29. Núm. 87.
- Cruz del Sur (La).*—Revista de Artes y Letras. Montevideo. VI-VII-29. Núm. 24.
- Disonancias.*—Revista Musical. B. Aires. IX-29. Núm. 19.
- Elevación.*—Organo Oficial de Ligas Juveniles Evangélicas. B. Aires. VIII-29. Núm. 30.
- Estadística Chilena.*—Publicación Oficial de la Dirección Gnl. de Estadística. Santiago. VII-29. Núm. 7.
- Folha Academica.*—Publicação semanal. Ciencias Naturales, Ciencias e Letras. Río de Janeiro. IX-29. Núms. 33-34.
- Ideario Argentino.*—Revista Mensual. B. Aires. X-29. Núm. 3.
- Indice.*—Mensuario de Historia, Literatura, Arte y Ciencia. San Juan de Puerto Rico. IX-29. Núm. 6.
- Jurisprudencia Uruguaya.*—Revista Mensual. Montevideo. VI-29. Número 12.
- L'en dehors.*—Periódico bi-mensual. Saint-Joseph. Orléans. VIII-29. Núm. 165.
- Literatura Argentina.*—Revista Bibliográfica. B. Aires. IX-29. Núm. 13.
- Mercure de France.*—Directeur: Alfred Vallete. París. IX-29. Núm. 749.
- Monitor de la Educación.*—Organo de Consejo Nacional de Educación. Buenos Aires. IX-29. Núm. 681.

- Mundo Ideal*.—Santiago de Chile. IX-29. Núm. 5.
- Mundo Uruguayo*.—Montevideo. X 29. Núm. 564.
- Perú*.—Revista mensual ilustrada.—Director Gerente: Pedro M. Estomp. Guayaquil. IX-29. Núm. 6.
- Rapport Epidémiologique*.—Mensual de la Section d'Hygiène du Secrétariat. Gênevè. VI-29. Núm. 6.
- Repertorio Americano*.—Semanario de Cultura Hispánica. San José. Costa Rica. IX-29. Núm. 12.
- Renacimiento*.—Organo de la Sección Bienestar de la Escuela de Artes y Oficios. Santiago. VIII-29. Núm. 32.
- Renovación*.—Organo de la Unión Latino-Americana. Buenos Aires. IX 29. Núm. 79.
- Revista de Agronomía y Veterinaria*.—Publicación bi-mensual. Organo de las escuelas de Agronomía y Veterinaria. Santiago. IX-X-29. Núm. 2.
1929. *Revista de Avance*. La Habana. Cuba. VIII-29. Núm. 37.
- Revista de Carabineros de Chile*.—Organo Oficial. Santiago. IX-29. Núm. 26.
- Revista Chilena*.—Diplomacia-Política-Historia-Arte-Letras.—Director: Félix Nieto del Río. Santiago. VIII-29. Núm. 37.
- Revista de las Españas*.—Publicado por la Unión Ibero-Americana. Madrid. V-29. Núm. 33.
- Revista Española de Estudios Bíblicos*.—(Con licencia eclesiástica.) Málaga. 1929. Núm. 30.
- Revista de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales*.—Publicación Trimestral. Buenos Aires. IV-VI-29. Núm. 27.
- Revista Internacional de Cinema Educativo*.—Publicación Mensual. Roma. IX-29. Núm. 3.
- Revista «La Nueva Era»*.—Organo de la Asociación de la Educación. Valparaíso. VI-29. Núm. 11.
- Revista Universitaria*.—Publicación mensual de la Universidad Católica de Chile. Santiago. IX-29. Núm. 8.
- Revue Hebdomadaire*.—Directeur: François Le Grix. Paris. IX-29. Núm. 36.
- Revue Universelle*.—Directeur: Jacques Bainville. Paris. IX-29. Núm. 11.
- Sembrador (El)*.—Organo de la Secretaría de Educación Pública. México, D. F. VIII-29. Núm. 8.
- Sierra (La)*.—Organo de la Juventud Renovadora Andina. Lima. 1929. Núm. 29.
- Universidad*.—Director: Germán Arciniegas. Bogotá. VIII-29. Núm. 149.
- Vida Literaria (La)*.—Periódico Quincenal.—Director: Enrique Espinoza. B. Aires. IX-29. Núm. 14

LOS LIBROS

NOVELA

SIN NOVEDAD EN EL FRENTE, por
Erich María Remarque.

Poderosamente original, esta novela borra el recuerdo de las obras semejantes; les lanza una granada y las mata. Parece que nunca hubiéramos leído descripciones de la guerra; o que los demás hubieran descrito y éste nos llevara al campo mismo y nos metiera entre el fuego y en el cuerpo de los combatientes. No se sabe si está al comienzo o al fin del arte, ni si tiene simpatía por los alemanes o por los franceses. Se sabe que horroriza. Nada más. No porque el autor trate de horrorizarnos. No: por su cerebro están pasando las cosas que sucedieron y más bien procura atenuarlas, mostrar algunos aspectos menos espantosos. Aprieta los labios, aguanta y se permite sonreír. Hay gran cantidad de chanzas, bromas y juegos de toda especie. No crean Uds. que los soldados lo pasan tan mal frente a las ametralla-

doras. Con el estómago «repleto de alubias y carne de vaca» uno puede sentir perfectamente el goce de vivir, sobre todo cuando ha muerto la mitad de la compañía y el furriel reparte entre ochenta soldados raciones destinadas a ciento cincuenta. Como banquete, es un banquete. Tenemos dieciocho años, hemos salido del colegio y estamos a nueve kilómetros de la línea enemiga. Vamos aprendiendo poco a poco esta nueva manera de vivir, sobre las armas, dentro del uniforme, ceñidos por la disciplina:

Durante diez semanas aprendimos la instrucción y en ese tiempo sufrimos una transformación más profunda que en los diez años de colegio. Supimos entonces que un botón bien limpio tiene más importancia que cuatro volúmenes de Schopenhauer. Primero sorprendidos; luego exasperados; finalmente indiferentes, comprendimos que lo esencial no parecía ser el espíritu sino el cepillo de las botas. No la idea, sino el sistema. No la libertad, sino la disciplina. Con entusiasmo y buena voluntad nos hicimos soldados; pero todo se juntó para expulsar eso de nosotros. A las tres semanas ya ha-

llábamos comprensible que una manga con galones tuviese sobre nosotros más poder que antes tuvieron nuestros padres y todos los núcleos de cultura, desde Platón hasta Goethe inclusive....

Suelen brotar tipos odiosos, como el tal Himmelstoss, que nos obliga a hacerle catorce veces la cama, antes de darse por satisfecho, que nos hace fregar el suelo de nuestra sección con un cepillo de dientes y goza humillándonos de mil maneras; pero también le llega su turno y no faltará ocasión de tomar excelente desquite. Triste suerte la del pobre Kemmerich que ha perdido una pierna y cree que podrá seguir usando sus magníficas botas de cuero inglés; y lamentable la codicia sin disimulo con que Müller, por lo demás, buen muchacho, codicia esas botas y espera por minutos la muerte del camarada; pero todo esto se apaga cuando empieza la música del frente, se levantan los cohetes luminosos para apuntar en la noche y llueven las granadas sobre las trincheras. Y luego, somos unos niños:

Me miro las botas. Son grandes y estrafalarias y el pantalón está sujeto por ellas. Tiene uno cierto aspecto de robustez y gordura metido en estos tubos. Pero cuando vamos a bañarnos, volvemos, ya desnudos, a tener, de pronto, piernas enjutas, hombros enjutas. Entonces ya no somos soldados, somos casi unos rapaces. Nadie creería que pudiésemos llevar mochila. Es un raro instante este de vernos desnudos. . . . Francisco Kemmerich, al bañarse, era pequeño y menudo como un niño. Y ahora está ahí, tendido. ¿Por qué?, pregunto yo. Debería uno hacer desfilar al mundo entero ante esta cama y decirle: «Este es Francisco Kemmerich, de diecinueve años de edad. No quiere morir. ¡No le dejéis morir!»

Al fin, Müller consigue las botas. La guerra sigue. Ya estamos en el frente mismo, bajo el tableteo de los disparos. Nos faltarían a veces las provisiones si no tuviéramos de camarada a Katczinsky, hábil para olfatear un ganso a veinte kilómetros y que descubriría pan fresco en el Sahara. Y que enseña a los reclutas el ruido de los diversos proyectiles y el modo más eficaz de hurtarles el cuerpo; porque todo requiere su arte. Así se aprende el valor maternal de la tierra:

Para nadie es la tierra tanto como para el soldado. Si el soldado se abraza a ella largo tiempo, fuertemente; si hinca en la tierra hondamente su cara, sus miembros, transidos del pánico que inspira el fuego, entonces la tierra es su único amigo, su hermano, su madre. El soldado encierra sus gritos y su miedo en el corazón de aquel silencio, en aquel recinto acogedor. La tierra abraza al soldado y lo devuelve luego para que viva y avance otros diez segundos. Y vuelve a recogerlo, a veces, para siempre.

Todas las máscaras caen delante de la muerte y el niño disfrazado de hombre vuelve a la infancia. Silban las granadas. Un recluta rubio tiene miedo. Se le ha caído el casco. El amigo lo agarra y quiere ponérselo: el muchacho lo mira, tira el casco y mete la cabeza bajo el brazo del otro, junto a su pecho, temblando. Le sucede una desgracia lamentable e infantil; pero nadie reirá, porque la muerte está pasando su sábana de fuego sobre todas las cabezas y el recluta rubio pronto ya no podrá ruborizarse de nada. En el vago avance sin rumbo, buscando hoyos, ligeras depresiones, para protegerse, la compañía da en un cementerio y durante horas los vivos escapan

de la muerte en el fondo de las tumbas, atronadas por el cañón, detrás de ataúdes y cadáveres, felices de que un difunto les caiga encima y reciba los cascos de granada. Cuestión de suerte. El soldado vive suspendido del azar, en pleno milagro.

Hace unos meses estaba yo sentado en un refugio subterráneo, jugando a la baraja. Un rato después me levanté para visitar a unos amigos, en otro subterráneo. Cuando volví no quedaba nada del primer refugio, destrozado completamente por un proyectil de gran calibre. Me volví al otro y llegué a tiempo para desenterrarlo. En aquel intervalo, una explosión había desmoronado su entrada.

El destino guía las balas, que no son el azote más temible. Hay el hambre, el alimento malo y las ratas que se comen el pan, las ratas hambrientas que andan por la cara de uno y lo despiertan, algunas singularmente repugnantes por su tamaño:

Es la especie que llaman *ratas de cadáver*. Tienen una horrible facha de cara maliciosa, desnuda; se marea uno al ver aquellas largas colas sin pelo.

Hay que aprender a destruirlas, como se aprenden tantas cosas en la guerra. Por ejemplo, la proximidad de las ofensivas. Se revela, a veces, en la mejor calidad y la mayor cantidad de las raciones. Otras en un signo pasajero: un alto de ataúdes recién contruidos, apilados junto a un muro, blancos, sin pulimentar, olientes a resina y a pino. Con la práctica, se puede hasta criticar el uso de las armas, observar la diferencia de su eficacia, comparar la bayoneta con la pala:

Realmente, la bayoneta ha perdido su importancia. En los ataques, suele ya ser de moda salir sólo con palas y granadas de mano. La pala afilada es un arma más ligera y de muchas más aplicaciones. No sólo se puede empujar con ella por debajo de la barba, sino que, ante todo, se puede andar a golpes. Tiene más éxito; especialmente si el golpe se asesta entre el hombro y el cuello, es fácil abrir hasta el pecho. La bayoneta suele quedar clavada, al dar el pinchazo, y luego es preciso dar al otro una fuerte patada contra la barriga para soltársela.

La costumbre, gran suavizadora, narcótico y anestésico natural, opera también en el frente y, con la experiencia, da una especie de tranquilidad fatalista. Se juega al naípe mientras dos aviones se baten arriba. Voy al alemán.—Una botella de cerveza al francés.—Y sigue el juego. De pronto, un chasquido, una humareda, un bulto de humo y llamas que cae. ¿Cuál? El alemán. ¡Diablos! Perdí la cerveza. El juego continúa y se paga la apuesta. Una costra invisible formase en torno a la sensibilidad de los combatientes, una delgada capa protectora que se rompe con el «pánico de las trincheras» y un soldado, enloquecido, huye y sale a morir a ras de tierra, barrido por las balas. Imágenes formidables se graban a fuego: el soldado que, en la carga, sigue corriendo sin pies, el que avanza con un surtidor de sangre sobre el cuello, en vez de la cabeza volada. Y entonces no se puede dormir en la trinchera:

Tensión mortal nos araña, como una navaja mellada, a lo largo de la espalda. Las piernas no pueden más. Tiemblan las manos. Todo el cuerpo es sólo una epidermis delgada sobre una locura a duras penas contenida

sobre un rugido persistente, próximo a romper todos los frenos. Ya no hay carne en nosotros, ya no hay músculos. Nos da hasta miedo mirarnos, porque no estalle algo insospechable. . . . Nos mordemos los labios. . . . Pasará. Pasará. . . . Quizá nos salvemos.

Entonces no queda más recurso que alguna visión; y mientras el refugio subterráneo retiembla como una caldera martillada por los obuses, flota en la sombra un claustro de catedral, rosales en flor dentro del jardinillo, estatuas de piedra, una torre que sube en silencio, hendiendo el azul tierno de la tarde, columnitas resplandecientes en la fresca obscuridad del templo, y la esperanza de los veinte años y «esas cosas desconcertantes que sugieren las mujeres. . . .»

* * *

Hablando de su vida en la prisión, dice Oscar Wilde que allí el tiempo no avanzaba, daba vueltas, era un solo día largo desenvuelto en torno al mismo pensamiento de dolor.

En conjunto, es la impresión que deja la obra de Remarque.

Liviana, ágil, movida, alegre, por momentos, en sus detalles, con muchos diálogos y frases cortas, con gran número de personajes e infinitos incidentes, siempre variados, uno advierte al fin que no se ha movido del mismo punto y que todo ha salido del horror, ha vuelto al horror, ha permanecido en el horror.

Es una de las ilusiones más sorprendentes logradas por el arte.

No hay odio al enemigo ni a nadie, en parte alguna. Quitando dos o tres pasajes y cambiando los nombres, el héroe se podría encontrar en cualquier

ra de los frentes. Sabe tanto de la guerra en total como una célula del organismo puede saber del cuerpo entero. Sufre y aguanta. He ahí todo. Para no perder enteramente la noción de su existencia como creatura humana, le queda nada más que este sentimiento: la camaradería, la amistad de la víctima que tiene al lado. Todos los demás hilos se rompen y, cuando una herida la da derecho a un permiso, el muchacho vuelve a su casa y encuentra que ya no tiene nada de común con los suyos. Los que no están en el frente le parecen huecos, hombres de palabras, sin nada adentro. La existencia normal ha perdido enteramente su sabor. ¿Cómo es posible seguir con las mismas preocupaciones? El ruido de la metralla, el reptar entre las trincheras, bajo la lluvia mortal, la incesante angustia de los nervios lo han transformado en un ser distinto, con otros nervios, hecho a otra temperatura; su madre, sus hermanos, sus vecinos se le figuran fantasmas con los cuales no lo liga nada, seres de un mundo diverso. ¡Qué grotescas resultan sus expresiones para hablar del heroísmo militar, de la abnegación de los combatientes, de la nobleza patriótica y guerrera! La vida ordinariase ha desteñido; el rojo ardiente de las trincheras la hace palidecer; no se puede oír nada cuando se trae el cerebro ensordecido por los cañones.

Antes de morir, ya el combatiente se ha desligado de este mundo, ha cortado sus amarras con la existencia y está listo para la barca fúnebre.

El lector, que comenzó la guerra con el mismo entusiasmo juvenil del recluta adolescente, ha envejecido en las últimas páginas y una especie de

estupor lo aplasta. Comprende el sentido del epígrafe inicial:

Este libro no pretende ser ni una acusación ni una confesión: sólo intenta informar sobre una generación destruida por la guerra. Totalmente destruida, aunque se salvara de las granadas.

No importa la victoria, no importa la derrota; se ha perdido, de todas maneras, el alma; la civilización se ha roto como un resorte, se ha desgarrado como un vestidura suntuosa arrastrada por el fango. El hombre de pensamiento ha tenido que matar y defenderse como las bestias. La única nobleza posible que le resta consiste en morir, en desaparecer pronto. Un cansancio, un asco infinito suceden a los estremecimientos demasiado repetidos del horror. El corazón dice:— ¡Basta!—Y casise experimenta un alivio al leer, finalmente:

Murió en Octubre de 1918, un día tan tranquilo y apacible, que el comunicado oficial del Cuartel General del Oeste se limitó a esta sola frase: «Sin novedad en el frente.»

Las visiones del Dante, las pesadillas de Poe, las torturas refinadas de los más sutiles maestros en el dolor humano quedan lejos de esta sensación de muerte que da Erich María Remarque con su relato naturalista, a lo Maupassant, claro y seco, vitalmente cierto.—*Alone.*

LUNA DE COPAS, por *Antonio Espina.*

El autor de este libro (1) representa en la nueva literatura española una actitud de espíritu ante las cosas literarias parecida a la que, en anteriores estadios, fuera la característica de un Miguel de Unamuno y un Ramón Pérez de Ayala. Porque este nuevo escritor, que prohija ya una obra numerosa y llena de cualidades sobresalientes, ha cultivado y cultiva, como los maestros citados, el ensayo, la poesía y la novela.

Su novela actual ha merecido en España el saludo de un entusiasta homenaje de la juventud literaria al que ha adherido el primero Azorín, que siente en su fructuosa hora crepuscular la alegría creadora de su mocedad combativa e insurgente.

En verdad, si no una rectificación del género, como ha llegado a insinuarse por apologistas más entusiastas que firmes en achaques de técnica literaria, la novela de Antonio Espina es un libro curioso, fino, irónico, con agridulce sabor de fruta primaveral y provocativa.

Este es, en realidad, un innovador que convence. Porque, poco seguro de sentar en el campo estético verdades absolutas inauditas que vengán a reemplazar a las viejas verdades que han perdido vigencia, viene con un gesto humilde a revolver alegremente los tradicionales conceptos derramando sobre todas las cosas una alegría juvenil que no excluye una marcada y saludable auto-ironía.

«Obra maestra», «novela pura»,

(1) *Luna de Copas.* Revista de Occidente, Madrid, 1929.

«primera novela española moderna». Perdón, un momento. No desmesuremos, señores críticos, haciendo concebir en una obra estimable y bella, como esta *Luna de copas*, esperanzas locas y desatentadas. Acaso en una época de guerrillas literarias llena de manifiestos incendiarios y de chalecos rojos, fuera preciso exaltar en forma tan congestionada una obra para hacer patentes sus méritos ante negadores implacables.

Pero no puede hablarse con seriedad de una rectificación al género ni de la primera novela moderna en una literatura que cuenta con libros como *Niebla* de Unamuno, *Tigre Juan* de Pérez de Ayala y *Félix Vargas* de Azorín. Porque no basta la juventud de la carne y de los huesos para proclamarse enfáticamente joven como ocurre por desgracia en estridentes sectores literarios de Hispano-América. Joven es quien aspira siempre a una mayor perfección; quien vive en una continua insatisfacción de sí mismo; quien, por rectificaciones sucesivas, que son heroicas superaciones, pretende descubrir una nueva verdad o crear una nueva belleza.

Unamuno en *Niebla*, llamada por un crítico «la obra de los brotes geniales», hace polemizar al protagonista con el autor y lleva su audacia hasta confiar el prólogo, que es una presentación del autor, a uno de los personajes de la obra. Con anterioridad, en *Amor y pedagogía*, el personaje había conversado con su autor. Mucho antes que Pirandello, don Miguel era pirandelliano. Pérez de Ayala en *Tigre Juan* llega a la máxima culminación del estilo literario: estilo de escritor académico, culto, ponderado. Azorín

en *Félix Vargas* hace un paseo triunfal por las nuevas técnicas e inaugura una etapa inesperada en su obra que, consagrada por las academias, cuenta siempre con el sufragio de las juventudes literarias.

¿Cuál es entonces el nuevo hallazgo de Antonio Espina en su *Luna de copas*? El único que en justicia, puede pedirse a un escritor: el de su estilo.

He aquí cómo Antonio Espina, irónico siempre, se burla donosamente de los doctores en técnica literaria, amigos de clasificaciones y divisiones dogmáticas. No poco de esta alegre y disparatada pirotecnia habrá de caer como un rocío sarcástico y amable—disparatemos, también, en la adjetivación—sobre sus desmensurados apologistas:

La novela, para el novelista, debe extraerse de una serie de compartimentos estancos, en los que se ponen con antelación los ingredientes de aquella.

En un compartimento se pone lo descriptivo; en otro, lo dialogal; en otro los personajes, etc., etc.

Una vez hecho esto, el novelista debe cerrar los ojos y coger al azar, revolviéndolos, ingredientes de todos los compartimentos, arrojándolos a puñados sobre los capítulos.

La novela así resultará desarticulada y monstruosa. Esto no es un defecto.

En realidad, lo que ocurre es que la articulación, la clave articulada, queda fuera de la novela, como el proyector cinematográfico queda fuera y lejos de la pantalla.

En ambos casos, el proyector es lo más importante. Ese haz de luz del ojo de la cabina que traspasa como una estocada la cámara oscura.

La verdadera vida se halla en este

ojo. La fuente de la vida, al salir en cueros en chorro germinal.

La novela, con su terrorismo, desafuero infantil y alegoría, hay que sorprenderla a ras del brote.

Por eso el espectador—el lector—, si tiene imaginación, necesita mirar alternativamente al écran y al agujero.

Todo esto, que son cerca de dos páginas de la novela, lo ha dicho el novelista entre paréntesis como prólogo a la presentación, digamos mejor a la auto-presentación, de don Enrique Contreras y Montes de León. El novelista pretende coger a su personaje para insertarlo en un capítulo pero éste, malhumorado, muerde la mano al novelista. Por fin comprende que no puede dejar sola a Silvia, su hija, en la peripecia de la novela y se decide a presentarse él mismo.

Oigamos al astral personaje en su esotérico y demencial vocabulario:

Muy joven aún, nací. Hace ya sesenta años. Yo vivía desde hace algún tiempo pero me hice carnalmente visible al nacer. Entonces cambié la juventud infusa de mi yo perialtal por la juventud sustituta de la vida humana. Los teósofos me comprenderán perfectamente.

La realidad exterior de los hechos no significa nada. Sólo hay superrealismo. Fuera del superrealismo quedan, danzando aisladas y torpes en el aire de las biografías, las fechas de los registros civiles. La fecha que no pasa de ser—¡nunca!—ficha y fecho.

Sigue su monólogo pintoresco el personaje hasta consumir su presentación que el autor con gesto, entre risueño y meditativo, escucha desde bastidores.

Esta obra que arbitrariamente su autor ha calificado de novela, y que

apologistas desatentados han llegado a proclamar «novela pura», da plena razón a Croce cuando niega los géneros literarios. Hay aquí de todo: trozos poemáticos, pedazos de ensayo sobre la técnica literaria, elucubraciones bufo-trascendentales de un sospechoso misticismo teosófico, anotaciones de obra teatral que a ratos se transforman en movida acción cinematográfica, diálogos y monólogos tras los cuales el autor se esconde para mostrar desnuda el alma de sus personajes. Y, por sobre todo, una fina calidad irónico-humorística que se derrama sobre personajes y paisajes sin olvidar al propio autor. — *Roberto Meza Fuentes.*

THE WELLS OF LONELINESS, por *Hall Radclyffe.*

La inversión sexual se ha presentado bruscamente en las letras británicas con un relieve y vigor insospechados. El problema latía desde mucho antes en el ambiente propicio de los colegios, del deporte promiscuo, de las peligrosas relaciones de la vida juvenil. Estas cosas ponían un halo de pavor ante la vista de la High Church, y el Dean Inge nunca las toca en sus sermones literario-políticos, que dan la severa pauta del puritanismo inglés. La señorita Radcliffe plantea el asunto entre las de su sexo y provoca violencias estridentes. El asunto existe. Bien claro se deja ver en este libro desigual, no siempre grato y que, en ciertas páginas, se torna pesado hasta la fatiga.

La guerra ha desnudado las almas y ha puesto por delante de Europa el

pavoroso problema de su moralidad caduca. No bastan las Iglesias, ni los credos filosóficos para detener la oleada de naturalismo. No bastan las fuerzas morales para impedir que la gente se mate. La ciencia sirve al odio y la química se afina para ahogar y destruir los tejidos humanos. El sentido del tiempo se acelera y, por un contraste brusco, brota de ese cambio una mayor lentitud en las creaciones literarias. Nada es inútil dentro de la vida intelectual. El detalle, el aspecto mórbido, la finura analítica, la quinta esencia sublimada, todo sirve ahora para tejer redes de fantasía y de análisis. Más de lo último que de lo primero.

Lo sexual también adquiere un carácter insospechado. La vida de las trincheras, la carencia de mujeres, precipitó lo otro. Y la costumbre parece que halló un campo abonado para que fructificaran allí las plantas más perversas y deformes. En Inglaterra estas cosas venían sintiéndose desde hacía años. El deporte no formaba más viriles a los hombres y en sus encantos se ocultaban atracciones inconfesables. Wilde pagó su tributo al ambiente, y las propias leyes se trataban de aprovechar con el fin de ahorcar los instintos perversos. El prologuista de Mrs. Radcliffe, el célebre Havelock Ellis, ya había introducido su escalpelo en el rico material humano de la inversión. Ahora se combina la experiencia de una novelista con no poco de «cientismo» en lo que forma «los pozos de la soledad». Stephen Gordon y su excéntrica infancia dan aquí la clave de muchas aberraciones posteriores. Quizá ese sea el mejor aspecto de la novela que movió a es-

cándalo al *Sunday Express*, órgano rabiosamente puritano de Lord Beaverbrook.

No es el momento de extenderse sobre la inversión sexual, pero conviene decir que en Inglaterra el problema ha despertado una resistencia estúpida que justifica el dictado de hipócrita lanzado sobre su enseñanza. El miedo a la mujer, el escándalo ante los problemas de la pubertad es tal, que los buenos «baronets» y los engolados dueños de cotos y campos de golf y tennis prefieren disimular ante las realidades más putrefactas que encauzar la educación de los jóvenes ingleses. El libro reciente plantea—sin quererlo tal vez su autora—una serie de cuestiones fundamentales para el hombre de estudio. Allí se determina, con riqueza de contenido psíquico, lo que empuja a la protagonista hacia el pozo o los pozos de la soledad. Pozos son estos que admiten compañías peligrosas y atrayentes....

El asunto termina con gran fuerza emocional y la novela resiste la dificultad del tema sin caer en lo grosero. Allí alienta todo el talento inglés, que muchas muestras ha dado de poder soslayar lo escabroso y nefando.

Aspectos complicados y dignos de piedad—dice la autora—son los que presenta la inversión sexual entre las mujeres. Algún crítico maligno ha visto morbosidad en la obra, y el puntilloso Mr. Joyson Hicks advirtió a los editores y bibliotecas populares que retiraran la edición. La fuerza social de Inglaterra se revela magnífica en tal incidente. Bastó la insinuación para que se quitara el libro de las bibliotecas circulantes y de los escaparates de las librerías. ¿Para qué

sirven las leyes en Gran Bretaña si las fuerzas sociales son tan aborregadas y mansuetas? Quizá—dirán los partidarios de Lord Beaverbrook—con el fin de impedir las futuras tentaciones.

Ya se había prohibido el *Ulysses* de James Joyce, especie de biblia profana de lo obscuro y anormal. Pero, al lado de esto, resurge un vitalismo sexual que alcanza a la literatura y arranca la precaria etiqueta moralista que se ha colocado sobre los sexos. Lawrence, Clemence Dane, Wells en *The secret places of the heart*, Virginia Woolf y hasta el viejo George Moore se detienen ante los ricos problemas de la sexualidad post-bélica.

En Francia tales asuntos, que han llenado los últimos volúmenes de *A la recherche du temps perdu* de Proust y que preocupan a Mauriac, Montherlant, Paul Reboux, Gide y otros escritores notables, ya pertenecen, por su insistencia, al osario de los lugares comunes. En Inglaterra se han complicado de dos maneras: por la hipocresía social del ambiente y por la mayor maestría de los novelistas.

El drama silencioso de la inversión ha promovido páginas admirables en el libro que nos ocupa. Es imposible escapar al deleite moroso con que su autora escarmena la trama de estas pasiones anormales. Decimos anormales con el temor de incurrir en un disparate. No hay nada anormal en el mundo del análisis. ¿Por qué ha de ser anormal un invertido al ser mirado en aspectos literarios y patológico-sexuales? No hay anomalía cuando un individuo sigue los propios impulsos y hace una raíz de vida con ellos.

Los invertidos natos quizá sean incurables y por su mundo acaba por difundirse una especie de normalidad anacrónica. Tienen sus maneras, su lenguaje especial, sus signos—como muy bien anota Havelock Ellis—, su especie de masonería tenaz y solidificada. En *The sexual inversion* recordamos haber leído que los peluqueros de Berlín—casi todos homo-sexuales—se reconocían por unos ligeros apretones de mano.

La literatura tiene aquí un campo riquísimo que no hay por qué rehuir.

Quizá las exploraciones mórbidas en este coto hasta hoy inexpugnable sean más ricas en descubrimientos que los ensayos de los médicos y literatos «cientistas» como Carpenter en el *Love's Coming of Age*.

El pozo de la soledad, esto es la inversión femenina, es de una intensidad pasional que supera, en ocasiones, a los desvíos masculinos. Conocemos casos en que la exacerbación llega hasta el asesinato, provocando también celos y complicaciones desconcertadoras.

En Chile aún nadie ha tocado los problemas sexuales, ni siquiera los más primarios (1). Todos vivimos dominados por un miedo y una hipocresía colectivas de que participan las instituciones más venerables. Nuestra vida intelectual no recibe gran estímulo con los problemas que la época más juvenil y desenfadada ha puesto muy vivos ante la pupila del artista y del observador. Toda la Colonia está poblada de hechos sexuales

(1) Hago la excepción del ensayo *Derivaciones del problema sexual*, de Domingo Melfi, publicado hace poco en *Atenea*.

pavorosos: anormalidades, incestos, animalidad, bestialidad. Recordamos haber conocido expedientes calofriadores cuando revisamos el viejo Archivo de la Real Audiencia.

La clave de muchos fenómenos colectivos, de mucha idioteces, de inúmeras degeneraciones reside en el conocimiento de tales sucesos.

En el norte de Chile hay pequeñas aldeas—que conocemos—donde la idiotez se pinta en muchos rostros. Rastreando el origen ancestral de esto lo hallamos en la promiscuidad y el incesto superabundantes allí.

Familias histéricas, grupos de epilépticos, atacados de delirios religiosos, pequeños sátiros locales que no respetan ni las personas familiares, forman una riquísima antología patológica.

El incesto, la inversión, los vicios solitarios colectivos o aislados en los internados y mil cosas más que entran en el oscuro dominio de «the well of loneliness» constituyen parte de tal haz monstruoso.

Ojalá que la lectura de esta novela o de otras semejantes determinara a nuestros escritores a bucear en el complicado mundo sexual de Chile. No deseamos fomentar la pornografía ni mucho menos, pero pocos países encierran un tesoro de anormalidad más sugerente que el nuestro.

Dentro de una explicación de muchos fenómenos político-sociales que intentamos, tendrá gran aporte el sentido psicopatológico, y, sobre todo, en los aspectos sexuales. Muchos actos que hoy aparecen oscuros o inexplicables por otros conductos, se aclaran de esta manera. Conocemos a un político cuyo destino se determi-

nó en un sentido debido a su origen sacrílego. Y hay otros casos interesantes de que trataremos en otra ocasión.

Nuestro largo conocimiento del mundo eclesiástico y congregacionista nos ha dado una experiencia, que Dios mediante, utilizaremos algún día en una novela. Estas y otras reflexiones ricas y densas contiene en germen *The wells of loneliness*. Ojalá que de su conocimiento otros saquen mayores sugerencias.—Ricardo A. Latcham.

CRITICA

MIGUEL DE UNAMUNO, NOVELISTA-
POETA-ENSAYISTA, por M. Romera-
Navarro.

El autor de este libro (1) ha conocido personalmente a su protagonista pero, no obstante, su obra estará desprovista de exaltación y tendrá, hasta donde ello sea posible, la objetividad suficiente para mostrar a quienes no conocen la múltiple personalidad literaria de don Miguel de Unamuno.

Porque el autor, catedrático en la Universidad de Pensilvania, no se despoja en un solo momento de su hierática actitud profesoral. Lo imaginamos en un curso académico entre sus discípulos rubios que deben hablar un español estafalario, vertiendo, con profesional paciencia, las páginas ardientes de *El sentimiento trágico* sin perder la compostura del expositor

(1) *Miguel de Unamuno. Novelista. Poeta. Ensayista*, por M. Romera-Navarro. Madrid, Sociedad Española de Librería.

que no quiere comprometer sus puntos de vista en el angustioso laberinto metafísico.

Habrá que interpretar este libro, ya que el mismo autor cuida de advertirnos en la portada su calidad de catedrático de la universidad norteamericana, como un guía para el lector extranjero que asiste a los cursos del profesor español en la obra apasionada y ardiente del maestro de Salamanca.

Sólo así nos explicamos que este libro, por lo demás tan acabado y completo, no tenga apenas otra efusión que la muy breve y personalísima de la dedicatoria. Y no es que creamos que la crítica haya de ser un delirio de interjecciones en mangas de camisa. Pero tratándose de un escritor como Miguel de Unamuno en quien, por sobre todo, hay que admirar al hombre Miguel de Unamuno, nos desconcierta la actitud de quien, sistematizador cultísimo y lector atento, se dedica a poner en orden los conceptos en síntesis clarísimas al estudiar al pensador; hace la anatomía de los personajes al comentar al novelista y cuenta las sílabas de más o menos del *Rosario de sonetos líricos* (que considera la mejor obra poética de Unamuno y que a nosotros nos ha parecido siempre la más desprovista de sustancia poética), cuando explica al poeta.

No pretendemos imponer al crítico nuestros propios puntos de vista. Pero queremos, al menos, precisar nuestra posición y puntualizar el desacuerdo. La verdad, acaso, estará en esta armonía de contrarios.

En Unamuno hay que considerar con el hombre al poeta. Que en él son una sola y misma cosa. Lleva a tal

extremo su afán de desnudez que un paisano suyo, autor de un retrato de Unamuno de hostil y rencorosa intención, califica su actitud literaria (actitud humana rectificará Unamuno) de «exaltación entre pueril e infernal de la personalidad, con exhibición de ésta a un grado de impudor sencillamente obsceno».

Pero, ¿por qué habría de mirarse con tanto desdén lo humano? Recordemos lo que al respecto dice uno de los más altos maestros del pensamiento español contemporáneo en uno de sus libros esenciales:

De uno u otro modo, es siempre el hombre el tema esencial del arte. Y los géneros entendidos como temas estéticos irreductibles entre sí, igualmente necesarios y últimos, son amplias vistas que se toman sobre las vertientes cardinales de lo humano. Cada época trae consigo una interpretación radical del hombre. Mejor dicho, no la trae consigo sino que cada época es eso. Por esto, cada época prefiere un determinado género.

Y más adelante:

No creo que haya sido necesario insistir sobre lo que va sugerido al comienzo de este breve tratado: que—consista en el pretérito o en lo actual el tema de la poesía—la poesía y todo arte verdadero versa sobre lo humano y sólo sobre lo humano. El paisaje que se pinta se pinta siempre como un escenario para el hombre. Siendo esto así, no podía menos que seguirse que todas las formas del arte toman su origen de la variación en las interpretaciones del hombre por el hombre. Dime lo que del hombre sientes y decirte hé que arte cultivas.

Y como todo género literario, aún dejando cierto margen, es un cauce que se ha abierto una de estas interpretaciones del hombre, nada menos

sorprendente que la predilección de cada época por uno determinado. Por eso la literatura genuina de un tiempo es una confesión general de la intimidad humana entonces.

Difícilmente reconocerán a don José Ortega y Gasset que habla con tan férvida elocuencia desde sus *Meditaciones del Quijote* quienes, tomando el rábano por las hojas, han visto en él al corifeo de la deshumanización del arte.

Unamuno, el hombre Unamuno, ha sido el tema esencial del poeta Unamuno. Y empleo la palabra poeta en su sentido más amplio y general de creador. Y así cuando nos habla en algún exaltado personaje de sus ficciones novelescas, como cuando en verso desnudo nos muestra su alma torturada por metafísicas congojas, o cuando en sus ensayos escritos conversacionalmente deja vagar su espíritu libre y arbitrario, hemos admirado a un hombre en plenitud, lleno de dudas, de contradicciones, de anhelos: de apasionada y apasionante inquietud.

Y Unamuno, hombre de personalidad desbordante, no ocultará en ningún momento las aparentes contradicciones en que pueda incurrir a lo largo de su vida y de su obra. ¿Puede honradamente convertirse el crítico en un cazador de contradicciones, en un hombre cuya arma favorita es la paradoja, gran deporte intelectual porque acostumbra a desconfiar de las inmutables verdades de una sola cara y nos muestra cada cosa con su ironía? Acaso al mismo Unamuno pueda reprochársele el que alguna vez haya intentado defenderse del cargo de paradojista. «Montaña rusa de contradicciones» se llegó

a llamarlo en el fenecido parlamento español. Fórmula que no está mal que espante a un político que hace de su vida una servil e hipócrita sujeción a la consecuencia pero que no tiene ningún sentido peyorativo aplicado a un intelectual que construye su obra sobre la base de rectificaciones que brotan del continuo combate consigo mismo que es su vida.

El profesor Romera-Navarro trata de mostrarnos que hay una sola contradicción que pueda considerarse como tal en la caudalosa obra de su autor. Y nos la cita con precisión matemática. Acaso tenga razón el profesor porque aquello que suele citarse como contradicción en los escritores que escriben conversacionalmente no es sino el descubrimiento de aspectos inesperados en temas y cosas de los que han hablado antes sin mostrar toda su esencia. Pero en la contradicción permanente, que es también la permanente rectificación, radica la esencia de lo humano. Hoy nos sería imposible concebir un hombre que fuera una perfecta e inmutable línea recta. Y hasta para llegar a ser una línea recta debió antes ser un punto y ponerse en movimiento hasta hie-ratizarse en su inmovilidad geométrica.

El libro del señor Romera-Navarro es claro, metódico, ordenado. No es el libro que nosotros hubiéramos deseado sobre el autor de *El sentimiento trágico*—ése, en rigor, a nadie, sino a nosotros mismos, tenemos derecho a pedírselo—, pero es, cumplidamente, el libro de un profesor universitario sobre un maestro, a quien no ha faltado ni la gloria del martirio para hacer más alto y resonante su magis-

terio. Como el noble Fray Luis de León, helenista y profesor de Salamanca, como él, que entre polémicas con adversarios crueles y sufrimientos en los calabozos de la Inquisición, sublimaba su alma meditando en *Los nombres de Cristo* o imaginaba una pausa de serenidad en la áspera lucha cantando en luminoso verso castellano una platónica divina poesía.—*Roberto Meza Fuentes.*

SARMIENTO, por *Alberto Palcos.*

Antes de escribir este libro (1) Alberto Palcos había ya publicado interesantes estudios sobre el genio y la vida emotiva que lo habían confirmado en una aventajada situación entre la juventud intelectual argentina.

Aunque teñida de un carácter apologético desmesurado y enfático, que los lleva a veces a increíbles e inexplicables endiosamientos, los jóvenes argentinos han emprendido con entusiasmo la revisión de sus valores. De cada de una de las figuras representativas de la nacionalidad argentina podría señalarse una extensa y polémica bibliografía. Los muertos siguen riñendo combates pero benditas sean esas póstumas batallas si sirven, como lo esperamos, para orientación e iluminación de los vivos.

Sarmiento, figura continental, no sólo ha movido plumas y corazones argentinos en el anhelo de justicia que sienten cuantos, con respeto, se

acercan a su figura inmensa. Personalidad tan llena de facetas deja huella profunda en la enseñanza, en las letras, en la política, en la milicia, en la diplomacia. Gran civilizador, tiene el heroísmo de desafiar el ridículo cuando, al declarar la guerra a muerte al gaucho, lo motejan de loco y excéntrico. Fuerza de la naturaleza, a despecho de sus desventuras conyugales tiene tiempo sobrado para consagrarlo al amor en medio de sus luchas sin tregua y sin cuartel.

¡Y qué contradictoria su vida! Perseguido por la tiranía escribe románticamente: «bárbaros, las ideas no se degüellan». Y otro día, ministro dimisionario, sintiéndose herido por la espalda en una encrucijada parlamentaria, exclama en pleno Senado:

Creo que esta será la última vez que hablo delante de una asamblea; puede decirse que es de ultra-tumba que lanzo la palabra.

Y la irrupción del exabrupto en el momento patético en que él mismo pone una lápida a su vida pública:

Se acabaron las contemplaciones: tengo las manos llenas de verdades, que voy a desparramar a todos los vientos para disipar los fantasmas y neblinas que asustan o enceguecen a la opinión pública.

El anciano glorioso ha dominado ya la vida argentina desde sus cumbres más altas: ha sido director de la enseñanza pública, legislador, ministro diplomático, presidente de la república. Después de la presidencia, senador, ministro y candidato a la nueva presidencia. Fanático de la libertad cuando lo perseguía el tirano,

(1) *Sarmiento. La vida. La Obra. Las Ideas. El Genio.* El Ateneo. Buenos Aires. 1929.

no vacilaba en apelar a las medidas drásticas desde la gobernación de la provincia de San Juan o desde la Presidencia de la República. Y cuando se le cuelgue el consabido sambenito de la contradicción, él mismo varonilmente ha de sentenciar:

Réstame tan sólo descargarme personalmente de culpas de mal ejemplo o de malas doctrinas. ¡De cuántos errores no tengo que arrepentirme en cuarenta años de vida pública tan tormentosa en medio de vicisitudes tan extrañas, al calor excesivo de la acción unas veces, al hielo de las tiranías otras, tentado por la ambición o desencantado por la experiencia.

Ególatra de una egolatría sin límites, se proclama genio en medio de la tempestad de un debate parlamentario, desafía con viril arrogancia las rechiflas de la barra y un buen día asiste con un flamante uniforme de general a la europea al acto de la jura de bandera donde hay una multitud que se prepara a vejarlo. Pero, cuenta el biógrafo, Sarmiento estaba tan convencido de sus virtudes militares que se impuso dentro de su traje marcial y los que iban a reírse del general Sarmiento debieron, mal de su grado, trocar su manifestación hostil en una ovación formidable.

No faltan los detalles pintorescos: promete un día en el destierro cruzar la cara con un latigazo a un coronel argentino que le ha sido desleal; una vez en la patria, lo cumple en el primer encuentro con el militar infidente. A un enemigo político le escupe la cara. En plena polémica periodística se da de bofetadas en la calle con su adversario. Siendo presidente corre en la sala presidencial tras un periodista

de la oposición hasta alcanzarlo y darle un puntapié, según las crónicas de la época. Poco le importaba que le llamaran «el loco Sarmiento» a quien tenía el orgullo ciego de su personalidad y de su obra.

El genio vale más que la humanidad entera: ahí está Colón, ahí está Bacon, en fin,

rugía en un debate memorable. Y subrayaba con infernal orgullo: «Yo soy don Yo.» «Todos los caudillos llevan mi marca.» Y a un senador que aprovechaba su sordera para reírse a sus espaldas, le dijo sin inmutarse:

No me hace impresión su risa aún cuando el otro día se puso el pañuelo en la boca.

Magnífico todo este primer libro que Palcos titula La Vida-La Obra. En el segundo (Las Ideas-La Genialidad) hace un ensayo de interpretación en el que, sin dejar de anotar sus reparos, leves por lo demás, proclama la genialidad de Sarmiento de acuerdo con sus ideas sobre el genio desarrolladas clara y ampliamente en un libro anterior. Y si fué animado el relato que nos hizo de la vida de su héroe, un cálido temblor cordial recorre las páginas que consagra a su interpretación. Destaca Palcos el juicio de Unamuno que fué el primero en España que dijo acerca de Sarmiento una palabra de justicia. Azorín ha comparado los *Viajes* de Sarmiento con las descripciones de Saint Simon. Pío Baroja, que siente un sincero desprecio por lo americano (hecho que no lamentamos ni juzgamos, sino que, por ahora, anotamos) encuentra que

Facundo «es un libro pesado, vulgar y sin interés».

Pero, discútanse lo que se quiera los puntos y las comas de su estilo volcánico, una sola cosa queda que es imposible destruir: su obra de civilizador. Tal es la enseñanza del generoso libro de Palcos. Y esa obra no es sólo argentina. Es una obra continental.—*Roberto Meza Fuentes.*

MORT DE LA PENSÉE BOURGEOISE,
por *Emmanuel Berl.*

A pesar de todas las objeciones que se puedan hacer y que se han hecho, sobre la poca concreción de sus fines creo que esta obra (1) está muy bien en cuanto simboliza un estado de disgusto y de incertidumbre general; un estado de extatismo o de cobardía que él llama *el conformismo*.

¿Qué es el conformismo? Es

... hacer surgir de la literatura los diversos medios por los cuales se pueda escapar de las ideas. Hacer de Dios un problema de exégesis, de la libertad un problema de psicología. Hacer del conocimiento un problema sociológico y de la moral un problema de historia.

El conformismo ha ido aún más lejos: ha hecho olvidar el verdadero papel del escritor en cuanto fué tenido por el diapasón a que se adaptaba un público. El autor se limita en su estudio al campo francés. Diseminados por ahí están los más sonados nombres de la actual literatura, y analiza cada caso con más o menos precisión. Pero esta

(1) Editado por Bernard Grasset. París, 1929.

situación no es exclusiva de la Francia y tal vez en ninguna tierra se palpa más aguda que en la tierra americana. Así no es extraña la resonancia que este libro haya tenido ni las críticas que haya suscitado.

André Chamson en uno de los últimos números de *Europe* hace un comentario en esta forma:

Berl ha cogido, con vehemencia, el sentido de nuestros más sinceros disgustos, de nuestras sublevaciones más legítimas. Les ha dado una corriente de una arrastrante violencia, y un nombre a todo lo que podemos detestar; un nombre sencillo que llama a la acción y a la revuelta: conformismo.

Pero agrega más lejos:

El fondo del espíritu de Berl. para el que le lee y para el que le conoce, es un horror de todo lo que es azo, fidelidad, adhesión a todo lo que es humano o natural. Los lazos del hombre con los otros hombres o las cosas, aparecen sin duda a Berl, como los gérmenes mismos del conformismo. De ellos nacerían todos esos conformismos y todo ese *Conformismo* que él ataca. Es, por así decir, una actitud de anti-conformismo puro, lógico y coherente, pero insostenible o más bien imposible de participar.

Para no citar el párrafo entero abreviaré diciendo que todo él tiende a la pregunta: ¿qué entiende Berl por lazos, amarras o fidelidades? En esto el comentarista tiene razón en el sentido de que una crítica encierra siempre tras ella una construcción y que a una construcción forzosamente hay adheridas personas, ideas e intereses. Y que es también verdad que el libro de Emmanuel Berl se limita a pintar una situación de malestar sin fe y sin par-

tidarismo por acción ninguna que llevara a remediar el mal. Pero en todo caso el lector desapasionado siente encarnado en Berl el tipo, poco corriente, del hombre que desea por honradez espiritual una amplia libertad, más allá de los lazos humanos. Los marxistas, por su parte, han atacado vigorosamente a este hombre que viene a colocarse fuera de las líneas, a pesar de su actitud revolucionaria, considerando que su inadaptable al dogma es sólo un acto de desesperado egocentrismo. En realidad Emmanuel Berl ha dado solo el primer paso, y, como él mismo reconoce, sabe adónde tiende pero no sabe adónde va. Pero ¿cómo no sentir que frases como ésta: «N'essayons pas de tricher avec la solitude» está muy bien que se digan y hasta que se griten a voz en cuello? ¿No es ese el mal moderno, la fuente de gangrena de hombres y países? El miedo de quedarse solo. Miedo al fracaso de hoy, sin fe en la victoria de mañana. Cobardía para hacer de nosotros mismos el leño y la llama al mismo tiempo. Horror a sacudir situaciones que no tienen una razón de ser ni perpetuarse.

Et la trahison du penseur—dice Berl—ne peut commencer que là où il ne pense plus.

Y más allá:

Une idée ne devient une trahison que si elle est maintenue par la paresse et par la peur.

¡Pereza de pensar! ¿Es que acaso tenemos otra enfermedad más acentuada?

El intelectual—dice más lejos— lleva el cráneo entre las manos como San Dionisio: tiene miedo de que sea un explosivo peligroso.

Y no hay peligro de que estalle ya que está, generalmente, descargado. El intelectual de este momento escribe y actúa como pudo cocinar o salir de compras, y cuando llega a hacerlo con un cierto sentido de responsabilidad, rara vez éste responde a una actitud. Por ejemplo, es muy frecuente oír decir, circunscribiéndonos a un determinado campo: «Yo no soy político», como si se tratara de una cuestión de especialización, cuando sólo se pide una actitud ante la vida. Existen ciertas líneas directivas que atraviesan todos los terrenos ideológicos y en las cuales tienen que encontrarse todos los individuos, aún de ideas antagónicas, que las han seguido. Pero en general se buscan los caminitos transversales: pequeñas disculpas que cada cual se da a sí mismo para explicarse el distinto itinerario.

Se puede ser de uno u otro campo; negro o blanco, pero no hay derecho a ostentar las dos escarapelas según las circunstancias. Este es un pecado odioso en cualquier hombre, y en un intelectual es imperdonable. Es preciso pensar que en el primero se disculpan o mejor dicho se explican las acciones como efecto de incultura o de inconciencia. La vida diaria y mecánica arrastra a los hombres sin darles tiempo para reflexionar sobre las causas de los acontecimientos, pero el intelectual que hace del estudio una profesión si no llega a mejores resultados sólo puede ser a causa de pobreza moral o cerebral. En ambos casos es nulo y fatal a la sociedad. Pen-

semos en tanto país que no se miró jamás como perdido, a pesar de la fuerza desplegada en la represión externa, porque se sabía la existencia de una corriente ideológica pura y clarovidente. Pero cuando con fatalismo oriental se aceptan los hechos consumados se puede ya decir que se trata de algo muerto: muerte de una cultura, de una ideología, de un estado social y de una época. Y lo que en todo esto constituye la mayor tragedia no es la muerte misma—ella es en la historia un proceso lógico y necesario para la renovación y la marcha hacia la vida—sino en cuanto hoy, en América, no significa un desplazamiento. Tras de ella no se divisan sino las capas y capas de tierra destinadas a cubrirla. Y es natural: lo que desaparece es algo que no había aún madurado ni sufrido una depuración. No hubo tiempo de afirmar lo que se pudo desarrollar mañana. Y así también mañana vendrán todos los que olvidan que los problemas están relacionados con la hora a poner en pie lo que debió vivirse sólo ayer y que fué impedido por uno de esos paréntesis absurdos que sufren los pueblos y los hombres. Vivimos con demasiada inconsciencia y lentitud perdiendo el tiempo tras los eternos caminitos que no llevan a ninguna parte.—*Marta Vergara.*

POLITICA

LAS DICTADURAS, por *Francisco Cambó*.

La literatura política de lengua española debe al financista y político Atenea.—34

catalán don Francisco Cambó muchas contribuciones importantes. *Las Dictaduras* (1), que es el último libro de Cambó que ha visto la luz pública, es un nuevo aporte, y no el menos valioso.

En doscientas cuarenta páginas el autor trata un tema vasto y que en realidad podría dar motivo para extensísimos tratados. La brevedad del trabajo impone al libro de Cambó un carácter un poco superficial que no invalida en realidad ninguna de sus afirmaciones pero que se le hace notar al lector por el natural apetito que éste siente de conocer más todavía sobre el candente asunto. Cambó no trata en particular en su libro de ninguna dictadura actual, aún cuando muy frecuentemente llegan hasta su pluma los nombres de Turquía y Mustafá Kemal, Italia y Mussolini, Polonia y Pilsudsky, Rusia y Stalin, y en contraste con ellos, España y Primo de Rivera. Para el autor la dictadura es un fenómeno aparentemente opuesto al devenir político de hoy, puesto que todos los movimientos constitucionales surgidos de la guerra (formación de nuevos países, emancipación de Irlanda, etc.) han significado, por lo menos en la letra de las disposiciones fundamentales, un «reverdecimiento de la democracia». En un capítulo titulado *En qué países aparecen las dictaduras* el señor Cambó toca la esencia del problema al estudiar, con estadísticas a la vista, los rasgos decisivos de los países europeos (son los únicos que entran en su panorama) en que la dictadura ha sentado sus reales.

(1) *Las Dictaduras*. Madrid, Espasa-Calpe, 1929.

Al término de este estudio, que es impresionante, el señor Cambó dice:

Cuando los índices más expresivos de la fortaleza o la debilidad de un pueblo coinciden en atribuir la primera a los Estados regidos por instituciones democráticas y la segunda a los países bajo régimen de dictadura, creo que ya no puede dudarse un momento de que el hecho dictatorial no se puede atribuir al deseo de mayor encumbramiento de los pueblos fuertes; antes bien, aparece terminantemente como un fenómeno propio de los pueblos más débiles que es, o bien expresión de la misma enfermedad que produce su debilidad, o una reacción vital, heroica para salvarse de ella (págs. 67-8).

En el resto del libro el autor examina las causas del advenimiento de las dictaduras y llega muy a fondo en el análisis de desprestigio del parlamentarismo, que se ha proclamado en nuestros días. Breves páginas sobre Rusia, Turquía e Italia (págs. 101-22), que son lo más claro y compendio del libro, acreditan al autor como un hombre de espléndida información política y de inmejorable criterio. Un criterio liberal, sin duda, como es propio de todo hombre mayor de treinta años:

Hoy día se da un caso paradójico: es más frecuente hallar más vibración de ideales en los hombres de más de treinta años, que en los que han formado su espíritu después de la guerra (pág. 95).

Pero en ningún caso un criterio que se niegue a la percepción de la verdad. El ambiente favorable a las dictaduras se ha producido por las causas siguientes:

La primera es la crisis del régimen parlamentario tal como se ha practicado hasta ahora este régimen. La segunda es la crisis de la democracia cuando a la noción de la democracia-derecho no acompaña la noción de la democracia-deber. Y la tercera es la oleada de materialismo egoísta que lleva consigo la crisis de los valores morales más esenciales (pág. 70).

De modo que para el señor Cambó, a pesar de su firme fe democrática—y tal vez por eso mismo—, el parlamentarismo no ha sido suficientemente entendido en ciertos países, de donde un funcionamiento incorrecto y el consiguiente descrédito en la fórmula parlamentaria. Por su parte, la democracia ha sido comprendida sólo como fuente de derechos, sin advertir que entraña difíciles deberes, entre los cuales seguramente el primero es la educación popular. Los países de Europa en que el porcentaje de analfabetos es más alto (Portugal, España, Rusia, Polonia, Italia) o viven sumidos en una anarquía que espasmódicamente tiene bruscos estallidos de dictadura y de demagogia o están sometidos a la tutela dictatorial.

Para el señor Cambó las dictaduras producen ciertos bienes, que analiza con claridad y agudeza, pero en cambio producen males más importantes, que pueden llegar hasta acarrear la postración completa del espíritu público de un país. Desde luego:

La dictadura no crea civismo. antes bien acaba con los pocos restos que de él pudieran existir.... (pág. 167); la dictadura estimula el egoísmo puesto que pone frenos y obstáculos a todos los impulsos generosos del ciudadano.... (pág. 168)

y, en fin:

En la dictadura lo esencial no es el régimen sino el hombre que la encarna (pág. 180).

Lo cual tiene mucha más importancia de la que parece. El dictador, como hombre de iniciativa que es, anula a los demás hombres de su país e impide que haya la constante promoción de apasionados de la cosa pública que se observa en los países en que hay juego legítimo de las instituciones y el gobierno es cosa a que pueden aspirar los que se sienten con ánimo e iniciativas para ello. El señor Cambó prueba en forma espléndida esta aserción con el ejemplo de la dictadura de Porfirio Díaz en México. Díaz fué presidente durante más de treinta años, y al dejar el poder en 1911 no sólo no había en su patria persona alguna capacitada para reemplazarlo, sino que se notaba tal ausencia de espíritu cívico y constitucional que se inició la larga lucha civil que se ha prolongado hasta ahora— ¡por dieciocho años!—con toda clase de sangrientas alternativas.

En su conclusión, el señor Cambó dice:

De las dictaduras que hoy existen en Europa hay tres cuya continuación durante algunos años todavía me parece de universal interés. Son las de Rusia Turquía e Italia, que encarnan tres revoluciones trascendentales y que no han llegado todavía al término de su evolución para que la humanidad pueda sacar de ellas una lección definitiva (pág. 221).

El libro de Cambó se cierra con una impresión optimista. Lo ha escrito un hombre que tiene fe en los destinos del hombre y que pone por encima

de todo su credo liberal. La actual etapa de dictaduras le parece transitoria, para bien de la cultura humana, y cree que después de ella ha de venir una era de amplia comprensión de las instituciones democráticas en que se corrijan los defectos clásicos de ellas pero en que el hombre disfrute de consideraciones por el simple hecho de ser hombre, es decir, miembro de una colectividad racional y progresiva.—
R. Silva Castro.

LOS YANQUIS EN SANTO DOMINGO, por
Max Henríquez Ureña.

He aquí un libro que hacía falta pero cuya inutilidad me parece perfecta. Hacía falta porque toda la luz que se arroje sobre los incalificables procederes de los Estados Unidos en sus relaciones con los países americanos de habla española, y especialmente con los del Mar Caribe, es poca. El señor Henríquez Ureña cuenta en este libro lo ocurrido en su desdichada patria en el período más grave de su vida. Para fundamentar sus capítulos de acusación emplea una documentación irrefutable. Hijo del señor Henríquez y Carvajal, que fué Presidente de Santo Domingo en esa hora crítica, ha dispuesto de los archivos de gobierno y hasta de los originales mismos de las notas, proclamas y manifestaciones de toda índole a que dieron lugar los hechos.

Pero la inutilidad de este libro no es menor que su interés y que su importancia histórica. La situación existente entre los países hispano-parlantes y los Estados Unidos continúa la misma. Los primeros piden dinero

prestado a la Unión. La Unión presta sin protestar, presta con gusto, presta mientras la capacidad de los paises soporta. En cuanto el límite ha sido tocado, la Unión establece, en cualquier forma—pacífica unas veces, violenta las otras—, el control sobre las rentas. Un interventor de las aduanas o un receptor general se hace cargo de las fuentes de ingreso y procede a pagar antes que a nadie a los acreedores de Wall Street. En el convenio por el cual se acuerda el establecimiento de la intervención se dejan algunas cláusulas de fácil interpretación para derivaciones posteriores. De tal modo un día amanecen cuatro grandes barcos en el puerto principal del paisejo, y desembarca la marinería. Es la ocupación. Tiene malos modales, encarcela, amordaza, flagela, hiere y mata. Pero ¿quién se levanta contra ella si está escudada con cañones de grueso calibre? Una soberanía ha desaparecido, y los Estados Unidos tienen una nueva colonia.

Esta historia es ya majadero repetirla. Es la historia de Cuba, de la zona de Panamá, de Santo Domingo, de Nicaragua. Es la historia de muchos otros países que se van entregando mansamente en brazos de la hidra dorada. Las etapas no se han cumplido todas, claro está, en cada uno de los casos de esos países, pero eso es cuestión de tiempo. Hay países para los cuales el crédito en Wall Street es espléndido, ilimitado. Cada cierto tiempo se vocea que pocos países cuentan con la confianza que ese en los círculos financieros. Bien está. El país pide dinero primero cada año, luego cada tres meses, al fin cada quince días. Wall Street presta y presta

sin chistar. Pero llega el momento en que aquello se detiene bruscamente. Termina la diplomacia untuosa del banquero y comienza la disciplina contundente de la infantería de marina. ¿Cuántos son los países americanos a quienes espera la suerte de Santo Domingo?

Seguramente el señor Henríquez Ureña ha publicado su libro con la candorosa ilusión de que el ejemplo de su pobre país sea mirado con saludable temor por los demás de la hermandad hispano-americana. Vana ilusión. Se leerá mucho, se comentará, pero todo esto en el círculo de los que nada tienen que ver con el manejo de las grandes relaciones exteriores y de los asuntos económicos. Entre los que tienen ese manejo primeramente pocos leen y en segundo término son pocos, entre los que leen, los que entienden.

Lo que no puede leerse sin una protesta en este libro (1) son las palabras humildes con que se hace apelación al espíritu de justicia de los norteamericanos, del cual—se dice—se espera el restablecimiento de la soberanía en Santo Domingo. El señor Henríquez Ureña es un hombre inteligente, al cual no debe serle desconocido el admirable desprecio que el norteamericano—por lo menos el funcionario de ocupación, que parece ser un tipo especial de hombre muy abundante en la Unión—siente por el nativo. El nativo sólo puede ser una cosa: sirviente. ¿No lo sabe eso el señor Hen-

(1) Max Henríquez Ureña: *Los yanquis en Santo Domingo. La verdad de los hechos comprobada por datos y documentos oficiales.*—M. Aguilar, editor. Madrid. 1929.

riquez Ureña? ¿No lo sintió durante los meses de su cometido cerca del invasor? ¿No lo adivinó en cada una de las frases, en cada uno de los hechos del ocupante? La ocupación anula el respeto tradicional por el hombre, que siempre ha parecido distintivo de la raza anglo-sajona. Para la ocupación el hombre necesariamente debe ser rubio, blanco, vestir ropa de serie adquirida en Nueva York, fumar tabaco amarillo, calzar gafas con marco de carey, mascar *gum*.... Lo demás no es hombre. Lo demás es carne de ocupación, precisamente.

No, de los Estados Unidos no se puede esperar la liberación. Para impedirlo han establecido los diplomáticos de Wall Street la doctrina de Monroe, y los mesticitos del Sur la han aceptado y la discuten candorosamente, entre banquete y banquete, en las Conferencias Pan Americanas. Mediante esa doctrina Europa no puede intervenir en nada importante que se refiera a América. Es decir, la doctrina Monroe es el seguro que resguarda el porvenir, por lo demás muy exento de riesgos, de la hegemonía yanqui. Si en América hubiese estadistas, su primer cuidado debería ser entablar relaciones con Europa, y sólo con Europa, aún cuando para ello fuese necesario hacer sacrificios. Los Estados Unidos piensan en futuras colonias cuando miran hacia América. Europa está muy arruinada y muy pobre para pensar en colonizar. Como cuña entre los Estados Unidos y Europa, el continente hispano-americano tiene una misión providencial. Pero nadie la ve. Y es que el oro de Wall Street, entre otras cosas, ciega.

Interesante, copioso libro el del se-

ñor Henríquez Ureña. Lástima es que no revele en su autor una clara conciencia del problema actual. Cuenta con animación los hechos de la ocupación, fundamenta bien las acusaciones, levanta una montaña de cargos contra el contundente imperialismo yanqui. Pero nada más. Esperar de los Estados Unidos la desocupación por persuasión me parece más que candoroso: creo que es suicida.—R. Silva Castro.

VIAJES

ENTRE BUDISTAS Y BRAHMANES, por
Alejandro Vicuña.

He aquí un libro (1) que se aparta de los clisés corrientes. El lector que esté ya hastiado de la fácil literatura de viajes hará mal si no vence su repugnancia, bien legítima, y no atiende a la incitación de este volumen. Puede parecer un poco extenso (sus páginas se acercan a las cuatrocientas) pero siempre es interesante. Sobre todo no es vulgar. El autor ha partido con el propósito de comprobar *de visu* la leyenda asiática, que levanta un prodigio en cada poblacho y hace un vidente de todo quidam. La decepción es grande:

Nosotros podemos decir—escribe el autor—, como resumen de nuestra excursión por los pueblos asiáticos, que después de visitar el Oriente hemos regresado más occidentales y cristianos que nunca (pág. 10).

(1) *Entre Budistas y Brahmanes.* Santiago, 1929.

La excursión hecha por el señor Vicuña, aún cuando no ha sido más que un viaje de turismo, es decir, de impresiones rápidas y superficiales, es más extensa que los viajes corrientes de los turistas de todos los días. En la India, por ejemplo, el autor fué visitando con relativa calma todas las ciudades importantes del vastísimo país. Después de una visita mucho más somera a Indochina, el autor nos hace conocer por su relato la vida japonesa en una forma descarnada y tal vez cruel. La fealdad de la raza, la pobreza de sentido estético, el hibridismo de la adaptación de modas extranjeras: he ahí los puntos en que el autor insiste con delectación. Es cierto que respecto de la India no se muestra más compasivo, pero seguramente se hace notar más su crueldad en lo que toca al Japón. En el Occidente, en efecto, estamos acostumbrados a considerar al Japón como un país de recursos extraordinarios, de vitalidad estupenda, de gran genio técnico. La verdad es que no hay un cuerpo que corresponda exactamente a la leyenda. Por lo menos, así lo dice el señor Vicuña.

Si de este libro fuera legítimo desprender conclusiones que el autor parece de intento no haber siquiera insinuado, ellas serían las siguientes: 1.^a La India y el Japón son pueblos tristes en que la esclavitud social, política y económica de la inmensa mayoría es un hecho no sólo duro y cruel sino angustioso. 2.^a La colonización inglesa en la India, por muchos defectos que tenga, es benéfica y lo será más cada día, por múltiples motivos que en el libro, en varios parajes, se detallan. 3.^a La cristianización del

Oriente, especialmente de la India y del Japón, es un total fracaso.

Este último hecho lo comprueba el autor en muchas formas. En su viaje a Calcutta encuentra a un sacerdote católico de raza italiana, que le hace la siguiente confesión:

Partir a misiones en países infieles había sido el sueño de mi vida, y finalmente llegaba la hora de realizarlo. Desde entonces, continuó, me encuentro en la India, en un pueblo no lejos de aquí, y durante quince años no he logrado conquistar un alma para Jesucristo (pág. 166).

Más adelante, en la capital del Japón, el señor Vicuña visita la Universidad católica, fundada por los jesuitas en 1911. Pero lo mejor es ceder la palabra al autor, que es un testigo irrecusable:

La obra no ha prosperado. A partir de su fundación, varios inconvenientes han impedido el funcionamiento regular de los cursos. . . . Hasta la fecha, han funcionado facultades de Comercio y Filosofía, en las que la mayor matrícula ha subido a un total de doscientos alumnos (pág. 372).

La obra en general de las misiones merece al señor Vicuña el siguiente juicio:

Más que heraldos de una religión, son ordinariamente los misioneros vanguardias de la nación a que pertenecen. Sobre todo en estos últimos años, la megalomanía del señor Mussolini ha introducido en el campo de las misiones católicas nuevos gérmenes de discordia, tratando en todo momento de convertir a los misioneros italianos en pregoneros de la grandeza italianas, y fascistas, por añadidura ingrata (pág. 373).

Se cierra este libro con impresión serena. El Occidente no tiene nada que aprender en el Oriente turbio y misterioso. Las razas orientales, a pesar de su número fabuloso y de su crecimiento fantástico (los japoneses tienen un excedente anual de un mi-

llón doscientos mil nacimientos sobre las defunciones), están destinadas a extinguirse. El hombre blanco está mejor dotado para la vida compleja de la civilización que ha creado él mismo y que sólo él puede perfeccionar.—*R. Silva Castro.*

GLOSARIO DE REVISTAS

La Rusia actual, imparcialmente contemplada.

Desde hace tiempo llueve sobre el mundo un diluvio de escritos sobre la constitución política, social, religiosa y moral de la Rusia soviética. Autores de todos los países y de todas las razas han escrito, con o sin razón, y bien o mal informados, sobre la «otra Europa». Pero en el fondo de esa mole de obras y folletos, ¿respira la verdad? ¡Pobre verdad, ya debe de estar ahogada, a pesar de todo! Es de creer que la fiebre por escribir algo sobre Rusia no ha aminorado. Pero pocos son los hombres que serenamente y posesionados de informes directos y exactos se ocupan de mostrarnos la Rusia de hoy tal cual es. El coronel A. Resanov, antiguo procurador de Justicia militar del ejército impe-

rial ruso, podría ser uno de ellos. Veamos lo que dice (1):

«Personajes que desempeñan cierto papel en el seno del gobierno de Moscú, o de su partido gobernante, repiten sin cesar, con evidente intención de propaganda, que la Unión Soviética es el «primer gobierno proletario», emanación real de los principios de la democracia, en el sentido proletario de la palabra.

«Sin embargo, el estudio más elemental de la organización del poder soviético lleva a la conclusión de que «Democracia» y «Soviets» son dos antípodas políticos y sociales.»

Por democracia, los técnicos en sociología entienden las «relaciones más o menos desarrolladas de los principios

(1) Coronel A. RESANOV: *Nature de l'Organisation soviétique gouvernementale et sociale* (*Mercure de France*, 15 de Septiembre de 1929).

de libertad y de igualdad». Pero estas dos palabras no son más que ficciones desprovistas de realidad. Ni la libertad total ni la igualdad completa pueden existir, puesto que cada hombre es diferente a su prójimo, psíquica y físicamente. No se pueden esperar sino una igualdad y una libertad *proporcionales*, de las que Europa y Estados Unidos dan ejemplos. En Rusia actual (englobando todas las Rusias) no existen prácticamente la libertad y la igualdad, porque son conceptos opuestos a la «dictadura del proletariado», allí visible. Es un curioso fenómeno. Allí el pueblo es dictador e impide que el pueblo mismo goce de una proporcional libertad e igualdad democráticas. En este sentido, la conclusión del coronel Resanov es: «luego, como el estado bolchevique reposa precisamente sobre una voluntad de dictadura que oprime a la mayoría del pueblo, de la cual sus creadores se han hecho merecedores, no podría llamarse democracia a la Unión de los Soviets».

El coronel Resanov se extiende en seguida en el estudio anatómico de los conglomerados humanos, y los divide en grupos conformes a sus diferentes elementos constitutivos. Basándose en las respectivas teorías de Le-Bon, Tarde y Giddings, estudia las subdivisiones de esos conglomerados

(es decir, asociaciones) y la división de estas últimas en «concretas» y «discretas». («Las asociaciones *concretas* comprenden: *a*) las aglomeraciones mecánicas; *b*) la multitud anónima (sin jefe), y *c*) la multitud psicológica, como la llama Le-Bon». «Un grupo humano es considerado «discreto» cuando ningún lazo material existe entre las partes componentes, es decir, cuando sus miembros no tienen entre ellos ninguna relación personal».) Después hace Resanov un «Esquema de clasificación de las asociaciones» que realmente puede interesar sólo a los especializados en ciencia política y en sociología. No lo seguiremos, pues, por la brevedad.

El autor que nos ocupa se extiende, párrafos más adelante en el examen de la palabra «sociedad». Por dos razones, nos dice: «Primero, porque la sociedad es el origen de todas las asociaciones «discretas», la atmósfera psíquica de la cual esas asociaciones extraen su vital substancia; en seguida, porque a esa categoría de agregados pertenece el futuro Estado socialista ideal, que los bolcheviques tratan de crear actualmente en Rusia». Y después llega a esta conclusión: «En sus líneas esenciales, la utopía del gobierno socialista no será otra cosa que la «sociedad» considerada, en su sentido específico, como

una forma de asociación «discreta». ¿Quiere decir que, a pesar de todo su aparato de teorías y su enorme literatura roja, los actuales directores del gobierno ruso no han aportado nada nuevo, ni en la práctica, y se debaten en un círculo de sugerencia de los teorizantes sociológicos de hace 40 años? Eso no es lo grave, en todo caso. Sino el querer implantar la mayoría de los errores de esos teorizantes. De modo que las opiniones de Resanov son opuestas al ideal bolchevique, no por sistema sino por convicción. Veamos:

«Los bolcheviques han emprendido la reorganización de la sociedad contemporánea y de sus modos de gobierno, partiendo de una concepción errónea del progreso social y del rol jugado por las personalidades en la historia»... «Dándose cuenta bien de que nuestra constitución mental era un material muy malo para su construcción utópica, los bolcheviques han creído posible reeducar al hombre contemporáneo en su descendencia más próxima, aún en el dominio de sus instintos (Lenin), perdiendo de vista que los actos instintivos se efectúan involuntariamente (es decir, sin representación previa del objeto del deseo), y que se producen gracias a una perturbación exterior o interior de los órganos de la sensibilidad (Höfdding: *Bosquejo de una*

psicología fundada en la experiencia).»

«Atribuyendo del todo al elemento volitivo una importancia exclusiva en el desarrollo de la sociedad, representan su Estado futuro como enteramente privado de ese elemento. Y sin embargo, el Estado, siendo una de las formas de lo que llamamos «corporaciones» se caracteriza por la presencia del elemento volitivo, manifestándose por la voluntad de las unidades individuales que son revestidas del poder gubernamental y, por consecuencia, del derecho a las funciones dirigentes.»

«Los comunistas han omitido el hecho de que la «Sociedad» no puede existir sino paralelamente al Estado; por consiguiente, dando a su Estado ideal la capacidad limitada de una comunidad rural rudimentaria, se han puesto a resolver un problema ingrato e irrealizable, problema esencialmente contrario a la marcha del progreso de la humanidad y a la realización de la libertad y de la igualdad en el cuadro posible de las condiciones objetivas de la existencia terrestre.»

Todos estos fragmentos, puesto que son observaciones de rigor científico, son testi-

monio irrecusable de que los sostenedores del Estado soviético van descaminados.—A.

Recuerdos sobre la vida de Lafcadio Hearn

(Conclusión)

En los últimos años, Hearn, sin haber llegado precisamente a lo que algunas personas llaman chochez, se había identificado con un espíritu infantil, no sabemos si adquirido de la literatura nipona, donde es bien corriente, o si nacido de su propia mentalidad. «Cuando cantaba una canción de niño,— dice la señora Koi-zumi—, se hubiera dicho que él jamás había conocido los tedios del mundo ni las inquietudes de la vida. Y cuando sentíase feliz, se agitaba su diminuta persona—demasiado pequeña para ser la de un extranjero—y saltaba por el corredor y la verandah, en la punta de los pies.»

Luego el escritor pasaba de los grandes entusiasmos a verdaderas crisis de melancolía. Tenía, por otra parte, la costumbre de tomar todas las cosas en serio. También su esposa dice que era «ridículamente sincero». No podía escuchar tranquilamente una historia de aparecidos sin que

creyera realmente en ella. ¿Se deberá a eso su interés y el apasionamiento que ha puesto al estudiar la poesía «loca» del *Kyoka-Monogatari*, libro donde hay muchos ejemplos de versos sobre fantasmas, «goblin poetry», como él la llamaba? Su exclamación corriente era: *Nambo omishiroi!* (¡Qué interesante es eso!) cuando le narraban algo que le gustara. Y su esposa advirtió que siempre Hearn se ponía mortalmente pálido, en un caso así, y que su ojo único se inmovilizaba.

Frecuentemente aparecían en él momentos de un acentuado infantilismo, especialmente cuando cumplió cincuenta años de edad. No le gustaba asistir al teatro, pues durante todos los años que vivió en el Japón, se dice que asistió a uno de ellos sólo una o dos veces. Pero le gustaba que fuera a las sesiones teatrales su esposa, para que de vuelta le contara muchas historias. Hearn no podía soportar el contacto con la muchedumbre de un teatro japonés; las horas le parecían terriblemente largas. Sin embargo, no quería nunca irse antes de que terminara el espectáculo. Tratóndose de éstos, es curioso anotar que, tal vez por efecto estético, dejó profunda impresión en su espíritu el ver una vez al campeón de lucha japonesa llamado Tani-no-Oto, que visitó la aldea de Matsue,

residencia habitual de Hearn. Según su esposa, el atleta le había parecido «bello y sorprendente». Y cada vez que veía en la calle un hombre corpulento, decía: «¡Mira! ¡Ahí va Tani-no-Oto!»

A Hearn le gustaba mucho viajar, pero escogía siempre los sitios más solitarios, como arriba se ha hecho notar. No fué jamás a Nikko sitio preferido por los turistas extranjeros; hasta detestaba el pensamiento de ir allá. Le gustaba, en cambio, Oki, isla solitaria en el mar del Japón, a donde fué durante el verano de 1892. Dijo muchas veces que le hubiera gustado ser guardián del faro de esa isla horrible. Su primer verano en el Japón, en 1891, lo pasó con su grande amigo Nishida, en Kisuki; y al fin de ese verano fué a Hino-Misaki y Yatauhashi, en Hoki.

Tenía verdadera fé en su amigo Nishida. Más tarde, cuando este joven murió, Hearn hizo gran amistad con el profesor Takada, decano de la Universidad de Ushida, a causa de que este último se parecía asombrosamente a su anterior recordado amigo. No faltó ocasión en que Hearn aseguró haber visto el fantasma de su amigo Nishida. Esto no es raro en el Japón, donde los fantasmas conviven con la gente en forma estrecha, por las vivas sugerencias que proporcionan los libros.

Hearn se lanzaba ciertas veces a viajar sin medir las consecuencias inmediatas. Y puso en aprietos más de una vez a su esposa, según se desprende de estos recuerdos de ella misma:

«No puedo olvidar el viaje que hicimos a las colinas de Higo, cuando estábamos todavía en Kumamoto. Ya era de noche cuando nuestros «kumumaya» (conductores de cochecillo) nos hicieron saber que teníamos que andar todavía nueve millas antes de llegar a un sitio habitado. Hacía poco había habido una terrible inundación y estábamos en mitad del otoño. Los diferentes ruidos de los insectos bajo la hierba y los bambúes, aumentaban aún la desolación insoportable de la noche. Yo amargamente lloraba en silencio.

«Cuando llegamos a la aldea de que nos habían hablado nuestros *rikishas*, yo conté en total siete u ocho casas, una de las cuales decían era hotel. Para qué decir que era inexplicablemente grosera, de lo que pude darme cuenta a pesar de la obscuridad. Dos detestables lámparas de «andon» estaban encendidas, y dos o tres *kumosuké* (coolíes que frecuentan los grandes caminos) conversaban en voz baja algo que me pareció muy sospechoso. Una vieja, que yo hubiera tomado por Diabla si hubiera estado leyéndolo en

un cuento antiguo, nos hizo subir en silencio hasta el primer piso.»

En circunstancias semejantes, es de comprender el terror que se había apoderado del impresionable temperamento de la señora Koizumi. Pero Lafcadio Hearn no parecía sentir las mismas impresiones de terror, a causa tal vez de que lo solitario del lugar y de la hora estaban más de acuerdo con su manera de ser.

«Como he dicho—, continúa ella,—la inundación apenas cesaba y el torrente de la montaña caía en tumultuosa cascada. Miles de luciolas aparecían y desaparecían, como fantasmas, en la obscuridad. Varias de ellas volaban en la alcoba, «gesticulando», lo que para mí era mal presagio. ¡Y qué multitud de insectos nocturnos! Nos lastimaban el rostro como granizo. Y varios insectos—campanas (clase especial de insectos japoneses) cantaban debajo de las esteras. Después resonó un ruido de pasos en la escalera, y yo me dije que eran los coolíes que subían con algún siniestro fin. Pero no era sino la vieja con nuestra comida.

—¿Qué insectos son esos?— le pregunté.

—No son sino insectos de verano,—me contestó calmadamente.

Pero esos insectos de verano eran insoportables. Yo pasé la noche temblando. Hearn,

por el contrario, parecía muy satisfecho. Entonces hasta me pareció el hombre más extraño de la tierra.»

En otra ocasión, la pareja se dirigió a pasar el verano en Maizaka, recomendada por un amigo. Pero a Hearn no le gustó el sitio, y decidió volverse inmediatamente. Su esposa logró, no obstante, persuadirlo de que debían pasar la noche allí, y decidieron detenerse en cada aldea que encontraran, a la vuelta, para buscar un sitio a gusto. A Lafcadio Hearn le gustó el sitio donde había vivido el pescador Otokichi, en Yaidzu. ¡Pobre Hearn! Su fantasía nunca estaba de acuerdo en lo más mínimo con la realidad. En aquella casa las esteras estaban llenas de pulgas y el techo era demasiado bajo, según dice su esposa. Y ella estaba segura que ese sitio no habría gustado ni a un estudiante.

Más tarde, Yaidzu, con su casa del pescador Otokichi, se convirtió en el sitio preferido de veraneo para el escritor. Hasta el fin de su vida no dejó de ir un solo año a esa región. En una ocasión, en que su esposa no le acompañaba, le escribió a ésta una de sus pintorescas cartas, a las que siempre acostumbraba dibujar las orlas, los contornos en blanco. Le anunciaba haber hallado una estatua de Jizo, el dios japonés de los niños. En uno de sus entusiasmos

repentinos y sus ímpetus fantásticos, Hearn había proyectado hacer una ofrenda de la estatua encontrada, la cual no tenía cabeza ni brazos. Pensaba obsequiarla al templo de la región. Pero para ello, como le hacía ver su esposa, habría necesitado invitar a toda la aldea a inaugurar la nueva estatua. Entonces, Hearn un poco descorazonado, realizando lo difícil de la empresa, contestó lo siguiente:

Gomen! Gomen! (¡Perdón! ¡perdón!) Yo no quería sino proporcionar un poco de alegría. El Jizo de que os he hablado no es el mismo que podríais hallar en los cementerios. Es el Jizo que protege y pacifica los mares. No es una estatua triste. A vos no os ha gustado mi idea. No era sino un pensamiento aturdido de Papá. Pero Jizo Sama ha llorado mucho cuando supo vuestra respuesta. Yo le he dicho: «No puedo hacer nada. Mamá San (la señora mamá) ha dudado de vuestra verdadera naturaleza. Ella os ha tomado por el guardián de los cementerios. Pero yo sé que eres el salvador de los mares y de los marinos». Jizo llora en este momento.

Papá.

Gomen! Gomen! ¡Jizo llora lágrimas de piedra!

Por esta deliciosa carta, puede verse hasta qué punto Lafcadio Hearn se había posesionado del espíritu nipón, que vertía en sus cartas y en sus producciones literarias.

Otro rasgo especial del carácter de Hearn era la honradez.

En una ocasión descubrió en Yaidzu un excelente pelu-

quero, a quien le pagaba, por su trabajo cinco veces más de lo que valía. Un día, después de solicitar un servicio de él, mandó con un sirviente cincuenta «sen» para pagar al peluquero. El criado estimó que aún veinte «sen» era un precio elevado por el trabajo hecho, por el cual en general no se pagaba más que diez. Y después de haber dado veinte «sen» al peluquero, que los recibió de mil amores y deshecho en agradecimientos, remitió la plata que le quedaba a su amo, el escritor. Este último se enojó mucho por el acto del sirviente. Y fué inmediatamente en persona, a llevar los treinta «sen» que restaban a su amigo el peluquero. El peluquero, al volver a Tokyo Hearn, le escribió agradeciéndole la bondad con que lo había distinguido durante su estada en Yaidzu. Hearn leía y releía esa carta, haciendo notar que ella era más preciosa para él, que la que le hubiera escrito un ministro. Estimaba mucho la habilidad, diciendo que ella no era nunca retribuida en su justo valor, y su más grande alegría era descubrirla, en cualquiera profesión que ella se ejerciera.

Poco antes de su muerte se notaba en él una extrema sensibilidad. A menudo estaba triste y dispuesto a llorar. Lloraba sollozando cuando su esposa le narraba alguna impre-

sionante leyenda nipona antigua. Y algo de esto sucedía cuando el escritor contaba alguna de sus propias historias, lo que le muestra en una hiperestesia aguda, agravada por la enfermedad y la vejez. Otras veces, como hemos hecho notar en el principio de la segunda parte de estos recuerdos de la señora Hearn, le encontraba ella muy regocijado.

—¡Hay para contentarse, Mama San!—decía. Tengo una idea sorprendente.

Su esposa se contentaba tanto como él. Pero preguntaba:

—Y vuestra última historia, ¿la habéis terminado?

El respondía:

—Es preciso que esa histo-

ria madure un poco más. Tal vez un mes, tal vez un año... tal vez cinco! Yo he guardado un cuento siete años en mi cajón, antes de terminarlo....

«Yo creo que varias historias permanecieron sin terminar, así, en su cajón—o al menos en el cajón de su espíritu,—cuando él abandonó este mundo», agrega finalmente la señora Koizumi, o sea de Lafcadio Hearn, en estas memorias que han sido recogidas por un admirador ferviente del escritor japonizado (aunque era de sangre irlandesa-griega) es decir por Yone Noguchi, y que ha traducido del inglés otro aficionado a cosas japonesas, Marc Logé.—A.

DISPARATORIO

Elegante, lleno de extrañas sugerencias ideológicas, es (Salvador Reyes) como el autor de «Paludes» un simbolista avant la lettre.—Armando Donoso: *Nuestros poetas*. Pág. 463. Santiago, 1925.

Como quiera que las letras, la pintura y la escultura son artes de imitación, bien puede el artista buscar en la naturaleza sus modelos. (Pág. 80.)

Viejos recuerdos acudían a la mente de Luis al mirar el pequeño reloj de sobremesa. Era un reloj de pared, de madera negra con incrustaciones de nácar y esfera de alabastro. (Pág. 186.)—Enrique Vergara Robles: *Misericordias de arriba*. Novela. Santiago, 1929.

Cantan los cocuyos entre la hierba.—León Roch: *Colón*. *La Nación*, 27 de Octubre de 1929.

Los misioneros plantaron manzanos silvestres, que la empuñadura del viento arrojó en semillas desde el otro lado de los Andes a las fincas de los españoles.—Ricardo A. Latcham: *Impresiones del Sur*. *El Mercurio*, Santiago, 25 de Octubre de 1929.

Y, cierto, esa falta de energía en el afecto a nuestra Reina y Patrona acusa nuestra indolencia y a un tiempo señala el derrotero para lo porvenir: no podemos dar margen a que se nos crea buscando un torcido expediente para eludir un positivo, solemne e imprescriptible juramento nacional hecho por quienes, como los Padres de la Patria, podían obligar a la nación entera y para siempre, la cual se sentirá siempre obligada, mientras de ellos conserve su recuerdo y sus glorias, como lo hace la verdad, ostentando esculpidos sus heroicos hechos en el sitio de honor de sus paseos públicos y en la fibra más delicada del corazón de sus hijos.—Abel A. Arellano R. *Savia de Vida*. *El Diario Ilustrado*, Santiago, 19 de Octubre de 1929.

..Belitre llevaba un sombrero flexible e iba de negro. En el cuello un gran pañuelo rojo, lo que disimulaba un tanto el hecho de que no usara corbata...—Alfonso Maseras: *La feria de Montmartre*, traducida por Armando Otero, página 27.

1929

REVISTA DE AVANCE

EDITORES:

Francisco Ichaso, Félix Izaso, Jorge Mañach, Juan Marinello.

LA HABANA — CUBA

Apartado, 2228. Compostela, 78.

**REVISTA DE
LAS ESPANAS**

Publicada por la Unión Ibero
Americana de Madrid

Suscripción, en España y América:

Año..... pesetas 15.00

MADRID — ESPAÑA

Calle de los Madrazo, 9.

NOSOTROS

Revista mensual de letras, artes,
historia, filosofía y ciencias
sociales

DIRECTORES:

Alfredo A. Bianchi
Roberto F. Giusti

SECRETARIO:

Emilio Suárez Calimano

Suscripción para el exterior:

Año..... dólares 8.

BUENOS AIRES (R. A.)

Lavalle, 1430

**REPERTORIO
AMERICANO**

Semanario de cultura hispánica

DIRECTOR:

J. García Monge

SAN JOSE — COSTA RICA

Centro América

Apartado, 533

A M A U T A

Revista mensual de Doctrina, Literatura, Arte y Polémica
Publicada por la Sociedad Editora "Amauta"

DIRECTOR:

José Carlos Mariátegui

GERENTE:

Ricardo Martínez de la Torre

LIMA — PERU

Casilla de Correo 2107. Washington, Izq. 544 - 970

A T E N E A

REVISTA PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD
DE CONCEPCION

DIRECTORIO DE LA UNIVERSIDAD

ENRIQUE MOLINA G.
Presidente

JULIO PARADA BENAVENTE
Vice - Presidente

LUIS D. CRUZ OCAMPO
Secretario

ELISEO SALAS M.
Tesorero

DIRECTORES:

<i>Francisco Amthauer</i>	<i>Néstor Bahamonde</i>
<i>Serapio Carrasco</i>	<i>Alberto Coddou</i>
<i>Desiderio González</i>	<i>Enrique González Pastor</i>
<i>Guillermo Grant Benavente</i>	<i>Aurelio Lamas Benavente</i>
<i>Augusto Rivera Parga</i>	<i>Abraham Melo Peña</i>
<i>Luis Urrutia Manzano</i>	<i>Alcibiades Santa Cruz</i>
<i>Samuel Zenteno Anaya</i>	<i>Pedro Villa Novoa</i>

COMISION DIRECTORA DE LA REVISTA:

Enrique Molina ◊ *Luis D. Cruz*
Ocampo ◊ *Eduardo Barrios*
Raúl Silva Castro ◊ *Felix*
Armando Núñez
(secretario)

Representante general en Santiago: Raúl Silva Castro.





MCD 2018